

Alianza Universidad

primera  
agosto-96

Giordano Bruno

En colaboración con el Istituto Italiano  
per gli Studi Filosofici



# Cábala del Caballo Pegaso

Traducción, introducción y notas de  
Miguel A. Granada

Alianza  
Editorial

## INDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
1. El encuentro con la «Asinidad», 11.—II. La <i>Cábala</i> bruniana y la literatura sobre el asno y la ignorancia, 21.—III. Recuperación de la verdad y desvelamiento de la impostura: la crítica bruniana del aristotelismo y del cristianismo y el descubrimiento de la mutación universal, 23.—IV. La ambigüedad del asno: la asinidad positiva, 29.—V. La ambigüedad del asno: la asinidad negativa. Escepticismo y pedantismo, 33.—VI. La «santa Asinidad»: el cristianismo como ejemplo supremo de asinidad negativa: Bruno y Erasmo, 41.—VII. La doctrina del alma en la <i>Cábala</i> y la naturalización del sujeto humano, 52.—VIII. Los temas de la <i>Cábala</i> y el proceso inquisitorial, 55.	
BIBLIOGRAFÍA .....	62
CÁBALA DEL CABALLO PEGASO .....	67

Verbum enim crucis pereuntibus quidem  
stultitia est.  
(La predicación de la cruz es una necedad  
para los que se pierden)

*I Corintios 1,18*

## INTRODUCCION

### I. El encuentro con la «Asinidad»

En 1585 se publicaba en Londres —con el falso pie de imprenta de «Paris, por Antonio Baio»<sup>1</sup>— un nuevo diálogo italiano de Giordano Bruno: *la Cabala del cavallo pegaseo. Con l'aggiunta dell'Asino cillenico*. El diálogo seguía al *Spaccio de la bestia trionfante*<sup>2</sup> publicado el año anterior y antecedió a *De gli eroici furori*, que se publicaría ese mismo año y cerraría la producción italiana del nolano<sup>3</sup>. El hecho de que la breve obra que ahora presentamos figure entre otras dos de considerable extensión y excepcional importancia

<sup>1</sup> Vid. Giovanni Aquilecchia: «Lo stampatore londinese di Giordano Bruno e altre note per l'edizione della *Cena*», *Studi di filologia italiana* XVIII (1960), pp. 101-162.

<sup>2</sup> Vid. G. Bruno: *Expulsión de la bestia triunfante*, trad. a cargo de Miguel A. Granada, Alianza Editorial, Madrid 1989. Todas nuestras citas y referencias a esta obra se hacen por esta edición.

<sup>3</sup> G. Bruno: *Los Heroicos Furros*, trad. de M. Rosario González Prada. Nuestras citas se harán también por esta edición. En esta obra Bruno se refiere a la *Cábala* como ya existente: «Adviértese aquí cómo la ignorancia es madre de toda la felicidad y beatitud sensible; y ésta es, a su vez, el jardín del paraíso de los animales, como se muestra en los diálogos de la *Cabala del cavallo Pegaseo*» (diálogo I, 2; p. 47).



no ha sido muy beneficioso para ella, pues ha contribuido (junto con el carácter algo disperso de su contenido y su lenguaje ambiguo e irónico) a dejarla en un segundo plano, con perjuicio de su notable valor y su decisiva posición en el arco del programa filosófico trazado en los diálogos italianos. En efecto, la *Cabala* —«vera appendice dello Spaccio» según Salvestrini; «quasi appendice allo Spaccio» según Ingegno<sup>4</sup>— es la culminación o terminación de la *Expulsión* en la medida en que lleva hasta sus últimas consecuencias la crítica del cristianismo desplegada en el diálogo anterior y desarrolla un motivo fundamental cuyo tratamiento había quedado voluntariamente postergado: la ignorancia; por su parte *Los Heroicos Furores* desarrollan por extenso el tipo de personalidad y actitud antitéticos de los denostados en la *Cabala*: a la *pasiva y gloriosa aceptación de la asinidad o ignorancia* como estado permanente y más meritorio del hombre se contraponen ahora (como culminación de la enseñanza impartida en los diálogos y como consiguiente regeneración ético-cognoscitiva del sujeto humano, a quien se abre la vía de la beatitud) la *activa persecución del saber y de la divinidad* desde la ignorancia y la privación por el sujeto heroico entregado a la solícita tarea de caza (*venatio*) de la sabiduría, una figura que Bruno tan sólo presentaba en la *Cabala*: «A la contemplación de la verdad se elevan unos por la vía de la doctrina y del conocimiento racional, por la fuerza del intelecto agente que se introduce en el ánimo excitando la luz interior. Estos individuos son raros, por lo cual dice el poeta: «Pauci quos ardens evexit ad aethera virtus»<sup>5</sup>. La *Cabala* concentra por el contrario su atención en aquellos «otros [que] se vuelven hacia allí [la verdad] y se esfuerzan por llegar por la vía de la ignorancia»<sup>6</sup>. El tema del presente diálogo es, pues, la ignorancia

<sup>4</sup> V. Salvestrini: *Bibliografia di Giordano Bruno (1582-1950)*, 2.ª ed. a cargo de L. Firpo, Florencia 1958, p. 100; A. Ingegno: «Vita civile, razionalità dell'uomo, perfezione del filosofo: Cardano e Bruno», en *Ragione e «Civiltas». Figure del vivere associato nella cultura del 500 europeo*, a cura di D. Bigalli, Milán 1986, p. 192. Para una reciente —y óptima— actualización del trabajo de Salvestrini véase R. Sturlese: *Bibliografia, censimento e storia delle antiche stampe di Giordano Bruno*, Florencia 1987. El exhaustivo trabajo de Sturlese muestra que la *Cabala* es la obra italiana menos representada en las bibliotecas: once ejemplares han sobrevivido de la primera edición y ninguna copia manuscrita, frente a los 29 ejemplares del *Spaccio* (y 12 copias manuscritas) y los 49 ejemplares de los *Eroici furori*.

<sup>5</sup> *Infra* p. 106.

<sup>6</sup> *Infra* p. 107.

y el título mismo de la obra lo deja entrever alusivamente: se trata de una disquisición profunda (*cabala*)<sup>7</sup> en la que se revelan los distintos significados (en sus semejanzas y en sus diferencias; sobre todo su aspecto aparentemente más santo, pero en realidad más nocivo social y culturalmente) del *caballo Pegaso*, es decir, del asno y de la asinidad, ya que «por el honor y la facultad de las alas no han querido algunos, que tienen a ese animal por cosa indigna, llamarlo asno, sino caballo Pegaso»<sup>8</sup>.

Con ello llegaba Bruno a ocuparse finalmente de un tema —la asinidad; el asno como símbolo de la ignorancia— que había venido enunciando en obras anteriores y cuyo tratamiento había ido posponiendo siempre para una ocasión más propicia. En efecto, dejando a un lado *El Arca de Noé* —obra temprana de la cual no ha llegado hasta nosotros ningún ejemplar<sup>9</sup>—, encontramos a Bruno usando críticamente la figura del asno como símbolo de la ignorancia en el importantísimo diálogo preliminar que abre el *De umbris idearum* publicado en París en 1582. En respuesta a un detractor del arte de la memoria Bruno replica: «LOGIFER.—Quid respondebis Magistro Anthoc, qui eos, qui praeter vulgares edunt memoriae operationes, putat magos vel energumenos vel eiusce generis alicuius speciei viros? vides quantum in litteris insenuerit ille. PHILOTI-

<sup>7</sup> «Y por eso aquí tenéis cábala, teología y filosofía, quiero decir: una cábala de filosofía teológica, una filosofía de teología cabalística, una teología de cábala filosófica», epístola dedicatoria p. 72.

<sup>8</sup> Vid. *infra* p. 131 y cfr. pp. 117 y 141 s.

<sup>9</sup> En la primera versión de *La Cena de las cenizas* Bruno hacía la siguiente referencia a *El arca de Noé* (el pasaje será sustituido por otro en los últimos ejemplares impresos de la obra): «¿No te acuerdas, Nolano, de lo que está escrito en tu libro titulado *El arca de Noé*? Allí mientras se debían disponer esos animales por orden y se debía poner fin a la discordia surgida en torno a los primeros puestos, ¿en cuánto peligro estuvo el asno de perder la preeminencia, que consistía en estar sentado en la popa del arca, por ser un animal más bien de coces que de embestida?» (*La cena de las cenizas*, trad. de M. A. Granado, Alianza Edit., Madrid 1987, p. 100 nota). Al asno, por tanto, parece reconocérsele —¿en serio o sarcásticamente?— una preeminencia especial, ¿una preeminencia especial acaso de la ignorancia dentro de la única tabla de salvación que es la Iglesia prefigurada tipológicamente en el arca de Noé? Esta hipótesis resulta altamente plausible, como ha sugerido recientemente M. Ciliberto (*La ruota del tempo. Interpretazione di Giordano Bruno*, Roma, 1986, p. 52), a partir de la segura mediación de la edición erasmiana de S. Jerónimo, estudiada por Bruno en el convento contraviniendo la prohibición existente. Vid. *infra* p. 75 una referencia en la *Cábala* a esta composición temprana.



MUS.—Hunc non dubitaverim esse nepotem illius asini qui ad conservandam speciem fuit in Archa Noe reservatus»<sup>10</sup>.

Y en el *Cantus Circaeus* (publicado en París en 1582 con posterioridad al *De Umbris*), estudiando los caracteres o ánimos salvajes que se esconden bajo un rostro humano<sup>11</sup>, Bruno se encuentra con el asno, pero el asunto le parece lo suficientemente importante como para no despacharlo de pasada: «Asinos modo praetermittam: de ipsis nam alias gravius atque maturius considerabitur»<sup>12</sup>. De «asno ignorante y presuntuoso» es calificado en *La cena de las cenizas* el anónimo autor del prefacio «Ad lectorem de hypothesis huius operis» que figuraba al comienzo del *De revolutionibus* copernicano<sup>13</sup>. Tal juicio no es un mero insulto despectivo de un antagonista, sino una caracterización teórica (por la vía de la imagen simbólica: el asno) del valor y estatuto epistemológico y moral que a los ojos de Bruno posee el ficcionalismo escéptico de Osiander —representante de la concepción ficcionalista de la astronomía que en el siglo XVI había adquirido nuevo auge con la denominada «interpretación de Wittenberg» del copernicanismo, bajo la égida de Melanch-

<sup>10</sup> *De Umbris idearum*, en G. Bruno: *Opera latine conscripta*, ed. F. Fiorentino et al., Florencia-Nápoles 1889 ss., vol. II, 1 p. 10. Otras menciones del asno en pp. 13 y 14.

<sup>11</sup> «Mendaces vultus», «sub humano cortice ferinos animos», de forma que «nihil est quod faciem demonstret suam» y se puede hablar por tanto de hipocresía de la naturaleza misma («in ipsa natura ypocrisim»), *Opera* II, 1, pp. 186-187. Bruno expresa con ello su conciencia de la subversión completa de valores que marca a la sociedad contemporánea (subversión que más tarde, en la *Expulsión*, designará mediante la imagen erasmiana de los *Silenos invertidos*; cfr. nuestra introducción a la *Expulsión*, § 2) y su esperanza o exigencia de una restauración del orden natural profanado, esto es, de la justa correspondencia entre aspecto exterior y anímico, restauración que se cumple mediante el conjuro cósmico de Circe, al cual no hay que conceder muy probablemente la carga mágica que le atribuía Yates (cfr. *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Barcelona 1982, pp. 233 ss.) sino interpretarlo como una formulación imprecisa y todavía insegura de lo que será enseñada el eje del pensamiento bruniano: la regeneración moral-religiosa con que se restaura el orden natural subvertido es consecuencia necesaria de la recuperación del verdadero conocimiento del universo, es decir, del copernicanismo tal como lo desarrolla el propio Bruno. Véase también nuestra introducción a la *Expulsión*, § 4 y nuestro trabajo «Epicuro y Giordano Bruno: Descubrimiento de la Naturaleza y liberación moral. (Una confrontación a través de Lucrecio)», en *Historia, Lenguaje, Sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona, 1989.

<sup>12</sup> *Opera* II, 1 p. 198.

<sup>13</sup> *Cena* p. 107. Bruno desconoce la identidad —Andreas Osiander—del autor, revelada por primera vez por Kepler en la *Astronomia nova* de 1609.

ton, y que en Osiander exhibía unos tonos marcadamente fideístas y escépticos—: falsificando la auténtica dimensión cosmológica del *De revolutionibus* y de Copérnico (para Bruno «dispuesto por los dioses como una aurora que debía preceder la salida de este sol de la antigua y verdadera filosofía, durante tantos siglos sepultada en las tenebrosas cavernas de la ciega, maligna, proterva y envidiosa ignorancia»<sup>14</sup>) Osiander decía que «es propio del astrónomo examinar la historia de los movimientos celestes... y, luego, idear o imaginar cualesquiera causas de ellos —ya que de ninguna manera podrá alcanzar las verdaderas— sobre la base de las cuales podrán calcularse correctamente dichos movimientos de acuerdo con los principios de la geometría..., pues no es necesario que esas hipótesis sean verdaderas, ni siquiera verosímiles»<sup>15</sup>. De esta forma el escepticismo y el fideísmo —la renuncia a la conquista humana del conocimiento y la *pasiva* espera de una inspiración o revelación divina como única fuente de acceso a la verdad— aparecían vinculados a una reducción del copernicanismo (clave para Bruno de la activa recuperación humana de la verdad cosmológica) a hipótesis matemática imaginaria, con lo que quedaban englobados dentro de la categoría de *ignorancia-asinidad*, todavía necesitada de un estudio en profundidad.

En la *Expulsión de la bestia triunfante* aparece una nueva y fundamental manifestación de la asinidad: la fe reformada, la justicia de la fe de Lutero y seguidores, caracterizados con un desprecio total, sólo comparable a la aguda conciencia del tremendo mal social que están causando: «...esos personajes píos que hacen tan poca estima de las obras realizadas y que se estiman reyes del cielo e hijos de los dioses tan sólo en virtud de una enojosa, vil, y necia fantasía y que creen y atribuyen más a una vana, bovina y *asnal* confianza que

<sup>14</sup> *Cena* p. 67.

<sup>15</sup> Citamos el prefacio de Osiander por la cita que Bruno hace de él (*Cena* III, pp. 107 s.). Bruno no cita otro pasaje de la carta en el que el escepticismo fideísta de Osiander se explicita con toda claridad: «Quizás el filósofo busque más [que el astrónomo] la verosimilitud: pero ninguno de los dos comprenderá o transmitirá nada cierto, a no ser que le haya sido revelado por la divinidad». Sobre la «interpretación de Wittenberg» y Osiander vid. R. S. Westman: «The Melancthon Circle, Rhetoric, and the Wittenberg Interpretation of the Copernican Theory», *Isis* LXVI (1975), pp. 165-193; «The Astronomer's Role in the Sixteenth Century: A preliminary Study», *History of Science* XVIII (1980), pp. 105-147. Para una exposición en castellano del problema véase A. Elena: *Las quimeras de los cielos. Aspectos epistemológicos de la revolución copernicana*, Madrid, 1985, pp. 127 ss.



a una acción útil, real y magnánima»<sup>16</sup>. Por eso a los pedantes reformados (*pedantes* por el literalismo o gramaticalismo de su exégesis bíblica; por la ociosidad y pasividad manifiestas en su desdén hacia las obras y la confianza en la justificación por la fe; por su adhesión a la cosmología aristotélico-ptolemaica) se les anuncia —en virtud del juicio universal por el cual la justicia del destino se ejerce en el *orden natural del mundo* a través de las vicisitudes de las almas en sus sucesivas transmigraciones por cuerpos— su próxima encarnación en asnos, concretando así lo que se nos anunciaba en el *Cantus Circaeus*: «Me parece justo —dice Mercurio— que como castigo del ocio se imponga la fatiga. Por eso será mejor que se encaminen a asnos... Todos los dioses aprobaron unánimemente este parecer. Entonces Júpiter sentenció que la corona pertenezca eternamente a aquel que les dé el último golpe y ellos irán transmigrando siempre durante tres mil años de asnos en asnos»<sup>17</sup>. Esta asinidad reformada —ahora relativamente velada por el cuerpo humano— es la expresión simbólico-imaginativa de su ignorancia («su maligna y presuntuosísima ignorancia»; *ibid.*, p. 176), aquella ignorancia que origina el «verdadero infierno y Orco de las penas a los ánimos estúpidos e ignorantes» (p. 287 s.), que es la base de la reputación divina de Cristo-Orión<sup>18</sup> y que se ensalza por otra parte a sí misma pretendiendo que «la ignorancia es la más bella ciencia del mundo porque se adquiere sin fatiga y no deja el ánimo afectado de melancolía» (p. 283). La *asinidad-ignorancia*, junto con el *pedantismo* que le está estrechamente unido<sup>19</sup>, ha emergido así en la *Expulsión de la bestia triunfante* como raíz de la subversión de valores y crisis general que caracterizan al mundo contemporáneo, por medio de sus manifestaciones fundamentales: la visión aristotélico-ptolemaica del universo y la Reforma protestante (en última instancia el cristianismo mismo, en la medida en que Lutero y sus seguidores no hacían más que reafirmar la sustancia del cristianismo paulino-agustiniano y el error

<sup>16</sup> *Expulsión*, p. 178; el subrayado es nuestro.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 151-152.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 284: «... en cuanto a esos impostores, que su falsa reputación —que está basada en la ignorancia y bestialidad de quien los reputa y estima...; pero que algún otro falsamente llegue hasta el punto de ser estimado dios por todos los mortales, no por eso se le añadirá dignidad alguna a él, porque tan sólo viene hecho por el destino instrumento y signo por el que se vea que la indignidad y locura de todos aquellos que lo estiman es tanto mayor cuanto más vil, innoble y abyecto es él mismo».

<sup>19</sup> Vid. M. Ciliberto: *La ruota del tempo*, cap. 1: «Archetipi: asinità e pedanteria».

se podía retrotraer a la *impostura* de Cristo en persona), esto es, la pasiva y acrítica aceptación de la *palabra* de una autoridad constituida como tal merced a la subversión de los valores<sup>20</sup>.

Sin embargo, no es ésta toda la presencia de la asinidad en el *Spaccio*. Junto a esta dimensión, radicalmente negativa de la ignorancia y fustigada con todo su sarcasmo, Bruno insinúa otro aspecto de la asinidad. Cuando Júpiter, en su discurso inicial a la asamblea de los dioses, pasa una primera revista a los vicios manifiestos en el cielo estrellado<sup>21</sup>, entre las pocas constelaciones que escapan a la crítica —el Ara, Capricornio, Virgo— figuran los Asnos tradicionalmente acogidos en la constelación del Cangrejo: «sobre la inmaculada majestad de esos dos Asnos que brillan en el espacio del Cangrejo no me atrevo a hablar porque de ellos especialmente por derecho y por razón es el reino de los cielos, tal como en otra ocasión me propongo demostraros con razones muy convincentes, ya que de un asunto tan importante no me arriesgo a hablar de pasada»<sup>22</sup>. La evidente alusión irónica al Sermón de la Montaña (*Mateo* 5, 3 y 10: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos... Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos») vincula ese tratamiento tan importante y todavía pendiente con el cristianismo, lo cual significa que la crítica del cristianismo y el examen de la asinidad no han concluido, a pesar del amplio lugar que ocupaban en la *Expulsión*. Para confirmarlo están las constelaciones Osa Mayor y Eridano, constelaciones que Bruno se limita a expulsar y conservar respectivamente en el nuevo cielo (i.e., el sujeto humano nuevo purgado de los vicios) sin indicar su sustituto (Osa Mayor) o lo por él simbolizado (Eridano): «la estancia de la Osa Mayor permanece vacía por una razón que no es éste el momento de exponer» (p. 99); «donde todavía permanece la fantasía del río Eridano se ha

<sup>20</sup> «... La gregaria multitud que discurre, se guía (se precipita más bien) por el sentido del oído de una fe innoble y animal», decía Bruno en *La Cena* (p. 67) dibujando la actitud de los detractores de Copérnico. Para la subversión cristiana véase la exégesis bruniana del famoso «lamento» hermético citado por extenso —y reelaborado— en la *Expulsión* (pp. 264-266); para la subversión aristotélica de la «prisca sapientia» pagana vid. aquí mismo en la *Cábala* pp. 126 s.

<sup>21</sup> Sobre el significado alegórico de los personajes de la *Expulsión* y de la temática misma de la obra: el cielo estrellado de la cosmología tradicional y su reforma, véase cuanto hemos dicho en nuestra introducción a la versión castellana de esa obra (§V-VI).

<sup>22</sup> *Expulsión*, p. 132.



de poner algo noble de lo cual hablaremos en otra ocasión, porque este venerable asunto no cabe entre estos otros» (p. 105); «queda, pues, el Eridano en el cielo, pero no de otra manera que por fe e imaginación, por lo cual no impedirá que en aquel mismo lugar pueda estar en verdad alguna otra cosa de la que resolveremos uno de estos próximos días porque es preciso pensar acerca de esta sede como también acerca de la Osa Mayor» (p. 287).

Todo esto indica que la *Expulsión* es una obra, en opinión de su mismo autor, inconclusa, porque la crítica y la reforma que lleva a cabo no han sido llevadas hasta sus últimas consecuencias, precisamente porque queda pendiente la elucidación completa de la asinidad y de su relación con el cristianismo. La apertura del diálogo en la *Cabala* nos lo muestra: tras presentar a Saulino (contertulio de la *Expulsión*), donde recibe de la boca de *Sofia* la revelación de la reforma celeste) exponiendo a Coribante y a Sebasto el contenido de dicha reforma (contándoles la *Expulsión* y haciendo de esta obra el prólogo de la *Cabala*), Saulino responde al deseo de Sebasto de «saber qué es lo que el gran padre de los dioses ha hecho suceder en aquellas dos sedes, boreal la una y austral la otra» en los siguientes términos: «sabed que en la sede inmediata al sitio donde estaba la Osa menor y al que sabéis ha sido exaltada la Verdad, lugar de donde ha sido expulsada la Osa mayor en la forma que habéis oído, por determinación del mencionado consejo ha sucedido la Asinidad en abstracto. Y allí donde todavía véis en la fantasía al río Eridano han querido los mismos que se encuentre la Asinidad en concreto, a fin de que desde las tres regiones celestes podamos contemplar la Asinidad, que estaba como oculta con sus dos lucecitas en la vía de los planetas, allí donde está el caparazón del Cangrejo» (p. 96 s.). La *Cábala del caballo Pegaso* es, pues, —al menos pretende serlo— la culminación de la *Expulsión de la bestia Triunfante*; su tema —como alusivamente indicaba ya el título— es la *Asinidad-ignorancia* y por tanto el encuentro definitivo con un tema tan importante y tantas veces postergado, un tema que Giordano Bruno se decidía a abordar en sus dos facetas: en abstracto o en general (donde la *Asinidad-ignorancia* ocupaba un lugar estratégico entre la Verdad por un lado y la Prudencia y Sabiduría por otro) y también en una de sus manifestaciones concretas, la *Asinidad* en concreto representada por el cristianismo en la constelación del Eridano<sup>23</sup>. La con-

<sup>23</sup> Sobre la crítica del cristianismo desarrollada por Bruno en la *Expulsión* en ésta

trariedad o ambivalencia de estas dos facetas de la Asinidad-ignorancia determinan la ambigüedad del discurso bruniano en la *Cabala* y permiten, bajo el manto protector aparente de la primera expresión de la asinidad, la reducción sarcástica del cristianismo —y sus aliados: el aristotelismo, el escepticismo— a pura ignorancia pervertida, con lo que la utilización esperpéntica de la misma terminología edificante del sermón cristiano expresa «silénicamente» la absoluta condena de las posiciones aparentemente ensalzadas.

Sin embargo no se puede decir, a pesar de una preparación o gestación tan prolongada, que la *Cabala del caballo pegaso* sea una obra terminada y plenamente desarrollada por su autor. No se trata meramente de que sea el diálogo italiano de menor dimensión. Lo importante es que, frente al carácter estructurado y completo de los restantes diálogos italianos en los que se aprecia una clara progresión en el desarrollo de la problemática tratada, la *Cabala* sorprende al lector por su factura informe y su disposición no muy bien articulada. El propio Bruno parece confesarlo al comienzo de la epístola dedicataria, donde con el tono humorístico habitual señala la procedencia dispar de los materiales recogidos en la obra: «... también a mí me ha sucedido que, tras haber despachado no todos mis pensamientos, sino tan sólo un cierto haz de escritos, y no teniendo al final nada más que sacar, he vuelto los ojos (más por casualidad que premeditadamente) a un cartapacio que en otras ocasiones había despreciado y puesto como cubierta de aquellos escritos. Hallé que contenía en parte lo que vais a veros presentado a continuación»<sup>24</sup>. Bruno parece haber recogido escritos previos sobre el motivo de la asinidad, haberlos acompañado de algunos desarrollos nuevos, pero no haber llevado a conclusión el tema, al menos hasta el punto de poderse sentir satisfecho del resultado. A diferencia de las restantes obras italianas, en las que el último diálogo contiene la conclusión de lo expuesto en los diálogos anteriores, el último diálogo de la *Cabala* consiste en una simple página en la que el protagonista, Saulino, constata la imposibilidad de concluir el trabajo emprendido, es decir, la completa elucidación de la asinidad: «Creo que se nos va a pasar la oportunidad de entablar nuevas conversaciones sobre la cábala de dicho caballo, porque según veo el orden del universo

y en las constelaciones adyacentes de Orión, la Liebre y el Perro, cfr. nuestras notas *ad loc.*

<sup>24</sup> *Infra*, p. 70.



exige que, igual que este caballo divino no se muestra en la región celeste más que hasta el ombligo..., analógicamente sucede aquí que este caballo descriptivo no puede llegar a su conclusión»<sup>25</sup>. De esta forma, lo llevado a cabo no rebasa el carácter de introducción («valgan estos dos diálogos por una Cábala parva, iniciática, isagógica, microcósmica») <sup>26</sup> y Bruno sigue postergando para una ocasión futura el tratamiento completo de la asinidad: «Pero no debemos desesperarnos por eso, ya que si ocurre que éstos vuelvan a empezar a reunirse alguna otra vez, los encerraré a los tres en cónclave de manera que no puedan salir hasta que hayan despachado la creación de una magna Cábala del caballo Pegaso»<sup>27</sup>. Sin embargo Bruno ya no volverá a tratar la asinidad de forma monográfica y en 1591 (en el *De imaginum compositione* publicado en Frankfurt, en las vísperas del infausto retorno a Italia) se pronunciará sobre la *Cabala* en estos términos un tanto enigmáticos: «Animalis [i.e del asno] imago et figura nota est, de quo varii scripserunt et nos particulari stylo de illo scripsimus, quod, quia vulgo displicuit et sapientibus propter sinistrum sensum non placuit, opus est suppressum»<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> *Infra*, pp. 141 s.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 142.

<sup>27</sup> *Ibidem*. El apéndice final del *Asno cilénico* no modifica, por tanto, a los ojos de Bruno este carácter inconcluso de la *Cábala*. Pero acaso la utilización del término «cónclave» no es accidental, sino plenamente significativa: al igual que el cónclave cardenalicio no concluye hasta que se despacha la creación de un nuevo papa (i.e. del vicario de Cristo en la Tierra), la *Cábala* bruniana terminará cuando se elucide por completo el significado y dimensión del cristianismo, significado aquí en su carácter de total asinidad-ignorancia en la persona del Romano Pontífice, cuya ridiculización como asno era proverbial de los «panfletos» (*Flugblätter*) desde los primeros momentos de la Reforma protestante. Vid. sobre este punto concreto Aby Warburg: «Divinazione antica pagana in testi ed immagini dell' età di Lutero», *La rinascenza del paganesimo antico*, Florencia, 1966, pp. 349 ss.

<sup>28</sup> *Opera*, vol. II, III p. 237. Ciliberto (*La ruota del tempo*, p. 45) parece conectar este «rechazo» de la *Cábala* con el regreso a Italia, haciéndolo expresión de una táctica política de supresión anticipada de dificultades eventuales que no elimina la permanencia inmutada del juicio teórico de fondo sobre la asinidad. Por su parte G. Aquilecchia (*Giordano Bruno*, Roma, 1971, p. 53) se inclina —no muy convincentemente— por interpretar esa afirmación bruniana, dadas las referencias astrales de la obra, «in rapporto alla nota campagna condotta da Sisto V contro la astrologia giudiziaria e ogni altra arte divinatória, culminata nel 1586 con la bolla *Coeli et terrae*». Es muy probable, sin embargo, como señala N. Ordine (*La cabala dell' asino. Asinità e conoscenza in Giordano Bruno*, Nápoles, 1987, p. 105), que en ese juicio se recoja la reacción negativa del público —vulgo y falsos sabios o pedantes— ante una obra cuyo verdadero sentido —latente y sobre todo ambivalente— no consiguió penetrar. No-

## II. La «Cabala» bruniana y la literatura sobre el asno y la ignorancia

Formalmente la *Cabala del cavallo pegaseo* se emparenta con la vasta literatura renacentista sobre el asno y la ignorancia. Los dos modelos clásicos, derivados además de una fuente común perdida —*Lucio o el asno* falsamente atribuido a Luciano de Samosata y el *Asno de oro* de Apuleyo— suscitaron enseguida el interés y la admiración de los autores humanistas<sup>29</sup>, generando una vasta serie de imitaciones y réplicas: el *Asino* de Maquiavelo, redactado hacia 1517 y nunca concluido, publicado en Florencia en 1549<sup>30</sup>; *L'Asinaria* de Teófilo Folengo, recogida en su *Caos del Triperuno*<sup>31</sup>; el *Ad Encomium asini digressio* de Agrippa de Nettesheim (cap. CI de su *De incertitudine et vanitate scientiarum et artium declamatio inveciva* (Colonia 1531); la composición *In lode dell'asino* recogida en *Il secondo libro delle opere burlesche* de M. Francesco Berni (Florencia 1555); el *Ragionamento sovra del asino* de G. B. Pino (publicado sin indicación de lugar ni de año, pero probablemente en Nápoles en 1551 ó 1552). A esta literatura sobre el asno hay que añadir aquellas obras que abordaban el asno como símbolo o jeroglífico,

temos, por lo demás, que Bruno insiste también (como veremos enseguida que hace en la *Cábala* misma) en el «estilo particular» de la obra, a diferencia del resto de la variada literatura sobre el asno, y que en el *De imaginum compositione* se expresaba acaso también el disgusto del autor por no haber podido desarrollar su programa de elucidación de la asinidad hasta el final.

<sup>29</sup> La novela griega fue traducida al latín en el siglo XV por Poggio Bracciolini y posteriormente al vulgar. La obra de Apuleyo tuvo una fortuna excepcional: descubierta por Boccaccio en 1355, fue imitada ya por éste en el *Decamerón*. El *Asinus aureus* fue uno de los primeros textos clásicos impresos (Roma, 1469) y las reimpresiones se multiplicaron; fue traducido al italiano por Mateo Boiardo (1516) y por Agnolo Firenzuola (1550), versión esta última amplísimamente difundida. Para más detalles véase la introducción de Carlos García Gual a la reimpresión de la traducción castellana (de 1513) de Diego López de Cortegana: *El Asno de Oro*, Alianza Editorial Madrid, 1988. *Lucio o el Asno* del Pseudo-Juliano puede encontrarse en Luciano: *Obras II*, trad. y notas de J. L. Navarro González, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1988, pp. 322-363.

<sup>30</sup> N. Machiavelli: *L'Asino en Il teatro e tutti gli scritti letterari*, a cura di F. Gaeta, Milán, 1977, pp. 269-302. Vid. asimismo G. M. Anselmi-P. Fazon: *Machiavelli, l'asino e le bestie*, Bologna, 1984, amplio estudio del poema con una edición del mismo.

<sup>31</sup> Para una revisión de esta literatura con atención a Bruno vid. N. Ordine, *op. cit.*, cap. 12: «La letteratura dell' asino prima di Bruno», así como el volumen todavía útil de V. Spanpanato: *Giordano Bruno e la letteratura dell' asino*, Portici 1904.



muy especialmente los *Hieroglyphica* de Valerianus, que dedicaban un largo capítulo al tema<sup>32</sup>; y también la vasta literatura que partiendo del *Morias Encomium id est Stultitiae Laus* de Erasmo (1511) desarrollaba el *topos* del elogio de la ignorancia o estulticia: la *Orazione della ignoranza* di Giulio Landi (Venecia 1551), los *Parodossi* de Ortensio Lando (Venecia 1545)<sup>33</sup>.

Bruno, que conoce prácticamente toda esa literatura de la cual se sirve puntualmente en la *Cabala* para sus propios fines, se refiere a ella el comienzo de la «Declamación al lector» para protestar de su originalidad: «se presenta ante mis ojos esa inexperta, necia y profana multitud que... tan temerariamente escribe para producir esos perversos discursos de tantos monumentos como van por las prensas, por las librerías, por todas partes, con las burlas, desprecios y censuras más expresas: *el asno de oro, las loas del asno, el elogio del asno*, donde no se piensa más que en tomarse a broma, por pasatiempo y en burla la gloriosa asinidad mediante frases irónicas. Ahora ¿quién contendrá al mundo para que no piense que yo hago lo mismo?»<sup>34</sup>. Más tarde, en el curso ya del diálogo propiamente dicho, Saulino —portavoz de Bruno— sostiene que «la cosa no ha sido explicada y aclarada jamás tal como yo voy a aclarársela y explicársela ahora»<sup>35</sup>. Bruno quiere afirmar con estas declaraciones la originalidad de su formulación de una dimensión positiva de la asinidad, de la ignorancia: «el asno es símbolo de la sabiduría»; «la sabiduría creada, sin la ignorancia o locura y por consiguiente sin la asinidad que las representa y es idéntica a ellas no puede aprehender la verdad y por eso es necesario que [la asinidad] sea mediadora»<sup>36</sup>.

Por otra parte la defensa, al comienzo de la «Declamación al lector» (pieza de tono erasmiano, directamente evocadora del *Elogio de la locura*), de la sinceridad del elogio llevado a cabo de la asinidad —ignorancia es la premisa necesaria— bajo la cobertura, además, de

<sup>32</sup> Ioannes Pierius Valerianus: *Hieroglyphica, sive de sacris aegyptiorum aliarumque gentium litteris commentarii*, Brasilea 1575, pp. 87r-91v.

<sup>33</sup> Vid. Ordine, *op. cit.*, pp. 131 ss., donde se señalan las correspondencias de estas dos obras italianas con la *Cabala* bruniana.

<sup>34</sup> *Infra*, pp. 80 s.

<sup>35</sup> *Infra*, p. 98.

<sup>36</sup> *Infra*, pp. 99 y 106. Pero la dimensión positiva de la asinidad, su carácter de símbolo positivo, ya había sido señalada por Agrippa de Nettesheim y Valeriano, en términos prácticamente idénticos, así como por Giulio Landi. Cfr. *infra* las notas 19 y 35 bis al diálogo primero.

la dimensión positiva de la asinidad —para que pueda desplegarse la ironía y el sarcasmo que tras el elogio ridiculiza y somete al más feroz de los desprecios, como asinidad negativa, la actitud espiritual judeo-cristiana, que —frente a las tesis de la tradición cristiana, continuando la polémica anticristiana de la *Expulsión*— es designada como absoluta ignorancia privada del mínimo contenido de sabiduría.

### III. Recuperación de la verdad y desvelamiento de la impostura: la crítica bruniana del aristotelismo y del cristianismo y el descubrimiento de la mutación universal

En sus diálogos anteriores —los tres diálogos cosmológicos y la *Expulsión de la bestia triunfante*— Bruno había alcanzado resultados importantes; había recuperado la verdadera faz del universo mediante el desarrollo consecuente de la verdad copernicana: infinitud del universo, pluralidad de sistemas planetarios girando alrededor de sus estrellas —soles, vida universal, uniformización ontológica y cosmológica con el consiguiente abandono de toda noción de jerarquía; homogeneidad espacial y temporal y consiguientemente exclusión de ámbitos espaciales y períodos temporales escatológicos (cielos e infiernos como habitáculos humanos *post interitum mundi*); una nueva concepción, por tanto, de la relación de Dios con el universo —ya no indigente *creatura* destinada a perecer muy pronto, sino necesaria *explicatio* eterna de la infinita *potentia* divina; dios mismo manifiesto y visible —y de la relación del hombre con ambos: sujeto natural inmerso e inmanente al divino universo infinito, el hombre encuentra en él —en la naturaleza— el ámbito y la vía de comunicación y acceso a la divinidad, el único mediador posible<sup>37</sup>. Esta recupera-

<sup>37</sup> Este es el sentido de la defensa efectuada en la *Expulsión* de la «religión egipcia», es decir, de la antigua religión pagana del mundo vencida por el cristianismo: «Aquellos cultores egipcios, pues, para impetrar ciertos beneficios y dones de los dioses, con razones de profunda magia pasaban a través de ciertas cosas naturales en las que la divinidad estaba en cierta medida latente y a través de las cuales ella podía y quería comunicarse a dichos efectos. Por eso aquellas ceremonias no eran vanas fantasías, sino voces vivas que tocaban los mismos oídos de los dioses; aquellos cultores —al igual que nosotros [i.e., los dioses] queremos ser entendidos por ellos no por voces de una lengua que ellos sepan reproducir, sino por voces de efectos naturales —quisieron también hacerse entender por nosotros mediante actos ceremoniales sobre aquellas voces vivas, pues de lo contrario hubiéramos sido tan sordos a



ción de la verdadera imagen del universo, de su carácter divino y de su función mediadora entre hombre y divinidad, era también la base de la regeneración moral del sujeto humano frente a la postración y corrupción secular que alcanzaba en el momento contemporáneo su punto álgido; era la base de una correcta reforma religiosa<sup>38</sup>, pues permitía desvelar la impostura de aquel individuo —Cristo—<sup>39</sup> que (a partir de la subversión cosmo-ontológica efectuada por Aristóteles) negaba la divinidad y función mediadora de la naturaleza<sup>40</sup> poniéndose a sí mismo como único mediador y como única garantía de vida eterna, como única presencia de lo divino en el mundo<sup>41</sup> y por ello como único objeto de «caza» humana para vencer la amenaza de muerte eterna: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me habéis conocido conoceréis tam-

— sus ruegos como un tártaro a la lengua griega que jamás escuchó. Sabían aquellos sabios que Dios estaba en las cosas y que la divinidad, latente en la naturaleza, actuándose y refulgiendo de forma diversa en diversos individuos, por diversas formas físicas, con ciertos órdenes, viene a hacer partícipes de sí, esto es, del ser, de la vida y del intelecto. Por eso se disponían con los mismos órdenes diversos a recibir tanto y tales dones como deseaban», p. 259. No hay, por tanto, una relación verbal con la divinidad (Dios no se dirige a los hombres con la Palabra ni los hombres pueden llegar a él con sus «oraciones»), sino una relación a través de la naturaleza y sus efectos (voces vivas).

<sup>38</sup> Sobre esta problemática véase nuestra introducción a la *Expulsión*, § VII-VIII y nuestro trabajo ya citado «Epicuro y Giordano Bruno: Descubrimiento de la Naturaleza y liberación moral. (Una confrontación a través de Lucrecio)».

<sup>39</sup> Cfr. *Expulsión*, pp. 222 s.: «un individuo que, igual a todos los demás en sustancia y a veces inferior a ellos en dignidad y mérito, ha sido quizá superior a muchos gracias a su maldad y así ha alcanzado poder para subvertir las leyes de la naturaleza, para convertir en ley ese su deseo inmoderado». Aceptamos la identificación con Cristo de este personaje efectuada por A. Ingegno en su obra *La sommersa nave della religione. Studio sulla polemica anticristiana del Bruno*, Nápoles 1985, cap. VIII.

<sup>40</sup> Cfr. la crítica de Cristo bajo la veste de Orión en la *Expulsión*: Cristo ha de engañar a los hombres, persuadiéndoles, entre otras cosas, de que «la naturaleza es una puta ramera; que la ley natural es una bellaquería; que la naturaleza y la divinidad no pueden concurrir en un mismo buen fin y que la justicia de la una no está subordinada a la justicia de la otra, sino que son cosas contrarias como las tinieblas y la luz», p. 282. Ya el anónimo «lector napolitano» contemporáneo había descubierto la referencia a Cristo en el ataque a Orión: «De Orione; sed o Christe, mutato nomine de te Fabula narratur» había anotado al margen de su ejemplar de la primera edición del *Spaccio*.

<sup>41</sup> La impostura de Orión-Cristo se establece «haciéndoles además creer [a los hombres] que el gran Júpiter no es Júpiter, sino que Orión es Júpiter y que los dioses todos no son otra cosa que quimeras y fantasías», *Expulsión*, p. 283.

bién a mi Padre» (*Juan 14, 6*); «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo le daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo... Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero» (*Juan 6, 50-54*). Al desvelamiento de la impostura de Cristo y consiguientemente del oscurecimiento de lo divino que lo hacía posible —tras la deformación aristotélica del universo y de la sustancia— se unía, en la *Expulsión*, la refutación de la Reforma luterano-calvinista como afirmación, a través de su inserción paulino-agustiniana, del error del cristianismo y de sus perniciosas consecuencias político-sociales.

Los diálogos anteriores a la *Cabala* habían aportado también la percepción de la realidad natural como permanente movimiento, como mutación incesante bajo la ley de la alternancia vicisitudinal de los contrarios. La *Expulsión* empezaba precisamente con la solemne declaración de Sofía (i.e., de la Sabiduría) de que «si en los cuerpos, en la materia y en el ente no hubiera mutación, variedad y alternancia vicisitudinal nada sería apropiado, nada bueno, nada delectable». Pero esos diálogos habían dejado también perfectamente claro que la mutación universal se producía en el marco de la permanencia inalterable e inalterada de la sustancia única y universal; habían evidenciado que la dimensión corruptora del aristotelismo emanaba no tan sólo de su falseamiento de la verdadera imagen del universo (cosmología), sino también de su errónea concepción de la sustancia (ontología), pues al conceder rango de tal a los individuos concretos y efímeros, negándola al sustrato permanente e inmutable, abría la puerta (frente a la sabiduría de los antiguos, testimoniada en Pitágoras) al vano e ilusorio terror a la muerte: «Dunque abbiamo un principio intrinseco formale, eterno e subsistente, incomparabilmente migliore di quello ch'han finto gli sofisti che versano circa gli accidenti, ignoranti della sostanza delle cose, e che vengono a ponerle le sustanze corrottibili, perché quello chiamano massimamente, primamente e principalmente sostanza, che risulta da la composizione; il che non è altro ch'uno accidente, che non contiene in sè nulla stabilità e verità, e se risolve in nulla. Dicono quelli esser veramente omo che risulta dalla composizione; quello essere veramente anima che è o perfezione ed atto di corpo vivente, o pur cosa che risulta da certa simmetria di complessione e membri. Onde non



*è meraviglia se fanno tanto e prendeno tanto spavento per la morte e dissoluzione, como quelli a quali è imminente la iattura de l'essere. Contra la qual pazzia crida ad alte voci la natura, assicurandoci che non gli corpi ne l'anima deve temer la morte, perché tanto la materia quanto la forma sono principii constantissimi:*

O genus attonitum gelidae formidine mortis,  
quid Styga, quid tenebras et nomina vana timetis,  
materiam vatam falsique pericula mundi?  
Corpora sive rogos flamma seu tabe vetustas  
abstulerit, mala posse pati non ulla putetis:  
morte carent animae domibus habitantque receptae.  
Omnia mutantur, nihil interit»<sup>42</sup>.

La enseñanza de la filosofía, una enseñanza transmitida también por los poetas (Ovidio en sus *Metamorfosis*, Virgilio en su *Eneida*, Lucrecio en su *De rerum natura*) y por los mitos y fábulas antiguas, es que la sustancia permanece, el ser no perece y por tanto no existe la muerte y no tiene sentido el temerla. La realidad es la mutación o metamorfosis incesante: «Ogni produzione, di qualsivoglia sorte che la sia, è una alterazione, rimanendo la sustanza sempre la medesima; perché non è che una, uno ente divino, immortale. Questo lo ha possuto intendere Pitagora, che non teme la morte, ma aspetta la mutazione»<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> *De la causa*, pp. 245 s. (el subrayado es nuestro). Los versos citados por Bruno pertenecen al famoso parlamento contra el temor a la muerte que Ovidio pone en boca de Pitágoras como conclusión de sus *Metamorfosis* (XV, 153 ss.) y verdad filosófica transmitida mediante las imágenes de todos los mitos anteriores de «trans-formación». Esta concepción de la sustancia —recapitulada en la epístola explicativa de la *Expulsión*— recibe nueva formulación en la *Cábala*, con una nueva cita de versos ovidianos (vid. *infra*, p. 116), y es el sustrato filosófico de la fábula literaria expuesta en este diálogo: las metamorfosis del asno.

<sup>43</sup> *De la causa*, p. 324 (el subrayado es nuestro). Por su parte la epístola preliminar del *Del Infinito* decía: «Ecco qua la ragione per cui non doviam temer che cosa alguna diffluisca, che particular veruno o si disperda o veramente inanisca o si diffonda in vacuo che lo dismembre in adnichilazione. Ecco la raggion della mutazion vicissitudinal del tutto, per cui cosa non è di male da cui non s'esca, cosa non è di buono a cui non s'incorra, mentre per l'infinito campo, per la perpetua mutazione, tutta la sustanza persevera medesima ed una» (p. 359). Siendo el hombre y el colectivo humano un sujeto natural (cfr. el cap. IX de nuestra introducción a la *Expulsión*) la ley cósmica de la alternancia vicisitudinal de los contrarios es la que rige también la historia de la humanidad como un proceso natural que se despliega en la perma-

Pero esta errónea concepción aristotélica de la sustancia, esta ontologización de los individuos numéricos que quedan desgajados e independizados del sustrato universal del que brotan, es la causa de la pérdida de transparencia del mito (de la fábula de metamorfosis), que pasa a ser intrepredada literalmente como divinización de individuos animados, como zoolatría, perdiéndose su sentido originario de afirmación de la metamorfosis de la sustancia divina universal<sup>44</sup>; es la causa de la aparición del temor a la muerte y con ello la premisa que hace posible la seducción humana por la impostura de Cristo: los desgraciados humanos, para quienes lo divino ha desaparecido del mundo y se han visto privados de todo sustrato sólido de su ser, se encuentran como única garantía de supervivencia con Cristo. El es el Dios que hay que *cazar*, pero ya no a través de su presencia en los efectos naturales o voces vivas de la naturaleza, sino a través de la *fe* en su *palabra* o promesa (*Juan* 3,36: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él») y a través de la participación

nente alternancia de *luz* y *tinieblas*, esto es, de períodos de conocimiento de la verdad y de un justo orden moral y religioso y períodos de ocultación del verdadero rostro del universo y de lo divino con la consiguiente perversión moral y religiosa. Por eso puede decir Sofía al comienzo de la *Expulsión* que «el principio, el medio y el fin; el nacimiento, el aumento y la perfección de todo lo que vemos, se hace a partir de contrarios, a través de contrarios, en los contrarios, hacia los contrarios, y que donde hay oposición allí hay también acción y reacción, hay movimiento, hay diversidad, hay multitud, hay orden, hay grados, hay sucesión, hay alternancia vicisitudinal. Por eso, quien considere bien la cosa no se desanimará o enorgullecerá jamás por la situación y condición presente, por muy buena o mala, peor o mejor que le parezca en comparación con otras condiciones y fortunas. Así yo también, junto con mi divino objeto que es la verdad, tanto tiempo fugitiva, oculta, hundida y sumergida, he estimado la situación actual —por decreto del destino— como el principio de mi retorno, aparición, exaltación y esplendor tanto más grande cuanto mayores han sido las adversidades» (p. 111). En efecto: «el destino —dice Isis en la *Expulsión*, p. 259 —ha establecido la alternancia vicisitudinal de las tinieblas y de la luz».

<sup>44</sup> Tal desarrollo había sido profetizado, según Bruno, por Hermes Trismegisto en su «lamento» del *Asclepius* por el ocaso de la religión pagana, citado —y alterado— por Bruno casi íntegramente en la *Expulsión* (pp. 264 ss.) como profecía del advenimiento de la religión cristiana, de la completa subversión de valores por ella efectuada, de la final corrupción del mundo humano y de la emergencia de un restaurador de la verdad (Bruno, que pasa a concebirse a sí mismo como Anti-Cristo) que «sin duda alguna pondrá fin a semejante mancha, llamando de nuevo el mundo a su antiguo rostro». Es mérito de Alfonso Ingegno el haber evidenciado en toda su dimensión el papel de la «fábula de metamorfosis» en el pensamiento bruniano. Véase por ej. su obra *La sommersa nave della religione*, caps. V y VII.



en la Eucaristía (*Juan 6,54*: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero»). Pero con ello el presunto cazador —falso Acteón— resultaba en realidad cazado por Cristo impostor —falsa Diana; «individuo igual a todos los demás en sustancia» «que obtiene ese lugar o solio [de la divinidad] enmascarado y no reconocido en su verdadero ser»— y quedaba atrapado en las redes de una fábula pernicioso de nefastas consecuencias históricas y sociales <sup>45</sup>.

Los diálogos anteriores a la *Cábala* habían evidenciado a Bruno la plena solidaridad histórica y conceptual de la falsa imagen aristotélico-ptolemaica del universo con la impostura, falsa religión e impiedad cristianas, mostrando también la raíz originaria de la ociosa y pedante doctrina luterana de la justicia de la fe y del nulo valor meritorio de las obras. Tal era la filosofía adquirida y expuesta en los diálogos anteriores a la *Cábala*, una «filosofía que abre los sentidos, contenta el espíritu, engrandece el entendimiento y lleva de nuevo al hombre a la verdadera beatitud que puede tener como hombre» <sup>46</sup>.

Bruno podía emitir ese juicio exultante porque la filosofía le procuraba un conocimiento verdadero del universo, de Dios y del hombre, así como de su efectiva relación; y con ello la clave tanto para el descubrimiento de la impostura secular como para la regeneración y liberación moral-religiosa. Si *La cena*, el *De la causa* y el *Del infinito* exponían la vertiente cosmológico-ontológica de la filosofía bruniana, la *Expulsión de la bestia triunfante* —como señala el mismo título <sup>47</sup>— había empezado la segunda tarea: el desvelamiento de la impostura o la apertura del «Sileno invertido», es decir, la crítica del cristianismo y de su manifestación contemporánea (especialmente la Reforma luterano-calvinista como expresión cumplida del error original cristiano) así como la reforma moral— religiosa de la mano

<sup>45</sup> Cfr. *Expulsión*, pp. 222, 284, 291 s. En la *Expulsión* precisamente «cae y es expulsada la Fábula senil y bestial con su necia Metáfora, vana Analogía, caduca Anagogía, estúpida Tropología y ciega interpretación figurada, con sus falsas cortes, conventos porcinos, sectas sediciosas, confusos grados, desordenadas órdenes, reformas deformes, purezas inmundas, sucias purificaciones y perniciosísimas briberías que se mueven en el campo de la Ambición, donde la torva Malicia ocupa el primer puesto y la ciega y crasa Ignorancia se mueve a sus anchas», p. 106. Era todo el ámbito del cristianismo y su estructura eclesiástica lo que quedaba radicalmente condenado.

<sup>46</sup> *Del infinito, universo e mondi*, p. 360 (la traducción es nuestra).

<sup>47</sup> Sobre este tema vid. el capítulo V de nuestra introducción a esa obra.

de la defensa de la vieja religión pagana del mundo y de la religión política de la Roma republicana <sup>48</sup>. La *Cábala*, continuación de la *Expulsión* por su mismo planteamiento formal, tomaba también su punto de partida en esta filosofía que hemos delineado en algunos de sus componentes esenciales.

#### IV. La ambigüedad del asno: la asinidad positiva

La mutación universal de todas las cosas, dentro de la inmutable permanencia de la sustancia única que excluye la realidad de la muerte y el temor a la misma, debe de tener su lógico correlato en el ámbito humano en el movimiento, en la acción. Una existencia humana marcada por el estancamiento, la fijación y la pasividad, es contradictoria con la realidad natural, de la que sin embargo es parte. Una existencia humana de tales características tiene el marchamo de lo antinatural (y por ende antidivino) y no puede ser duradera. Como sujeto natural, producto de la naturaleza e inserto en ella, el hombre no puede dejar de expresar en su vida el movimiento, la mutación y la actividad de la vida universal. De ahí que en la reforma moral de la *Expulsión de la bestia triunfante* Hércules y Perseo dejen su sede celeste a las virtudes por ellos significadas —la Fortaleza y la Solicitud o Diligencia respectivamente <sup>50</sup>—; de ahí también la condena del ocio «inútil, inerte y pernicioso» y sus múltiples expresiones, entre las que queremos señalar sin embargo los mitos engañosos del Paraíso Terrenal o Edad de Oro y la «fantasía ociosa» de la justificación por la fe en Cristo pregonada por Lutero y sus secuaces <sup>51</sup>. Giordano Bruno aspira a ejemplificar con su propia trayectoria vital esta ética: «Este hombre, este hombre [i.e. el propio

<sup>48</sup> *Expulsión*, diálogo III, 2 (*sub* Capricornio) y II, 1 respectivamente.

<sup>49</sup> Bruno señala constantemente en la *Expulsión* la coincidencia de la ley divina y la ley natural. Cfr., pp. 92, 148, 167, 244, 282.

<sup>50</sup> Sobre Hércules y la Fortaleza vid. diálogo I, 3 y II, 3; sobre Perseo y la Solicitud vid. diálogo II, 3.

<sup>51</sup> Para la crítica del ocio vid. el diálogo III, 1. Bruno se cuida, sin embargo, de aceptar como compañero de la Solicitud el ocio «loable y estudioso», el cual «debe residir y reside en el mismo trono que la Solicitud porque la fatiga debe administrarse con el ocio y el ocio debe temperarse con la fatiga... Así, pues, jamás ocurra que tú, Ocio, puedas ser verdaderamente grato sino cuando sucedas a dignas ocupaciones» (pp. 234 s.). Cfr. también pp. 215 s.



Bruno], ciudadano y siervo del mundo, hijo del padre Sol y de la madre Tierra, porque ama demasiado al mundo, vemos que deberá ser odiado, censurado, perseguido y aniquilado por él. Pero entre tanto no estará ocioso ni mal ocupado mientras espera su muerte, su transmigración, su mutación»<sup>52</sup>; «haz Industria mía —dice Bruno por boca de la Solicitud— junto conmigo glorioso este exilio y estos trabajos por encima de la tranquilidad, comodidad y paz de la patria. Adelante, Diligencia, ¿qué haces?, ¿por qué estamos tan ociosos y dormimos vivos, si tanto tiempo debemos estar ociosos y dormir en la muerte?, puesto que aunque esperemos otra vida u otro modo de ser nosotros, no será como la que tenemos ahora, porque ésta pasa siempre sin esperar retorno alguno jamás»<sup>53</sup>.

La acción, el movimiento, poseen por tanto valor positivo. El ocio, el estancamiento en la inmovilidad, la pasividad o espera pasiva de los dones vitales se evidencian como lo negativo, como el vicio. El asno, la asinidad, representan tanto lo uno como lo otro y de ahí su carácter de símbolo ambiguo y ambivalente a lo largo de la cultura<sup>54</sup>. Efectivamente, el asno —y lo por él simbolizado: la ignorancia— constituyen por un lado el punto de partida de una acción y movimiento incesantes cuyo objetivo es el alcance de la Verdad. En este sentido la asinidad o ignorancia es mediadora entre la Sabiduría humana y la Verdad<sup>55</sup>, un atributo de la verdadera sabiduría

<sup>52</sup> *Expulsión*, pp. 90 s.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 214.

<sup>54</sup> Nuccio Ordine ha descubierto en la ambigüed del asno la clave para la lectura de la *Cabala* y para la comprensión de la exégesis bruniana de la «ignorancia». Vid. su obra *La cabala dell'asino*, especialmente los capítulos II-VII.

<sup>55</sup> Efectivamente, la *Expulsión* ya nos ha dicho que entre la Osa Menor (Verdad) y Ceteo (Sabiduría) se encuentra la Osa Mayor, que por la *Cabala* representa la Asinidad-Ignorancia (vid. diálogos I,3 y II,1). Ahora la *Cabala* explicita plenamente el pensamiento bruniano: «La sabiduría creada, sin la ignorancia o locura y por consiguiente sin la asinidad que las representa y es idéntica a ellas no puede aprehender la verdad y por eso es necesario que sea mediadora, ya que al igual que en el acto intermedio concurren los extremos o términos, el objeto y la potencia, así también en la asinidad concurren la verdad y el conocimiento llamado por nosotros sabiduría... Si hay algún acceso a la Verdad no lo hay más que por la puerta que nos abre la ignorancia, la cual es a la vez el camino, el portero y la puerta. Pues bien, la sabiduría vislumbra la verdad a través de la filosofía, la vislumbra por tanto a través de la estulticia y consiguientemente a través de la asinidad. De ahí que quien tiene tal conocimiento tiene algo de asno y participa de esa idea», *infra*, p. 106 y cfr. pp. 133 s. Según esto se puede llegar a decir incluso (con pleno sentido y evidenciando la *coincidentia oppositorum*) que el asno es el símbolo de la sabiduría» (p. 99).

humana o la sabiduría misma, que sólo gracias a esa conciencia de sí y al esfuerzo paciente, humilde y constante (atributos del asno)<sup>56</sup> puede aspirar a alcanzar la Verdad a través de la acción permanente sobre la naturaleza, esto es, a través de la inmersión en el flujo de la naturaleza. La asinidad positiva (condición de la sabiduría o la misma sabiduría) se expresa en la acción permanente que persigue negarse a sí misma, superarse en su contrario —la sabiduría— a través de la mutación natural, es decir, transformándose o «metamorfoseándose» por medio del conocimiento de la realidad natural en que se sumerge. Este es el sentido de aquella enigmática expresión de Júpiter en la *Expulsión*: «no puede mantenerse superior quien no sabe hacerse bestia»<sup>57</sup>; ésta es también en la *Cabala* misma la experiencia formativa y autoconstructiva (el *Bildungsroman* podríamos decir) de Onorio —personaje de la *Cabala* devenido finalmente hombre tras la experiencia constructiva de la asinidad positiva, que le llevó incluso a ser en una de sus muchas transmigraciones el pedante e ignorante Aristóteles<sup>58</sup>— y del Asno cilénico<sup>59</sup>. El sentido de la existencia asinina o de la metamorfosis asnal no sería otro que el de una alegoría del proceso activo y doloroso de conquista de la sabiduría (y de la divinidad) por el hombre a través de la única vía en

<sup>56</sup> «El asno es símbolo de la sabiduría en los divinos sefirotas porque a quien quiera penetrar en los secretos y ocultos receptáculos de aquella le es absolutamente necesario ser sobrio y paciente y tener mostacho, cabeza y espalda de asno; debe tener el ánimo humilde, contenido y bajo y el sentido tal que no establezca diferencia entre los cardos y las lechugas», *infra*, p. 100. Bajo un lenguaje humorístico y simbólico —derivado de Valeriano y Agrippa de Nettesheim; vid. cita *ad. loc.*— Bruno refleja en las cualidades del asno —trabajador incesante, humilde y paciente, perseverante y siempre dispuesto a continuar el esfuerzo tras poca y sencilla comida— las condiciones del buscador de la sabiduría, esto es, del *filo-sofo* o del «furioso».

<sup>57</sup> P. 132. Efectivamente, igual que los dioses (amenazados por el gigante Tifón) conservaron su integridad y obtuvieron la victoria metamorfoseándose en bestias (fábula alegórica de la *contracción* universal de la divinidad en los efectos naturales que pasan a ser sus *voces vivas*, esto es, su *revelación*), el hombre está obligado —si no quiere caer en el error y la impiedad; lo que ha ocurrido precisamente con el cristianismo— a introducirse en la naturaleza, pues sólo en su correcta penetración de ella encontrará la beatitud y la divinidad misma.

<sup>58</sup> Cfr. *infra* diálogos II,1 y II,2.

<sup>59</sup> Cfr. el apéndice final «El Asno Cilénico del Nolano», cuyas cualidades auto-regenerativas señala Mercurio como conclusión de la obra: «Habla, pues, entre los acústicos; considera y contempla entre los matemáticos; discute, pregunta, enseña, explica y afirma entre los físicos; hállate con todos, discurre con todos, hermánate, únete, identificate con todos, domina a todos, sé todo» (p. 153).



que eso es posible: la inmersión en el movimiento incesante de la naturaleza, único mediador con la divinidad absoluta y trascendente a la cual se intenta llegar mediante el conocimiento del *vestigio* natural en que se ofrece (*Natura est deus in rebus, Expulsión* p. 257): «Son degnissimi di lode quelli che si forzano alla cognizione di questo principio e causa [Dios absoluto], per apprendere la sua grandezza quanto fia possibile discorrendo con gli occhi di regolati sentimenti circa questi magnifici astri e lampeggianti corpi, che son tanti abitati mondi e grandi animali ed eccellentissimi numi, che sembrano e sono innumerabili mondi non molto dissimili a questo che ne contiene»<sup>60</sup>

Pero este tipo de asno —la asinidad positiva del esfuerzo permanente vuelto a la conquista del saber a través de la mutación— no es muy frecuente. La representan los pocos que merecen el nombre de filósofos: «A la contemplación de la verdad se elevan unos por la vía de la doctrina y del conocimiento racional, por la fuerza del intelecto agente que se introduce en el ánimo excitando la luz interior. Estos individuos son raros, por lo cual dice el poeta: *Pauci quos ardens evexit ad aethera virtus*» (*infra* pp. 106 s.). Esta asinidad-ignorancia, que Bruno incluye en esa página dentro del género asinidad, pero a la cual no se atreve a calificar como tal en esta mención, es evidentemente la filosofía; sin embargo —como ya hemos señalado al comienzo de este prólogo— Bruno no aborda su estudio en la *Cabala*, sino que la reserva para *De gli eroici furori*, esto es, para la obra en que estudia el tipo de personalidad heroica, el «furioso» presa de ese «furor divinus» que es el *eros*: «Otros, por estar avanzados o ser más capaces para la contemplación y por estar naturalmente dotados de un espíritu lúcido e intelectivo, a partir de un estímulo interno y del natural fervor suscitado por el amor a la divinidad, a la justicia, a la verdad, a la gloria, agudizan los sentidos por medio del fuego del deseo y el hábito de la intención y, con el aliento de la cogitativa facultad, encienden la luz racional con la cual ven más allá de lo ordinario; y éstos no vienen al fin a hablar y obrar como receptáculos e instrumentos, sino como principales artífices y eficientes»<sup>61</sup>.

<sup>60</sup> De la causa pp. 228 s. Por eso puede pretender con justicia el asno cilénico «errante» que le sea concedida la entrada en la escuela pitagórica. Vid. *infra*, pp. 149.

<sup>61</sup> *Los Heroicos Furores*, pp. 56 s., donde la figura de los «furiosos» se contraponen

## V. La ambigüedad del asno: la asinidad negativa. Escepticismo y pedantismo

Pero por otra parte está la asinidad negativa, en la cual la ignorancia no es un principio de movimiento y de una acción dirigidos a la conquista del saber y a la propia superación del punto de partida, sino un obstinado estancamiento en la inmovilidad, el ocio, en la espera pasiva de una iluminación divina que ha de irrumpir en nosotros desde fuera. Esta nueva forma de asinidad renuncia a la inmersión en la naturaleza, a la metamorfosis natural y a la autosuperación por el conocimiento y la acción en el mundo. Por el contrario se aísla del mundo, a quien ve como algo extraño y ajeno —como algo también negativo e inferior— para disponerse a ser un *vaso e instrumento* de la divinidad, un receptáculo de la iluminación divina trascendente<sup>62</sup>.

El elogio bruniano de la asinidad se dirige a la asinidad positiva. La asinidad negativa es condenada abierta y explícitamente en dos

precisamente, en su calidad de *activos* artífices, a la pasividad de los asnos receptáculos e instrumentos, esto es, de aquella otra manifestación de la asinidad marcada por la pasividad e inmovilidad y que merece a Bruno un juicio negativo. Por si fuera necesario, la cita del famoso verso virgiliano (*Eneida* VI, 129-130) en el pasaje de la *Cábala* nos indica sin lugar a dudas que se trata de los «héroes del intelecto».

<sup>62</sup> A esta asinidad se refiere Bruno en *Los Heroicos Furores*, contraponiéndola al furor divino del sujeto heroico, pero considerándola digna no por sí misma, sino en la medida en que efectivamente (aunque no está garantizado que ello ocurra, como veremos más abajo) la divinidad desciende sobre ella: «Ciertos individuos, al haberse convertido en habitáculo de dioses o espíritus divinos, dicen y obran cosas admirables de las que ni ellos mismos ni otros entienden la razón; son éstos generalmente elevados a tal situación desde un primer estado de incultura e ignorancia, introduciéndose el sentido y espíritu divino en ellos como en un receptáculo purgado, vacíos como se hallan de espíritu y sentido propios... Tienen más dignidad, potestad y eficacia en sí, puesto que tienen la divinidad. Los segundos [i.e. los sujetos heroicos] son ellos más dignos, más potentes y eficaces y son divinos. *Los primeros son dignos como el asno que lleva sobre sí los sacramentos*; los segundos como cosa sagrada por sí misma. En los primeros se considera y ve en sus efectos a la divinidad y se la admira, adora y obedece. En los segundos se considera y se ve la excelencia de la propia humanidad» (pp. 56 s.; el subrayado es nuestro). La referencia al adagio *Asinus portans mysteria* (recogido por Alciato en sus *Emblemas*: n.º VII *Non tibi, sed religioni*, emblema que concluye con el verso «Non es Deus tu, aselle, sed Deum vehis»; vid. Alciato: *Emblemas*, a cargo de Mario Soria, Madrid, 1975, pp. 89 y 299) muestra inequívocamente la nula dignidad personal del sujeto; la dignidad es de la divinidad que, sin confundirse, se muestra en él. El adagio y emblema tratan de impedir la valoración excesiva de este tipo de asno (del instrumento divino) por parte de él mismo o de los demás hombres.



de sus formas: el *escepticismo* y el *pedantismo*. En efecto, el escepticismo es una «especie de ignorancia» representada por «los pirronianos, eféticos y similares»; una especie por la que «siempre se está dudando y jamás se osa decidir o definir», especie simbolizada «por una asna clavada en medio de dos caminos, sin que jamás se mueva, incapaz de decidir por cuál de los dos debe más bien encaminar sus pasos»<sup>63</sup>. Peculiar del escepticismo es el carácter natural de su ignorancia-asinidad, basada en la autocritica de las facultades humanas: «Algunos de ellos [de los ignorantes] son naturales, como los que caminan con su luz racional, mediante la cual niegan con la luz del sentido y de la razón toda luz de razón y de sentido»<sup>64</sup>.

Tras esta primera caracterización del escepticismo, en el marco de una enumeración de las tres especies fundamentales de asinidad negativa, Bruno acomete una crítica más pormenorizada del mismo en el diálogo II, 3. La crítica bruniana sigue la línea de una reducción psicológico-social de las motivaciones del escepticismo. Este tiene su origen en la incapacidad de soportar la fatiga, en la «holgazanería» unida al desmedido afán de notoriedad ante el vulgo, en el deseo de ganar ese aplauso mediante un recurso fácil; en una concepción del saber como éxito ante la multitud, el escéptico recurre al expediente fácil de negar la capacidad de conocimiento: «Estos holgazanes para ahorrarse el esfuerzo de dar razón de las cosas y no acusar a su indolencia y a la envidia que tienen de la industria ajena, queriendo parecer mejores y no bastándoles con ocultar la propia cobardía, incapaces de pasarles delante ni de correr a la par, sin un procedimiento que les permita hacer algo suyo, para no perjudicar su vana presunción confesando la debilidad del propio ingenio, la dureza de juicio y privación de intelecto y para hacer parecer a los demás carentes de la luz del conocimiento de la propia ceguera, dan la culpa a la naturaleza, a las cosas que se nos representan mal y no fundamentalmente a la mala aprehensión de los dogmáticos. La razón es que con ese modo de proceder se habrían visto obligados a adelantar, para una comparación, su buena aprehensión, la cual habría generado una mayor confianza tras haber generado un mejor concepto en los ánimos de quienes se deleitan en la contemplación de las cosas naturales»<sup>65</sup>.

<sup>63</sup> *Infra*, p. 108.

<sup>64</sup> *Infra*, p. 107.

<sup>65</sup> *Infra*, pp. 136 s. Bruno remata esta refutación *ad hominem* con una larga ex-

Esta crítica del escepticismo era una reacción polémica a la presencia de esta filosofía en la cultura francesa contemporánea. No se trataba únicamente de la incidencia de las recientes traducciones latinas de Sexto Empírico —Henricus Stephanus había traducido al latín las *Pyrrhoneion Hypotyposeon* en 1562, Gentian Hervet el *Adversus Mathematicos* en 1569—, sino también del desarrollo de un pensamiento integralmente escéptico, del que son ejemplo la obra de Montaigne (los dos primeros libros de los *Essais* se publicaron en 1580) y el *Quod Nihil Scitur* de Francisco Sánchez (publicado en 1581).

Con Francisco Sánchez coincidió personalmente Bruno durante su estancia en Toulouse (de finales de 1579 a mitad de 1581), en cuya universidad fueron ambos profesores durante ese tiempo. Sabemos incluso que Sánchez ofreció a Bruno un ejemplar de la primera edición del *Quod Nihil Scitur* con una respetuosa dedicatoria: «Cl [arissimo] V[iro]/d[omi]no Jordano Br[uno]/Nolano T[heologiae] D[octori]/Ph[ilosoph]o Acutissimo/fam[iliaritatis] g[ratia] h[onoris] c[aus]a/d[ono] d[edit]/F. Sánchez». La reacción de Bruno fue anotar en el frontispicio de la obra, junto al título académico —*doctor*— de Sánchez, la despectiva calificación del autor como «asno»: «Mirum quod onager iste appellat se doctorem»<sup>66</sup>.

Lo significativo de esta corriente escéptica era, sin embargo, su asociación con la apologética cristiana *adversus* filósofos en general y muy en particular su utilización para una apologética del dogma y de la tradición católica contra las «innovaciones» de la Reforma luterano-calvinista. Lo primero ya lo había señalado Henricus Stephanus en el prólogo a su traducción de las *Hypotyposeis*<sup>67</sup>; lo uno y lo otro era el mérito y la utilidad de Sexto Empírico según reco-

posición de argumentos escépticos procedentes de Sexto Empírico y tendentes a refutar —en gran medida retóricamente— la posibilidad del conocimiento (pp. 138-140; se trata de citas textuales de pasajes de las *Pyrrhoneion Hypotyposeon* y sobre todo del *Adversus mathematicos*; cfr. nuestras citas *ad loc.*).

<sup>66</sup> Este ejemplar bruniano del *Quod Nihil Scitur* se conserva en la Biblioteca Universitaria de Breslau (Wrocław). Fue descubierto por Andrzej Nowicki, que publicó el texto de la dedicatoria de Sánchez y las observaciones manuscritas de Bruno en su obra *Giordano Bruno nella patria di Copernico*, Ossolineum 1972, cap. 2: «I tesori delle biblioteche polacche. Le osservazioni manoscritte di Bruno sul libro regalatogli da Sanchez». Bruno añadió a la observación ya indicada una segunda que decía: «Mirum quod praesumit docere».

<sup>67</sup> Vid. R. H. Popkin: *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, Méjico, 1982, pp. 69-70.



nocía Gentian Hervet —personaje conspicuo en la disputa teológica con los protestantes y empeñado en la lucha por un renacimiento religioso católico— en el prólogo a su traducción del *Adversus Mathematicos*: «Quanto usui autem esse possit Sexti Empirici commentarius ad tuenda christianae religionis dogmata adversus externos philosophos, pulchre docet Franciscus Picus Mirandulanus in eo libro quo christianam tuetur philosophiam adversus dogmata externorum philosophorum... Hoc cum ad gentiles et externos philosophos confutandos nobis sit adiumenti plurimum allaturum, non parvam quoque suppletabit copiam adversum nostri temporis hereticos, qui quae sunt supra naturam naturalibus metientes rationibus, quae sola fide percipi et apprehendi possunt, non intelligunt quia non credunt. Nam cum quae sunt mere naturalia, adeo sint ad percipiendum difficilia, ut quaecumque de eis dixeris aut cogitaris, facile evertantur: quid mirum si quae sunt supernaturalia, ingenii humano aptum superant?»<sup>68</sup>

Similar —dejando a un lado la complejidad de su obra— era el uso que hacía Montaigne del escepticismo en su «Apología de Raimond Sebond» (*Essais* II, 12) y en otros ensayos paralelos. Contra los filósofos que, orgullosamente confiados en su juicio propio, atacan la sencillez de la fe —y también contra los doctores reformados que confiados en su juicio particular atacan el magisterio entero de la Iglesia y la enseñanza tradicional de la costumbre<sup>69</sup>—, Montaigne

<sup>68</sup> Vid. F. Papi: *Antropologia e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, Florencia, 1968, p. 155. Cfr. asimismo Popkin, op. cit., pp. 35-36, 68-69. La mencionada obra de Gianfrancesco Pico era el *Examen vanitatis doctrinae gentium et veritatis christianae disciplinae* (Mirandola, 1520), la primera obra en la que se hacía un uso extenso del escepticismo y de Sexto Empírico para refutar la pretensión de certeza del saber humano y para evidenciar la fe y la revelación divina como única fuente de verdad segura. Para una exposición del fideísmo escéptico del joven Pico y su raíz savonaroliana vid. Charles B. Schmitt: *Gianfrancesco Pico della Mirandola (1469-1533) and his critique of Aristotle*, The Hague 1967 y nuestro trabajo *Cosmología, religión y política en el Renacimiento*. Ficino, Savonarola Pomponazzi, Maquiavelo, Barcelona, 1988, especialmente el cap. 5A: «La profecía como revelación divina sobrenatural: Savonarola y Gianfrancesco Pico della Mirandola».

<sup>69</sup> Para la aplicación de la argumentación escéptica a la Reforma véase el ensayo I,23 («De la costumbre y de cómo no se cambia fácilmente una ley recibida»): «Me disgusta la novedad, cualquiera que sea la apariencia que presente; y tengo motivos, pues he visto consecuencias muy perjudiciales. La que nos abruma desde hace tantos años [la Reforma], no ha hecho todo, mas podemos decir con razón, que ha provocado y engendrado todo por casualidad, incluso los males y la ruina que padecemos

se propone efectuar una apología de la religión (y de la religión católica) mediante la completa humillación del orgullo humano: «Páreces que llevan las de ganar al poder combatir con armas puramente humanas contra nuestra religión, a la que no osarían atacar en su majestad plena de autoridad y mando. El medio que utilizo y que hallo más adecuado para echar abajo ese frenesí es estrujar y pisotear el orgullo y la soberbia humana; hacerles sentir la inanidad, la vanidad y la insignificancia del hombre; arrancarles de las manos las pobres armas de su razón; hacerles bajar la cabeza y morder el polvo, aplastados por la autoridad y el respeto de la divina majestad. Sólo a ella pertenece el conocimiento y la sabiduría»<sup>70</sup>.

La utilización del escepticismo —es decir, de la crítica integral de la posibilidad humana de conocimiento— es un remedio «suicida» que sólo cabe usar en casos extremos, como la defensa de la fe frente a los «nouveaux docteurs» (calificativo que no sólo designa —creemos— a los filósofos, sino también a los teólogos y ministros de la Reforma: «Este último movimiento de esgrima se ha de emplear sólo como remedio extremo. Es un golpe desesperado en el que habéis de abandonar las armas para hacer que el adversario pierda las suyas, y un movimiento secreto del que hemos de servirnos rara y reservadamente. Gran temeridad es perderos vos para perder a otro... Mas si alguno de estos nuevos doctores intenta hacerse el ingenioso en vuestra presencia, a expensas de su salvación y de la vuestra, para libraros de esa peligrosa peste que se extiende cada día en vuestros pagos, este preservativo, en último caso, impedirá que

desde entonces sin ella y contra ella; a ella debemos culpar... Así párecese, si he de hablar con franqueza, que hay mucho de amor a sí mismo y de presunción, en estimar tanto las propias opiniones como para desbaratar la paz pública e introducir tantos males y una corrupción de las costumbres tan terrible como traen las guerras civiles y los cambios de estado en cosas de tanto peso, al establecerlas e introducir las en el propio país» (citamos por la traducción de D. Picazo y A. Montojo: Montaigne, *Ensayos I*, Madrid, 1985, pp. 168 s.). Véase asimismo el ensayo I,27: «Es locura remitirnos a nuestra inteligencia para lo verdadero y lo falso», especialmente pág. 240. Es evidente que Bruno coincide con Montaigne en la concepción política de la religión y en la crítica política de la Reforma. Se aleja enteramente de él en el método de crítica y en la extensión misma del objeto de crítica: para Bruno el escepticismo nace de la misma matriz asinina que el cristianismo y su versión reformada, por lo cual la condena se extiende por igual a los tres.

<sup>70</sup> Ensayo II,12 («Apología de Raimundo Sabunde»), en Montaigne: *Ensayos II*, edición de D. Picazo y A. Montojo, Madrid, 1987, p. 144.



el contagio de ese veneno os alcance a vos o a vuestra compañía»<sup>71</sup>).

Montaigne concluía así su *Apologie* con la magnificación del hombre automarginado de la naturaleza y autoreducido a una dimensión de entrega fideísta y pasiva espera de una iluminación superior: «[Es imposible] que el hombre se eleve por encima de sí mismo y de la humanidad: pues no puede ver más que con sus ojos, ni agarrar más que con sus dedos. Se elevará si Dios milagrosamente le tiende su mano; se elevará abandonando y renunciando a sus propios medios y dejándose alzar y levantar por los medios puramente celestiales»<sup>72</sup>.

La presencia en la *Cábala* del escepticismo filosófico y su refutación, al lado de la crítica y burla sarcástica del cristianismo paulino (tanto en su manifestación tradicional como en su afirmación reformada) no es casual. Obedece a la aguda percepción de su solaridad conceptual y ética («se reducen a un tronco común, sobre el cual influye desde el ámbito arquetípico la asinidad y que está firmemente plantado en las raíces de los diez sefirotas», *infra* p. 30) y por ello Bruno coincide con Hervet y Montaigne en la coincidencia del escepticismo y el cristianismo, pero invirtiendo radicalmente la valoración: igual que coincidía con la tradición cristiana —frente al confuso sincretismo ficiniano— en la incompatibilidad de la religión pagana del mundo con el cristianismo, pero evaluaba a éste como tinieblas-error y a aquélla como luz —verdad, el fideísmo escéptico— cristiano con su espera pasiva de una metamorfosis operada por la divinidad trascendente se le aparecía como asinidad negativa (asno

<sup>71</sup> *Ibidem*, pp. 285-286.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 343. Tal actitud merece a Bruno una descripción sarcástica en la *Cábala*: «Renegaron de todo conocimiento natural y a fin de cuentas se mantuvieron como asnos... Concentrándose en el oído y sometiendo su facultad vegetativa, sensitiva e intelectual, han apresado los cinco dedos en una uña, para que no puedan —como Adán— extender las manos para coger el fruto prohibido del árbol de la ciencia, con lo que se verían privados del árbol de la vida... De esta forma nuestros divinos asnos, privados del conocimiento y afecto propios, vienen a entender tal como se les sopla en el oído por las revelaciones de los dioses o de sus vicarios y en consecuencia no se gobiernan según otra ley que la de ellos mismos», *infra*, pp. 110-111. Renunciando así (por su pereza, desidia y cortedad de espíritu) a la metamorfosis en la naturaleza como vía de acceso a lo divino, el escéptico-cristiano —enajenado al mundo— se convierte en un asno permanente (negativo) que espera pasivamente la redención de arriba. Es muy significativo que, como colofón de la *Apologie*, haya añadido Montaigne la siguiente frase —publicada en 1595, en la edición póstuma de los *Essais*— al pasaje que acabamos de citar: «C'est à nostre foy Chrestienne, non à sa vertu Stoïque de pretendre à cette divine et miraculeuse metamorphose» (el subrayado es nuestro).

permanente a la espera de la metamorfosis que Dios se digne operar en nosotros) en contraste con la nobleza y dignidad de la asinidad positiva que persigue, mediante la propia acción y conocimiento, la metamorfosis activa y el encuentro con lo divino en la naturaleza.

Condenado es también en la *Cábala* como asinidad negativa el *pedantismo*, i.e., el falso saber o la ignorancia que no se reconoce como tal, engañada por una apariencia del saber o por el error: «Otros [están afectados] de la llamada ignorancia de prava disposición y los tales cuanto menos saben y más embebidos están de falsas informaciones tanto más creen saber, por lo que para informarse de la verdad necesitan de un doble esfuerzo, esto es, deben abandonar el hábito contrario y adquirir el otro» (*infra* p.29). Bruno no hace a esta variante de la asinidad negativa objeto de un análisis especial; refutada en los diálogos cosmológicos, el Nolano dedica la *Cábala* a la refutación y burla del escepticismo y del cristianismo. Hemos de tener presente, sin embargo, que en esta especie de asinidad negativa Bruno no incluye únicamente el *pendantismo* humanista, esto es, el destronamiento de la filosofía verdadera llevada a cabo por los cultores de «humanidades» para suplantarla por sus inanes y ociosas actividades gramaticales, retóricas y literarias; incluye también la falsa representación aristotélico-ptolemaica del universo<sup>73</sup> por su burdo empirismo contrario a las consideraciones del intelecto y por su ciega obediencia a la autoridad inmutable de Aristóteles y Ptolomeo: «gregaria multitud que discurre, se guía (se precipita más bien) por el sentido del oído de una fe innoble y animal»<sup>74</sup>. Se trata de la actitud y el pseudo-saber de que hace gala el *pedante* de *La Cena*, Prudencio, al confesar orgulloso y despectivo: «Me parece muy bien, pero yo no pienso alejarme de la opinión de los antiguos, pues, como dice el sabio, en la Antigüedad está la sabiduría»<sup>75</sup>. Lo más

<sup>73</sup> Cfr. *infra* diálogo II,2 la caracterización de Aristóteles como «pedante» «muy versado en las ciencias humanísticas». En la categoría de pedantismo confluye también, como sabemos, la Reforma protestante, pero ésta es objeto de crítica en el marco de la ridiculización general del cristianismo como especie suprema de asinidad.

<sup>74</sup> *Cena* I, p. 67, donde esa actitud se contrapone a la de aquellos que, como Copérnico, «gracias a su feliz ingenio han podido orientarse y elevarse con la fidelísima guía del ojo de la divina inteligencia».

<sup>75</sup> *Ibidem* p. 74 y en la página siguiente: «Decid lo que queráis: podéis hacer lo que os dé la gana, que yo soy amigo de la Antigüedad, y por lo que respecta a vuestras opiniones o paradojas, no creo que tantos y tan grandes sabios hayan sido ignorantes, como pensáis vos y otros amigos de las novedades».



erróneo y verdaderamente peligroso en el pedantismo, en la imagen aristotélico-ptolemaica del universo, no es la imagen errónea misma (fácilmente refutable), sino la actitud ética y epistemológica en que se apoya; el obstinado empeñamiento en su afirmación, el estancamiento permanente y ocioso en lo aprendido y la resistencia tenaz a cuestionarlo y a la mutación intelectual, en suma: la asinidad negativa. De ahí el juicio despectivo con que Bruno se expresaba en *La Cena* sobre el aristotelismo pedantesco contemporáneo: «Podemos, por tanto, ser maestros de aquellos ignorantes [i.e. de aquellos asnos] e iluminadores de aquellos ciegos que reciben dicho nombre no por incapacidad emanada de impotencia natural o por carencia de ingenio y aplicación, sino tan sólo por no advertir y no tomar en consideración, lo cual sucede únicamente por privación del acto y no también de la potencia. De estos últimos hay algunos tan malvados y desalmados que por una cierta *indolencia y envidia* se encolerizan y ensoberbecen contra aquel que creen que pretende enseñarles (a ellos, que son estimados y —lo que es peor— *se estiman a sí mismos doctos y doctores*) y se atreve a mostrar saber lo que ellos no saben. Entonces los veréis sofocarse y rabiar... Hay quienes *debido a alguna crédula locura*, temen gastarse si ven y quieren *perseverar obstinadamente en las tinieblas* de aquello que en una ocasión malaprendieron»<sup>76</sup>. Por eso, a la pregunta de Smith por «cómo se podrá corregirlos» se respondía en *La Cena* (adelantando lo que nos señala la *Cabala*) en los siguientes términos: «FRULLA.—Arrancándoles la cabeza y plantándoles una nueva. TEOFILO.—Arrancándoles con algún tipo de argumentación esa estimación que tienen de saber, despojándoles... de esa estúpida opinión, a fin de que se vuelvan auditores, oyentes, siempre que el que enseña haya advertido previamente que se trata de ingenios capaces y aptos»<sup>77</sup>. El pedantismo, y en general la asinidad negativa, en tanto que vicio moral no puede conjurarse únicamente con la predicación teórica de la verdad; es preciso cambiar las cualidades negativas que lo cons-

<sup>76</sup> *Ibidem*, pp. 73-74. Los subrayados son nuestros y pretenden enfatizar la aplicación constante de la misma terminología a la asinidad negativa, como ya veíamos a propósito del escepticismo: indolencia (ocio), envidia, autoestima de lo que no se es (subversión de valores y encubrimiento silénico), crédula locura (fe que es una locura, *pazzia*), obstinación e inmutabilidad. Veremos que los mismos rasgos están en la base de la tercera especie de asinidad negativa: la asinidad cristiana o «locura de la cruz».

<sup>77</sup> *Ibidem*, pp. 77 s.

tuyen —estancamiento y fijación obstinada frente a la naturaleza, ociosidad y pasividad— por un sujeto nuevo: el asno humilde y paciente, sobrio, esforzado, en lucha activa por conquistar la humanidad y el conocimiento mediante la inmersión en el océano de la metamorfosis natural.

## VI. La «santa Asinidad»: el cristianismo como ejemplo supremo de asinidad negativa: Bruno y Erasmo

La ignorancia cristiana, la «santa asinidad»<sup>78</sup>, es la especie más cumplida de asinidad. Su caracterización es el objeto preferente de la *Cábala del caballo Pegaso* y en torno a él giran todos los demás motivos de la obra. Puesto que tal caracterización se hace en términos marcadamente negativos, la *Cábala* puede pretender legítimamente ser (a través del enlace formal por medio del protagonista Saulino y del tratamiento de las constelaciones de la Osa Mayor y del Erídano) la continuación, la conclusión o el apéndice de la *Expulsión de la Bestia triunfante*. Efectivamente, la *Cábala* continúa y lleva al máximo grado la crítica del cristianismo (del cristianismo como errónea actitud religiosa en general y también de su formulación paulina, revitalizada con la Reforma, y de aspectos de la piedad católica contrarreformada) como la «bestia triunfante», es decir, «los vicios que predominan y suelen conculcar la parte divina [del sujeto humano]»<sup>79</sup>. Sin embargo, la presentación crítica del cristianismo como asinidad negativa se hace bajo la forma de un aparente *elogio*, esto es, mediante al recurso al procedimiento literario y retórico de la «declamatio» y de la «loa». Aprovechando además la ambigüedad e incertidumbre generada por la válida loa de la dimensión positiva de la asinidad, Bruno camufla y protege lo que es en realidad la irrisión y burla completas del cristianismo con la fórmula literaria del «elogio». La vía del elogio y la magnificación de la asinidad cristiana es el recurso a través del cual la ironía y el sarcasmo reducen el cristianismo a un esperpento ridículo; al mismo tiempo y con las mismas palabras con que se hace su elogio encendido, se pone de ma-

<sup>78</sup> «Santa asinidad, santa ignorancia, santa estulticia y pia devoción!» es la caracterización de la asinidad cristiana con que comienza el soneto «Elogio del asno»; *infra*, p. 79.

<sup>79</sup> *Expulsión*, p. 98.



nifiesto su profundo error y vileza moral: la presentación exagerada de la asinidad cristiana expone la esencia del cristianismo, pero lejos de confirmar su verdad lo que hace es evidenciar claramente su carácter grotesco y negativo. De ahí que Bruno pueda decir con razón que aquella «bestia triunfante» que en el *Spaccio* era expulsada, es decir, refutada y sustituida por virtudes, aparece en la *Cábala* «viva», esto es, presentada en su verdadera esencia y en lo más íntimo de su ser: «Porque aquí teneis la bestia triunfante viva»<sup>80</sup>.

El «elogio del asno» (*infra* p. 79) que sigue a la epístola dedicatoria y abre la *Cábala* propiamente dicha, pone de manifiesto la presencia en el cristianismo de todos los componentes de la asinidad negativa que ya hemos ido viendo: la indiferencia e incluso hostilidad hacia la naturaleza junto con el aislamiento y orgulloso retraimiento frente a ella («¿De qué os vale, curiosos, estudiar, / querer saber qué hace la naturaleza, / si los astros son bien tierra, fuego y mar? / La santa asinidad de eso no se cuida»); la renuncia al movimiento e inmersión en la naturaleza, el estancamiento y obstinada fijación en una posición permanente e inmutable, esto es, la perezosa ociosidad reflejada en una imagen plástica: «con las manos juntas y de rodillas quiere estar»; la espera pasiva de la acción divina, es decir, esperando —como señalaba Montaigne— que Dios produzca en nosotros la metamorfosis, en lugar de realizarla con la propia acción: «esperando de Dios su buenaventura».

Pero es la «Declamación al lector estudioso, devoto y piadoso» (*infra* pp. 80-92) el lugar en el que la asinidad cristiana patentiza más abiertamente su negatividad y en el que su carácter subversivo de los verdaderos valores y de la correcta actitud ética se evidencia con toda viveza (es la «bestia triunfante viva»), quedando a su vez sub-

<sup>80</sup> *Infra*, p. 75. No vemos, por tanto, entre las dos obras la «aparente contradicción» de que habla Aquilecchia (*Giordano Bruno*, p. 52), quien no ve coherente con el *Spaccio* el hecho de que «l'asino di cui si tratta, identificabile con la bestia dello *Spaccio*, riassume il suo posto nel cielo».

La sugerencia de Yates para justificar la inexistente incoherencia, según la cual la bestia todavía *viva* haría referencia a la bula de Sixto IV (de 21-XI-1585; fecha muy tardía para poder ser el punto de partida de la *Cábala*) por la que se excomulgaba a Enrique de Borbón y le impedía acceder al trono de Francia, nos parece totalmente insostenible (cfr. F. A. Yates: «Giordano Bruno: Some New Documents», en *Yates Renaissance and Reform: The Italian Contribution. Collected Essays*, vol. II, Londres 1983, p. 125). Bruno no necesitaba de tales estímulos externos para emitir el juicio emitido en la *Cábala*.

vertido<sup>81</sup>. En efecto, bajo la forma literaria del sermón sacro (con directa interpelación del auditorio o lectores) y en un ejercicio de retórica inspirado en el *Elogio de la locura* erasmiano, Bruno denigra bajo la forma de un falso elogio (como hacía Erasmo en su *Elogio* con todo un buen repertorio de actividades humanas) lo que en la *Expulsión* había refutado teóricamente: la ociosidad, pereza y vileza de una actitud moral-religiosa que espera la salvación pasivamente en virtud de la fe sin obras en un redentor: «Y vosotros que ya sois asnos, tratad, procurad, cuidad de proceder siempre de bien en mejor a fin de que alcancéis aquel término, aquella dignidad que no se adquiere mediante las ciencias y las obras, por muy grandes que sean, sino por fe, y que no se pierde por ignorancia y delitos, por muy enormes que sean, sino por la incredulidad, tal como dicen siguiendo al Apóstol. Si así os disponéis, si tales sois y de esta manera os gobernáis, os encontraréis inscritos en el libro de la vida, obtendréis la gracia en esta iglesia militante y alcanzaréis la gloria en la triunfante, en la cual vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Que así sea»<sup>82</sup>.

Ahora bien, mientras en el *Elogio* erasmiano la dimensión de «locura» y «estulticia» que posee la fe en Cristo —y conviene no olvidar que el *Elogio* es anterior a la entrada en escena de Lutero y el estallido de la Reforma protestante— es inequívocamente positiva, al permitir al hombre acceder o ser elevado a un ámbito superior, al cual no puede llegar mediante la sabiduría mundana, esto es, mediante la filosofía (Erasmo es muy escéptico ante las posibilidades cognitivas de la razón humana, que dejada a su libre curso no puede más que llegar a formular opiniones contradictorias y equivalentes sin discriminación posible)<sup>83</sup>. El humanista holandés, además, fundía en el sincero elogio final de la Estulticia o locura cristiana (§ LXV ss.) la «locura divina» de Platón<sup>84</sup> con la locura predicada por San Pablo, especialmente en la primera epístola a los Corintios: «Cristo mismo rechaza y condena a esos *sabios*, que confían siempre en

<sup>81</sup> Decisivas y complementarias son también las pp. 107-113 del primer diálogo.

<sup>82</sup> *Infra*, p. 92. Para la condena de la justicia de la fe vid. *Expulsión* I, 3 y II, 1, especialmente pp. 148, 151, 178.

<sup>83</sup> En este sentido —y a pesar del «racionalismo» erasmiano— hay en el humanista holandés una fusión clara de escepticismo y fideísmo cristiano, previa a la que hallamos en la cultura francesa de la segunda mitad del siglo.

<sup>84</sup> Bruno jamás la identifica con la pasiva disposición cristiana, sino más bien con el activo *eros* que constituye al «furioso» filósofo.



su prudencia. Lo atestigua San Pablo sin ambages, cuando dice: «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo» [I Cor. 1,27] y «ha querido Dios salvar a los creyentes mediante la estulticia» [I Cor. 1,21], pues a través de la sabiduría no era posible. Dios mismo lo afirma bien claro por boca del profeta: «Destruiré la sabiduría de los sabios e inutilizaré la inteligencia de sus inteligentes» (Isaías 29,14; cit. en I Cor. 1,19). Cristo da gracias por habérseles ocultado el misterio de la salvación a los sabios, y por haber sido descubierto a los niños, esto es, a los estultos, pues en griego la palabra *nepios* significa niño y loco, a los que oponen los sabios (*sofoi*). Esto nos ayuda a comprender las invectivas que Cristo dirige en el Evangelio a escribas, fariseos y doctores de la ley. Mientras que defiende celosamente a los ignorantes»<sup>85</sup>. Erasmo concluía:

«La religión cristiana tiene cierto parentesco con la estulticia, sin que tenga nada que ver con la sabiduría. La beatitud que los cristianos buscan con tanto trabajo no es otra cosa que una especie de locura y estulticia»<sup>86</sup>.

Sin embargo para Bruno, que tiene muy en cuenta estos capítulos finales del *Elogio* para la redacción de su «Declamación»<sup>87</sup>, tal locura cristiana es ignorancia y asinidad negativa de la peor especie y los mismos pasajes escriturísticos (especialmente I Corintios e Isaías) no son usados por él para evidenciar el salto a un nivel superior, sino por el contrario la caída en un engaño, la precipitación en el abismo de la degradación humana: «Todo está representado figuradamente por aquello de el Señor abrió la boca del asna y ella habló. Por la autoridad de ésta, por su boca, voz y palabras se ve domada, vencida y pisoteada la vanidosa, soberbia y temeraria ciencia secular y se ve reducida al nivel del suelo toda altura que se atreva a levantar la cabeza hacia el cielo, porque Dios ha elegido las cosas débiles para confundir a las fuerzas del mundo; ha puesto en reputación las cosas necias, dado que lo que por la sabiduría no podía ser restituido, ha

<sup>85</sup> *Elogio de la Locura* § LXV, trad. de P. Rodríguez Santidrián, Madrid 1984, pp. 135 s. Hemos modificado la traducción en algunos puntos.

<sup>86</sup> *Ibidem*, § LXVI, p. 138. Y en § LXVII (p. 142): «Ese sumo premio no es más que una especie de locura» (sumum illud praemium nihil aliud esse, quam insaniam quendam).

<sup>87</sup> Cfr. nuestras notas *ad loc.* Vid. también Ciliberto, *op. cit.* pp. 196 ss.

quedado reparado por la santa estulticia e ignorancia. Por eso queda reprobada la sabiduría de los sabios y rechazada la prudencia de los prudentes. Necios del mundo han sido los que han formado la religión, las ceremonias, la ley, la fe, la regla de vida; los mayores asnos del mundo (que son los que privados de cualquier otro sentido y doctrina y vacíos de toda vida y costumbre civil se pudren en la perpetua pedantería) son aquellos que por la gracia del cielo reforman la profana y corrompida fe, medican las heridas de la llagada religión y suprimiendo los abusos de las supersticiones reparan las rasgaduras de sus vestiduras; no son aquellos que con impía curiosidad van y fueron siempre escrutando los arcanos de la naturaleza y computando las vicisitudes de las estrellas. Mirad si tienen o tuvieron jamás el mínimo interés por las causas secretas de las cosas; si tienen algún miramiento por la disipación de los reinos, dispersión de los pueblos, incendios, derramamientos de sangre, ruinas y exterminios; si se preocupan de que el mundo entero perezca por causa de ellos con tal de que la pobre alma quede salvada, con tal de que se construya el edificio en el cielo, con tal de que se reponga el tesoro en aquella bienaventurada patria, sin preocuparse lo más mínimo por la forma, bienestar y gloria de esta frágil e insegura vida en pro de aquella otra certísima y eterna»<sup>88</sup>.

Como ya había hecho en la *Expulsión*<sup>89</sup>, Bruno parte de Erasmo, de una lectura atenta y minuciosa de Erasmo (de la asimilación de su doctrina con todas sus implicaciones), para superarlo y dirigirlo contra la misma doctrina cristiana y la figura de Cristo: lo había hecho con el adagio «Los silenos de Alcibiades» y con el *De libero arbitrio* y en la *Cábala* lo hace con el *Elogio de la locura*. Bruno parte de la crítica erasmiana del estado contemporáneo de la Iglesia, de la crítica a Lutero y su doctrina de la predestinación, de la caracterización erasmiana del cristianismo en su conjunto como «sileno» y «locura redentora» frente a la incierta filosofía humana, para extender al cristianismo en su conjunto la crítica erasmiana del luteranismo y aplicar a Cristo y al cristianismo mismo el calificativo de «sileno invertido» y de locura-necedad-estulticia-ignorancia negativas que el humanista atribuía al conjunto de actividades humanas

<sup>88</sup> *Infra*, pp. 86-87. La referencia sarcástica e incluso macabra a la obra de destrucción de la Reforma no puede ser más evidente. Notemos, sin embargo, que para Bruno tal obra es fruto legítimo y auténtico de la locura e ignorancia cristiano-paulina.

<sup>89</sup> Vid. los caps. II y VIII de nuestra introducción.



censuradas (bajo la forma de un falso encomio) en la primera parte del *Elogio*. De resultas de esta reducción del cristianismo la religión de Cristo —y no sólo la Reforma luterana— lejos de ser la superación del mal, era el supremo mal junto con la cosmovisión aristotélico-ptolemaica a la que estaba indisolublemente asociado.

Hemos dicho que la asinidad y la locura cristiana, lejos de elevar a un nivel superior, comportaba la caída en un engaño. De nuevo aquí Bruno puede haber tomado su punto de partida de Erasmo para llegar a conclusiones insospechadas por el humanista e inaceptables para él. En el *De libero arbitrio* de 1524 Erasmo señalaba la gran dificultad de discernir el verdadero sentido de las Escrituras en cuestiones de gran importancia, como por ejemplo la distinción de personas en la Trinidad, la unión de las naturalezas divina y humana en Cristo, el pecado que no se puede remitir<sup>90</sup>; eso explicaba la gran disensión existente al respecto no sólo entre Lutero y Roma, sino incluso en el seno mismo de los seguidores de Lutero. Evidentemente sólo una podía ser la interpretación correcta, pero ¿cuál? Tal situación planteaba el problema del criterio de verdad a la hora de discernir quién poseía el Espíritu y por ende formulaba la verdadera interpretación de la Escritura: «Si la Escritura no tiene puntos oscuros ¿qué necesidad había de profecía en tiempo de los apóstoles? Tal cosa era un don del Espíritu. Pero no sé si de la misma forma que cesó el don de curar milagrosamente y el de lenguas, cesó también este don del Espíritu. Y si no ha cesado, habrá que buscar a quiénes ha pasado. Si a todos, toda interpretación será dudosa; si a nadie... ninguna interpretación será cierta. Si a los sucesores de los Apóstoles, me objetarán [los Reformados] que a lo largo de los siglos han ocupado el sitio de los Apóstoles muchos que carecían por completo del Espíritu apostólico... Concedamos, como es nuestro deber, que pueda ocurrir que el Espíritu revele a algún humilde e idiota lo que no ha revelado a muchos sabios... Pero si Pablo en su época, que refulgía con este don del Espíritu, ordenaba que se veri-

<sup>90</sup> «Hay, en efecto, en las Sagradas Escrituras santuarios recónditos en cuyas profundidades Dios no ha querido que penetremos y si tratamos de hacerlo, cuanto más nos adentramos tanto más y más nos veremos envueltos en tinieblas, para que de esa forma reconozcamos la inescrutable majestad de la sabiduría divina y la imbecilidad de la mente humana... Muchas cosas se reservan para el momento en que no veamos ya a través de un espejo y por enigmas, sino que revelada la faz del Señor contemplaremos su gloria», *De libero arbitrio*, en Erasmo: *Opera omnia*, Lugduni Batavorum, 1703-1706, vol. IX col. 216 C-D (la traducción es nuestra).

ficara si los espíritus procedían de Dios, ¿qué deberemos hacer nosotros en este siglo carnal? ¿Según qué criterios examinaremos los espíritus? [*unde igitur explorabimus spiritus?*] ¿Según el criterio de erudición? En las dos partes hay rabinos. ¿A partir de la vida? En ambas partes pecadores... Oigo decir: ¿qué tiene que ver la multitud con el sentimiento del espíritu? Respondo: ¿qué tiene que ver un pequeño número? Oigo: ¿qué tiene que ver la mitra con la inteligencia de la divina Escritura? Respondo: ¿qué tiene que ver el sayo o la cogulla? Oigo: ¿qué importa el conocimiento de la Filosofía para conocer las Sagradas Escrituras? Respondo: ¿qué importa la ignorancia? Oigo: ¿qué importa para el conocimiento de la Escritura la reunión de un sínodo en el que puede ocurrir que nadie tenga el Espíritu? Respondo: ¿qué importan los conciliábulos privados de unos pocos, en los cuales es más verosímil que no haya nadie que tenga el Espíritu?... Ahora cualquiera exige que se le crea, puesto que afirma tener el Espíritu Evangélico»<sup>91</sup>.

Pero al mismo tiempo que se planteaba la dificultad de decidir y de resolver la controversia entre tantos presuntos iluminados por el Espíritu, se evidenciaba también que muchas de las partes en conflicto estaban engañadas (admitiendo que su afirmación de poseer el espíritu no era una hipocresía, sino su sincera certeza subjetiva) en su conciencia interna, en su absoluta certeza de estar en la verdad y tener la iluminación del Espíritu. Cabía pensar que tales personas confundían la presencia del Espíritu divino en ellos con algo muy distinto y por ende la verdad con la falsedad.

Sabida es la respuesta erasmiana ante esta situación de contradicción e incertidumbre y el peligro de tomar por voz de Dios lo que no lo es: «Hasta tal punto me disgustan las aseveraciones que me inclino fácilmente a la opinión de los escépticos, siempre que tal cosa esté permitida por la autoridad inviolable de las divinas Escrituras y los decretos de la Iglesia, a quienes someto siempre de buen grado mi juicio, entienda o no entienda yo lo que prescribe»<sup>92</sup>. La respuesta luterana —en su *De servo arbitrio* de 1525— sería una condena absoluta y fulminante: «Nada es entre los cristianos más conocido ni más usual que la aseveración. Haz desaparecer las aseveraciones y habrás hecho desaparecer el cristianismo... Lo único que logras con este ardid, es mostrarnos que en tu corazón alimentas a Luciano

<sup>91</sup> *De libero arbitrio*, col. 1216 C-1217 A (la traducción es nuestra).

<sup>92</sup> *Ibidem*, 1215 D (traducción nuestra).



o a algún otro cerdo de la pira de Epicuro que no cree en absoluto que Dios existe, y por ese motivo se ríe en sus adentros de todos los que lo creen y confiesan. Déjanos a nosotros hacer firmes declaraciones, elaborar aserciones, y hallar nuestro agrado en ellas; tú aplaude a tus escépticos y académicos hasta que Cristo te haya llamado también a ti. El espíritu santo no es escéptico; tampoco son dudas o meras opiniones lo que él escribió en nuestros corazones, sino aserciones, más ciertas e inmovibles que la vida misma y cualquier experiencia»<sup>93</sup>.

Para Bruno ni la actitud de Erasmo ni la de Lutero son aceptables. Ambas son cristianas y poseen el sello de asinidad negativa propio de la actitud cristiana. La posición del humanista es la del asno escéptico-cristiano que, incapaz de afirmar, se somete a las instancias superiores: «nuestros divinos asnos, privados del conocimiento y afecto propios, *vienen a entender tal como se les sopla en el oído por las revelaciones de los dioses o de sus vicarios* y en consecuencia no se gobiernan según otra ley que la de aquellos mismos», etc.<sup>94</sup>. Pero no es distinto el juicio de Bruno sobre Lutero y la Reforma. En efecto, el reformador altera la instancia de sumisión: abandona la Iglesia para postular la sumisión exclusiva a la Escritura y a Cristo: «¿Qué dices, Erasmo? ¿No basta con haber sometido la propia opinión a la Escrituras? ¿La sometes también a los decretos de la Iglesia? ¿Qué puede decretar la Iglesia fuera de lo que está decretado en las Escrituras?»<sup>95</sup>. Además, para Lutero el pecado original ha corrompido hasta tal punto la naturaleza humana que la libertad no es más que un nombre vacío, sin contenido, pues el hombre es inevitablemente siervo del pecado y de Satanás (del señor del mundo) a menos que otro dueño —Dios— tome posesión —sin que la voluntad humana pueda hacer o decir nada— de él para *elegirlo* y arrebatarlo a Satanás<sup>96</sup>. Está es la base de la caracterización

<sup>93</sup> Martín Lutero: *Obras*, vol. IV: *La voluntad determinada* (trad. de E. Sexauer), Buenos Aires 1976, pp. 39 y 42.

<sup>94</sup> *Infra*, p. 111.

<sup>95</sup> *La voluntad determinada*, p. 41.

<sup>96</sup> «Además, que en el hombre haya un querer neutral y puro, no es más que una invención dialéctica... Pues si Dios está en nosotros, Satanás está lejos, y sólo está presente el querer lo bueno. Si Dios está lejos, Satanás está presente, y en nosotros no hay sino un querer lo malo. Ni Dios ni Satanás permiten que haya en nosotros un mero y puro querer; antes bien, como dijiste correctamente, tras haber perdido la libertad estamos obligados a servir al pecado; esto es, nosotros queremos el pecado

que Lutero hace del sujeto humano como un *asno*, cuya monta y dirección se disputan dos jinetes: «Así, la voluntad humana está puesta en medio como bestia de carga (*iumentum*): si se sienta encima Dios, quiere lo que Dios quiere y va en la dirección que Dios le indica, como dice el Salmo: «He sido hecho como una bestia de carga, y siempre estoy contigo»; si se sienta encima Satanás, quiere lo que Satanás quiere y va en la dirección que Satanás le indica. Y no está en su libre elección correr hacia un jinete u otro y buscarlo, sino que los jinetes mismos se disputan su adquisición y posesión»<sup>97</sup>.

Pero es aquí donde Bruno aplica a Lutero y la Reforma (y a través de ellos al conjunto del cristianismo) la sospecha de Erasmo: la posibilidad de confusión en la identificación de la instancia inspiradora y la atribución al espíritu divino de lo que no es sino una posesión demoníaca. En suma, Lutero y los reformados (en general el cristianismo mismo) caen presa —por su pasividad, renuncia a la acción e ignorancia— de la seducción demoníaca, confundiendo las voces que operan en ellos. Resulta difícil no ver en el siguiente pasaje de la *Cábala* una réplica polémica —en la dirección erasmiana, pero ahora ampliada a la esencia misma del cristianismo— al pasaje luterano del asno: «SAULINO.—Otros caminan o mejor dicho se hacen guiar por la antorcha de la fe, rindiendo el intelecto a quien se les monta encima y los endereza y guía a su gusto. Estos son verdaderamente los que no pueden errar, porque no caminan con el propio entendimiento falaz, sino con la luz inefable de una inteligencia superior. Ellos, ellos son los verdaderamente aptos y predestinados a llegar a la Jerusalén de la beatitud y a la visión abierta de la verdad divina, porque les monta aquel jinete sin el cual nadie puede conducirse hasta allí... Por eso no se vuelven a derecha ni a izquierda, sino que siguiendo la lección que les da el cabestro o freno que los tiene por la garganta o por la boca, caminan según son tocados... SEBASTO.—Pero me gustaría saber cómo ese animalucho podrá distinguir que el que lo monta es Dios o el diablo...»<sup>98</sup>. Lo que aquí se enuncia como una sospecha —la inspiración diabólica de Lutero y la Reforma— es para Bruno en realidad una convicción plena, que no se limita (con los controversistas católicos; con el

y lo malo, decimos el pecado y lo malo, y hacemos el pecado y lo malo», *ibidem*, p. 135.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>98</sup> *Infra*, pp. 107 s y 111.



comedido Erasmo) a la Reforma, sino que pasa a afectar al Cristianismo en su conjunto y a su fundador. En efecto, ya no se trata tan sólo del carácter de Cristo y sus apóstoles antiguos y modernos de «falsos Mercurios»<sup>99</sup>, sino de que la acción subversiva y destructiva de Cristo y sus apóstoles está inspirada por «genios malignos», es decir, por demonios —como veía Bruno profetizado en el «lamento» hermético—<sup>100</sup> que engañan y se apoderan fácilmente de aquellos espíritus humanos ociosos, ignorantes, renuentes a la acción en el mundo y entregados a crédulas fantasías<sup>101</sup>.

De esta forma Bruno lanza a Erasmo y Lutero el uno contra otro para extender la condena de la Reforma a una condena general del cristianismo en la medida en que la Reforma es una reafirmación, vía San Pablo y San Agustín, de los principios básicos del cristianismo<sup>1</sup> contra toda contaminación pagana o filosófica. En la depreciación del conjunto del cristianismo Bruno llega incluso a transferir la excelencia según el criterio de los *frutos* (Mateo 7, 16: «por sus frutos los conoceréis») a la tradición pagana. Erasmo apelaba al criterio de los frutos para afirmar la excelencia de la tradición católico-romana frente a la subversión civil reformada<sup>102</sup>; Bruno en cam-

<sup>99</sup> «... las quimeras introducidas por aquellos que (salidos del fango y cavernas de la Tierra, pero presentándose como Mercurios y Apolos bajados del cielo) con multiforme impostura han llenado el mundo entero de infinitas locuras, bestialidades y vicios como si fueran otras tantas virtudes, divinidades y disciplinas... aprobando y confirmando las tinieblas caliginosas de sofistas y asnos», *Cena*, pp. 69 s. Vid. también *Expulsión*, p. 178 s.

<sup>100</sup> «Sólo quedarán ángeles nocivos que mezclados con los hombres forzarán a los desgraciados a atreverse a todo mal como si fuera justicia, dando materia a guerras, rapiñas, engaños y todas las otras cosas contrarias al alma y a la justicia natural» (*Expulsión*, pp. 265 s.). Para Bruno era la profecía del advenimiento del cristianismo y sus efectos socio-políticos; la profecía, en suma, del siglo XVI.

<sup>101</sup> Vid. *Expulsión*, pp. 272 (de los santos cristianos) y 284 (de Cristo-Orión). Sobre la cuestión de los «genios perversos» véase A. Ingegno: «Sulla polemica anticristiana del Bruno», en P. Zambelli (ed): *Ricerche sulla cultura dell'Italia moderna*, Bari 1973, pp. 3-5.

<sup>102</sup> «Los apóstoles expulsaban víboras, curaban a los enfermos, resucitaban a los muertos, daban el don de lenguas mediante la imposición de manos, y así se dio finalmente crédito a duras penas a las paradojas que enseñaban. Hoy en cambio vemos a estos nuevos doctores afirmar tesis que para el sentido común están entre las paradojas más absurdas, y sin embargo ninguno de ellos se ha mostrado capaz de curar un caballo cojo. Y ojalá que algunos de ellos hubieran mostrado al menos, a falta de milagros, la pureza y la sencillez de las costumbres de los apóstoles, lo cual para nosotros —últimos en llegar— sería ya un buen milagro», *De libero arbitrio*, 1220 A.

bio evalúa los milagros de Cristo-Orión como «gentilezas» y «galanterías» sin importancia<sup>103</sup> y expresa la antinomia en términos de la «antigua sabiduría» greco-egipcia prearistotélica por un lado y la inversión aristotélico-cristiana por otro. El juicio sobre el valor de uno y otro extremo (había dicho Bruno en *La Cena*) no es «algo difícil de decidir incluso juzgando a primera vista a partir de los frutos de una y otra especie de contemplación... Los primeros [i.e. la antigua sabiduría «solar»] temperados en su modo de vida, en la medicina expertos, en la contemplación juiciosos, en la adivinación excelentes, en la magia milagrosos, en las supersticiones prudentes, en las leyes observantes, en la moralidad irreprochables, en la teología divinos; en todas sus acciones heroicas. Nos dan cumplido ejemplo de todo ello sus largas vidas, sus cuerpos menos enfermos, sus altísimas invenciones, sus profecías cumplidas, las sustancias transformadas por obra suya, la convivencia pacífica en sus pueblos, sus sacramentos inviolables, sus justísimas actuaciones, su familiaridad con inteligencias buenas y protectoras, los vestigios que todavía duran de sus maravillosas proezas. En cuanto a los otros sus contrarios, dejó el examen a quien tenga juicio»<sup>104</sup>. Hay un pasaje, sin embargo, en la *Cábala* que muestra los «frutos» de la doctrina cristiana: «Hemos llegado al extremo de que cualquier sátiro, fauno, melancólico, borracho e infectado de bilis negra, contando sueños y diciendo paparruchadas sin orden ni sentido alguno, quiere parecerse dotado de gran profecía, de misterio recóndito, de profundos secretos y arcanos divinos capaces de resucitar muertos, de piedras filósóficas y otras holgazanerías capaces de enloquecer a quienes tienen tan poco cerebro, volviéndolos completamente locos y haciéndoles perder el tiempo, el entendimiento, la fama y sus bienes, desperdiçando tan miserable e innoblemente el curso de su vida»<sup>105</sup>. Entre la sedición civil generada por la Reforma y el tenebroso espectáculo de la piedad y conventos católicos bajo la disciplina tridentina (las «reformas deformes» y los «conventos porcinos y desordenados órdenes» de la *Expulsión* p. 106), la *santa asinidad* mostraba a los ojos

<sup>103</sup> *Expulsión*, pp. 104 y 282. Vid. asimismo la desautorización general de los santos cristianos, frente a la excelencia de la religión pagana de la naturaleza, en p. 185.

<sup>104</sup> *Cena* p. 77. Para la evaluación de los «frutos» de estos contrarios véase *Expulsión* 282 ss. (para los efectos de Orión-Cristo), 147-152 y 169-179 (efectos de la Reforma) y aquí mismo *infra*, pp. 125-131 para los efectos tanto de la subversión aristotélica como la enseñanza cristiana.

<sup>105</sup> *Infra*, p. 130.



de Bruno la culminación de la profecía hermética, culminación que hacía esperar el advenimiento y retorno de la antigua sabiduría.

### VII. La doctrina del alma en la «Cábala» y la naturalización del sujeto humano

La reducción aristotélica del universo a un ente espacialmente finito, a la cual se añadirá la depreciación cristiana del mismo al rango de *creatura* destinada a perecer en el tiempo, junto con la atribución del rango de sustancia al individuo compuesto (el *synolon* de materia y forma), desligaba —tal era la opinión de Bruno— al hombre de la naturaleza e introducía en él el temor fantasmal a la muerte, la angustia por la supervivencia del propio ser, supervivencia que pasaba a buscar al margen de la naturaleza, en un espacio-tiempo heterogéneo con respecto al mundo y por medio de una metamorfosis pasiva consistente en la adopción divina, esto es, en la no imputación del pecado en virtud de la fe en Cristo. Así con Aristóteles<sup>106</sup> y con Cristo se ponía fin al saber antiguo: a su doctrina del universo infinito espacio-temporalmente; a su doctrina de la sustancia única e imperecedera —el todo natural— en mutación vicisitudinal incesante; a su doctrina de la inmanencia divina y de la apropiación de la divinidad a través de la acción en el mundo; a su búsqueda, en fin, de la continuidad en el ser mediante la metamorfosis activa y natural, es decir, mediante la trans-formación o met-en-somatosi del alma.

Con la desaparición de esta sabiduría (la sabiduría egipcio-caldea-griega) quedaba oscurecido el significado de la fábula y del mito antiguo: ya no era visto como una alegoría de la inmanencia de lo divino al cosmos y de la mutación universal de la sustancia única divina que revestía sucesivamente formas accidentales siempre nuevas, pero permaneciendo en el fondo siempre idéntica a sí misma; la fábula de la metamorfosis había perdido su sentido *moral* para el

<sup>106</sup> Puede entenderse por eso el carácter epocal que Bruno atribuye a Aristóteles: «Me llamé príncipe de los peripatéticos... pensé y enseñé perversamente acerca de los principios y de la sustancia de las cosas, deliré más que el mismo delirio acerca de la esencia del alma, nada pude comprender correctamente de la naturaleza del movimiento y del universo y, en conclusión, me convertí en aquél por quien la ciencia natural y divina yace extinta en lo más bajo de la rueda, igual que en el tiempo de los caldeos y pitagóricos estuvo en lo más alto» (*infra* p. 127).

vulgo, ante el cual había dejado de ser transparente para convertirse en una narración gratuita de metamorfosis arbitrarias y zoolatría. En su lugar entraba una nueva fábula y una nueva fe: lo que en la *Expulsión* se denominaba «Fábula senil y bestial» de la salvación del propio compuesto individual por la fe en la justicia de Cristo.

La crítica del cristianismo desarrollada en la *Expulsión* y en la *Cábala*, junto con la afirmación de una nueva ética e incluso de una nueva actitud religiosa, se efectuaba tras la restauración de la verdadera imagen del universo y de la verdadera doctrina de la sustancia llevada a cabo en los tres diálogos anteriores. Sin embargo ya en la *Expulsión* se reiteraba (como presupuesto y punto de partida de la acción reformadora de Júpiter, i.e., del intelecto) la concepción de la sustancia como una y universal, así como la continuidad de la vida —y la remuneración— no en un ámbito discontinuo y heterogéneo espacio-temporalmente con respecto al mundo actual, sino en la naturaleza misma a través de la metamorfosis, i.e., a través de la migración del alma: «Y de esta manera, discurriendo siempre una y otra vez por el destino de la mutación, incurrirá eternamente en clases de vida y de fortuna sucesivamente mejores o peores, según se haya comportado mejor o peor en la condición y suerte inmediatamente anterior»<sup>107</sup>.

También la *Cábala* recoge esta fundamental doctrina, contrapuesta a la creencia cristiana, por medio de la experiencia vital y la enseñanza adquirida por Onorio (diálogo II, 1). Este personaje «recuerda» su larga trayectoria vital que le ha llevado por sucesivas metamorfosis individuales: desde el asno, Jenófanes de Colofón y el mismo Aristóteles hasta su actual sabiduría y existencia humana. La fábula literaria misma de la *Cábala* pretende ser, pues, en este caso concreto ejemplificación de la doctrina de la escatología cósmica del alma que Bruno comparte con la tradición pitagórico-platónica y de la que cree encontrar restos incluso en la Biblia: «Así lo han entendido y explicado muchos de los más sabios entre los rabinos. Parece que así lo entendía el que dijo: «Hombres y jumentos salvarás según multipliques la misericordia»; así se explica también en la metamorfosis de Nabucodonosor. Por eso se preguntaron algunos saduceos sobre el Bautista si era Elías, no ya por el mismo cuerpo, sino por el mismo espíritu en otro cuerpo. Es mediante una resurrección de

<sup>107</sup> *Expulsión*, p. 96. Pero véase la exposición de pp. 93-97.



ese tipo como algunos se prometen la realización de la justicia divina según los sentimientos y actos que han realizado en otro cuerpo»<sup>108</sup>.

La *Cábala* presenta también por medio de la metempsicosis: la unidad y universalidad del alma, individualizada y contraída a una mayor o menor capacidad intelectual por la materia corporal en que está alojada: «Privado del ergástulo corpóreo —dice Onorio— me convertí en un espíritu errante sin miembros y pude darme cuenta de que (por lo que a la sustancia espiritual se refiere) no era diferente en género ni en especie a todos los demás espíritus que transmigran tras la disolución de otros cuerpos animados y compuestos. Vi que la Parca no sólo hace indiferente en el género de la materia corpórea el cuerpo del hombre del del asno..., sino que incluso en el género de la materia espiritual hace permanecer indiferente el alma asinina de la humana y el alma que constituye a los llamados animales de la que se encuentra en todas las cosas... todos los espíritus proceden del Anfitrite de un espíritu al que retornan todos»<sup>109</sup>.

No es de extrañar que Bruno apoye esta formulación doctrinal en versos de Ovidio («Spiritus eque feris humana in corpora transit, inque feras noster, nec tempore deperit ullo», *Metamorfosis* XV, 167-168) poeta en cuya *Metamorfosis* encontraba Bruno plásticamente expresada esa sabiduría antigua que era el mejor antídoto contra el temor a la muerte gracias al estímulo y esperanza de la *mutación*. Más novedosa es la dirección que el Nolano imprime a esta doctrina de la unidad del alma universal. Haciendo responsable a la materia y a la complejidad corporal del nivel intelectual alcanzado por el alma en los diferentes compuestos individuales, Bruno invierte los términos de la relación alma-cuerpo con respecto a la tradición aristotélico-galénica. Frente al teleologismo de esta tradición, que ex-

<sup>108</sup> *Infra*, p. 123. Cfr. pp. 116 y 149.

<sup>109</sup> *Infra*, pp. 116. Tal experiencia de Onorio es posible por suspensión de la premisa que la imposibilita: el olvido o discontinuidad de la experiencia, metafóricamente expresado en la succión de las aguas del Leteo (cfr. *Expulsión*, p. 115: «para no gravar demasiado las almas transmigrantes [el hado] interpone la bebida del río Leteo en medio de las mutaciones, a fin de que gracias al olvido cada uno desee y se afane sobre todo por conservarse en el estado presente»). La memoria lo es siempre de una existencia individual numérica por el cuerpo al que se ve unido. La existencia permanente del alma universal con sus sucesivas remuneraciones (internas al mundo y a la legalidad cósmica) se da por debajo del nivel de la conciencia y de la memoria, limitadas siempre a una vida individual.

plicaba la presencia anatómica de los órganos corporales (las manos) en función de la actividad intelectual previa que debe expresarse a través de ellos, Bruno enlaza con el naturalismo consecuente de Anaxágoras y Lucrecio, interpretando la inteligencia como una consecuencia de la configuración física del hombre, más concretamente de la posesión de ese órgano o instrumento singular que es la mano. De esta forma todo el edificio espiritual del hombre (desde la actividad intelectual hasta la construcción de la cultura y de la civilización) se revelaba un efecto de las posibilidades de acción que la estructura corporal humana abría al alma universal a ella contraída. La naturalización del sujeto humano y de la cultura, ya evidenciada en la *Expulsión*<sup>110</sup>, adquiría así en la *Cábala* una radicalización y profundización decisivas: «en el supuesto de que el hombre tuviera el doble ingenio que tiene... y sin embargo las manos se le transformarían en dos pies, quedándole todo lo demás intacto y tal como está, dime: ¿podría quedar *impune* la convivencia entre los hombres?... ¿dónde estarían las enseñanzas de las doctrinas, las invenciones de las disciplinas, las estructuras de los edificios y otras muchas cosas que nos indican la grandeza y excelencia humana y hacen del hombre triunfador en verdad invicto sobre las restantes especies? Todo esto, si lo examinas atentamente, se refiere principalmente no tanto al dictado del ingenio como al de la mano, instrumento de los instrumentos»<sup>111</sup>.

### VIII. Los temas de la «Cábala» y el Proceso inquisitorial

Entre la documentación del proceso inquisitorial llegada hasta nosotros —los documentos del proceso veneciano y el *Sommario* redactado en 1597-1598<sup>112</sup>— no figura ninguna lista de obras de Bruno que nos informe sobre el conjunto de obras brunianas a disposición de los jueces. Los documentos, sin embargo, se refieren

<sup>110</sup> Vid. diálogo III, 1 y el capítulo IX de nuestra introducción.

<sup>111</sup> *Infra*, pp. 119 s. Cfr. nuestra nota a este pasaje para referencias a autores antiguos y modernos.

<sup>112</sup> Para los documentos vid. V. Spampinato: *Documenti della vita di Giordano Bruno*, Florencia 1933; para el sumario A. Mercati: *Il sommario del processo di Giordano Bruno*, Ciudad del Vaticano 1942. Para una reconstrucción del proceso a la luz de toda la documentación existente véase L. Firpo: *Il processo di Giordano Bruno*, Nápoles, 1949.



ocasionalmente a diferentes obras y así podemos saber que el tribunal disponía de ejemplares de *La Cena*, *Del infinito* y *De la causa* así como del *Cantus Circaeus*, el *De minimo* y el *De monade*. Los diálogos morales y muy especialmente los dos más significativos —la *Expulsión de la bestia triunfante* y la *Cábala del caballo Pegaso*— no son nombrados nunca ni parecen haber llegado a manos del tribunal, librando así a Bruno de una inculpación difícilmente soslayable. El tribunal conocerá la existencia del *Spaccio* tan sólo a finales de 1599, a tiempo únicamente de mencionarlo en el texto de la sentencia condenatoria, pronunciada el 8 de febrero de 1600 con independencia de esta obra: «ed essendosi anco havuto notizia che nel Sto. Officio de Vercelli eri stato denunziato che mentre tu eri in Inghilterra eri tenuto per ateista e che avevi composto un libro di *Triunfante bestia*»<sup>113</sup>. De la *Cábala* no encontramos la mínima referencia explícita o implícita a lo largo del proceso.

Sin embargo Bruno se ve enfrentado ya desde el primer momento, esto es, desde la acusación inicial de Mocenigo en mayo de 1592 (y la posterior de Fray Celestino de Verona y los testigos por él mencionados, en el segundo semestre de 1593, cuando Bruno ya había sido transferido a la Inquisición romana) a imputaciones, basadas en presuntas declaraciones verbales, coincidentes con motivos centrales de la polémica anticristiana desarrollada en la *Expulsión* y en la *Cábala*. Así, ya en su primera declaración Mocenigo afirma «aver sentito a dire a Giordano Bruno nolano, alcune volte ch'ha ragionato meco in casa mia: che è biastemia grande quella de cattolici il dire che il pane si transustanzii in Carne; che lui è nemico della Messa; che niuna religione gli piace; che Cristo fu un tristo, e che se faceva opere triste di sedur populi, poteva molto ben predire di dover esser impicato»<sup>114</sup>; che non vi è distinzione in Dio di persone, e che questo sarebbe imperfezion in Dio...; che Cristo faceva miracoli apparenti e ch' era un mago, e così gli appostoli... che le anime create per opera della natura passano d'un animale in un altro...<sup>115</sup>; che bisognerebbe levar la disputa e le entrate alli frati,

<sup>113</sup> Spampinato: *Documenti*, p. 191; el texto de la sentencia en pp. 190-195.

<sup>114</sup> Este juicio sobre Cristo (malvado e impostor, seductor de la humanidad), coincidente con el expuesto en *Expulsión* y *Cábala*, le fue imputado también a Bruno por Fra Celestino de Verona: «[Bruno] disse che Christo era tristo e che come tale fosse fatto morire... [Bruno] dixisse che Christo è un cane becco fottuto». Vid. *Sommario* § 44 y 169 ss.

<sup>115</sup> En una declaración posterior, recogida en el *Sommario* (§ 179), Mocenigo

perché imbratano il mondo; che sono tutti asini, e che le nostre opinioni sono doctrine d' asini»<sup>116</sup>.

El motivo de la asinidad y el de la metempsicosis aparecen, pues, desde el primer momento en el proceso, si bien con independencia de la *Cábala*, obra desconocida por los jueces y que Bruno se cuida muy bien de mencionar, a diferencia de los tres diálogos metafísicos. El desarrollo del proceso dejará a un lado la cuestión de la asinidad, acusación que Bruno podía negar fácilmente, junto con otras «blasfemias» que le eran imputadas por los acusadores, en ausencia del sostén teórico de los dos primeros diálogos morales. No ocurrió, sin embargo, lo mismo con el motivo de la metempsicosis y con el a ella conexo de la relación entre el alma universal y las almas particulares. Este motivo, central en la ontología bruniana y piedra de toque de su profunda divergencia con el cristianismo, estuvo presente a lo largo de todo el proceso como una de las acusaciones fundamentales para pasar a figurar finalmente como una de las razones de la condena definitiva.

Metempsicosis y unidad del alma universal —tema central de su pensamiento filosófico, que los jueces podían además evidenciar en su obra mediante la lectura del *De la causa* —son motivo reiterado en los interrogatorios venecianos. Bruno reitera su posición presentándola sin embargo en el marco general de su estrategia defensiva como la constatación puramente filosófica de una posibilidad: «Da questo spirito poi, che è detto vita dell'universo, intendo nella mia filosofia provenire la vita e l'anima a ciascuna cosa che have anima, la qual però intendo essere immortale; como anco alli corpi. Quanto alla loro substancia, tutti sono immortali, non essendo altro morte che divisione e congregazione; la qual dottrina pare espressa nell' *Ecclesiaste*, dove dice: "Nihil sub sole novum"... Io ho tenuto e tengo che l'anime siano immortali e che siano sostanze subsistente, cioè l'anime intellettive, e che, catolicamente parlando, non passino da un corpo all' altro, ma vadino o in paradiso o in purgatorio o in inferno; ma ho ben ragionato, e seguendo le ragioni filosofiche,

atribuye a Bruno que «l'anime morto il corpo, andavano d'un corpo in un' altro, et affermava, che lui era stato altre volte in questo mondo, e che molte altre volte saria tornato doppo che fosse morto o in corpo humano o di bestia». Cfr. *asimismo* § 180-184 para imputaciones similares efectuadas por Fra Celestino y otros testigos.

<sup>116</sup> Spampinato: *Documenti*, pp. 59 s. Para otras referencias de testigos al motivo de la asinidad cristiana, cfr. *Sommario* § 13-16.



che, essendo l'anima subsistente senza il corpo ed inesistente nel corpo, possa col medesimo modo che è in un corpo essere in un altro, e passar da un corpo in un altro: il che se non è vero, par almeno verosimile l'opinione di Pittagora»<sup>117</sup>.

Cuando finalmente una comisión delegada por el tribunal acomete (en 1595-1596) la tarea de examinar los libros disponibles del nolano para extraer tesis erróneas y heréticas (*censurae*), la doctrina bruniana del alma figura entre las *censurae* que en 1597 son sometidas al filósofo, según podemos inferir por el breve capítulo del *Sommario* titulado: «Summariū quarundam responsionum Fratis Iordani ad censuras factas super Propositionibus quibusdam ex eius libris elicitis»<sup>118</sup>. De las respuestas brunianas podemos decir cuál había sido el objeto de la censura: tesis filosóficas centrales como la necesaria infinitud del universo dada la infinita potencia divina, el movimiento de la Tierra (el copernicanismo por tanto) y la concepción de la Tierra como un ser vivo dotado de alma intelectiva, la pluralidad de mundos y soles con homogeneidad cosmológica. A ellas se unía la concepción bruniana de la permanencia de la sustancia y la consiguiente reducción de la muerte a alteración o mutación (la negación de rango sustancial a los individuos compuestos), así como su opinión sobre «el modo de creación del alma humana».

El brevísimo compendio que el *Sommario* nos presenta de las respuestas brunianas nos indica con claridad que Bruno reafirmó su filosofía. El Nolano no renunciaba a ella; se limitaba a mitigarla en lo posible sin desnaturalizarla, excepto en el caso de la inmortalidad del alma personal humana, problema fundamental y de una trascendencia decisiva para los jueces. Aquí Bruno reconoce oportunísticamente y por razones de mera prudencia la existencia individualizada *post mortem* del alma humana personal, excluyendo por tanto al alma humana de su retorno al alma universal para una nueva animación: «hujus animae, quae est Ioannis non erat, sed est dum vivit Ioannes, et erit post mortem Ioannis. E questo privilegio è dell'anima humana, perchè la particolarità del suo essere, che riceve nel corpo lo ritiene doppò la separatione a diferenza dell'anima de bruti, le quali ritornano all'Università del spirito»<sup>119</sup>.

<sup>117</sup> Spampinato: *Documenti*, pp. 95 s. y 105. Cfr. asimismo *Sommario* § 187-189.

<sup>118</sup> *Sommario*, § 252-261 (con este capítulo termina el Sumario). Cfr. Firpo: *Il processo di Giordano Bruno*, pp. 74-85.

<sup>119</sup> *Sommario*, § 255. Vid. Firpo, *op. cit.*, pp. 80 s.: «Una siffata comunicazione

La fase final del proceso en 1599 se concentra en el núcleo filosófico del pensamiento bruniano para extraer de él las implicaciones teológicas y religiosas disonantes con el dogma católico y forzar de esa manera al filósofo a una abjuración que comportaba no ya tan sólo el reconocimiento de errores en el ámbito religioso en tanto que distinto del filosófico —a lo cual Bruno se había declarado siempre dispuesto—, sino la renuncia total a su pensamiento filosófico y cosmológico al mismo tiempo que al principio de la libertad de pensamiento, sobre el cual pasaba a colocarse la autoridad omnimoda de la Iglesia. Esto es, en efecto, lo que se esconde tras el tira y afloja de Bruno con los inflexibles Inquisidores a todo lo largo de 1599, desde que el cardenal Belarmino seleccionara de entre las *censuras* y el conjunto del proceso ocho proposiciones heréticas iniciales —no sabemos cuáles eran— que debían ser abjuradas por el filósofo. A la exigencia de una abjuración incondicional y la absoluta sumisión planteada por el tribunal Bruno respondía con la disposición a aceptar los errores y abjurar al tiempo que pretendía iniciar una discusión explicativa y hasta cierto punto justificativa de sus tesis filosóficas<sup>120</sup>.

El último esquema de abjuración propuesto a Bruno en septiembre de 1599 comprendía, según la reconstrucción efectuada por Firpo<sup>121</sup>, «el conjunto de sus comportamientos libertinos» (blasfemias y apostasía en general) más los errores «sobre la Encarnación de Cristo y la santísima Trinidad», punto sobre los cuales Bruno se había declarado presto a abjurar ya en Venecia. A ello se unían, sin

ciclica, che dall'indistinto parte e ritorna, fu sostenuta recisamente pei brutti; per gli uomini invece Bruno si piegò al riconoscimento dell'eternità individuale a parte post...; l'anima d' un determinato individuo non era prima di lui, ma esiste con la sua vita ed esisterà dopo la sua morte. Si tratta di un riconoscimento che contrasta nel modo più reciso con le structure essenziali del sistema bruniano: solo la gravità anche troppo palese d'una affermazione del dissolvimento dell'anima umana nell'*anima mundi* suggerì a Giordano una concessione evidentemente opportunistica».

<sup>120</sup> Bruno «aveva presentato un memoriale, diretto a Clemente VIII, di cui nella stessa seduta del 16 settembre fu appena iniziata la lettura: ancora una volta, contraddicendo alla formale ma generica professione di obbedienza, egli rievocava in discussione con quella scrittura le opinioni censurate, riapriva le contestazioni, rivelava di fatto una ostinazione smentita soltanto a parole», Firpo: *loc. cit.*, p. 100. Para la fase final del proceso véase Firpo, *op. cit.*, pp. 85-105. Muy interesantes las consideraciones de N. Badaloni en su libro *La filosofia di Giordano Bruno*, Florencia 1955, pp. 270 ss.

<sup>121</sup> *Op. cit.*, pp. 98 s.



embargo, «los errores censurados en el corazón mismo de la metafísica bruniana: la necesidad divina de una creación infinita y perenne, en absoluto contraste con el arbitrarismo y contingentismo del acto divino subrayado especialmente por los teólogos de la Contrarreforma; la doctrina de la animación universal, llevada por un lado hasta la atribución a la Tierra de un alma racional y por otro a la consecuente disolución de la personalidad, eternidad y responsabilidad humana, participe indiferenciada ella misma de la circulación perpetua de la espiritualidad cósmica, irreductible a la fórmula aristotélica de la *forma corporis* que la había vinculado a un único e inconfundible cuerpo material»<sup>122</sup>; y finalmente el movimiento de la Tierra y el conjunto de la cosmología copernicana en la versión bruniana de los mundos innumerables habitados en el universo infinito. La imposibilidad de matizar la abjuración y de defender la legitimidad en el plano filosófico del núcleo de su pensamiento llevaron finalmente a Bruno a adoptar la firme e irrevocable decisión de negarse a abjurar, afirmando la corrección de su filosofía, incorrectamente interpretada por el tribunal y de la cual estaba dispuesto a dar razones: «Fra Giordano... dixit quod non debet nec vult rescipiscere, et non habet quid rescipiscat nec habet materiam rescipiscendi, et nescit, super quo debet rescipisci»<sup>123</sup>; «allocutus fuit fratrem Iordanum, quatenus vellet propositiones haereticas in suis scriptis et constitutis prolatas agnoscere et abiurare, quodque consentire noluit, asserens se numquam propositiones haereticas protulisse, sed male excerptas fuisse a Ministris S. Officii»<sup>124</sup>.

Ante esta actitud de afirmación de la libertad de pensamiento y autonomía de la especulación filosófica, el Tribunal declaró a Bruno «hereje impenitente, pertinaz y obstinado», lo expulsó de la Iglesia («ti scacciamo dal foro nostro ecclesiastico e dalla nostra santa ed immacolata Chiesa, della cui misericordia ti sei reso indegno»), condenó todos sus libros a ser quemados públicamente en la plaza de San Pedro y a figurar en el Índice de libros prohibidos y entregó al filósofo al brazo secular para ser ejecutado públicamente. Sin embargo la actitud de firme mantenimiento de la propia filosofía finalmente adoptada por Bruno permaneció conscientemente imperturbada hasta el final. Si a la lectura de la sentencia respondió con un

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>123</sup> Declaración del 21 de diciembre; Spampanato: *Documenti*, p. 183.

<sup>124</sup> Declaración del 20 de enero de 1600; Spampanato: *Documenti*, p. 186.

«Maiori forsan cum timore sententiam in me fertis quam ego accipiam», en el momento de la ejecución expresó con un gesto elocuente su vocación filosófica y el último sentido de su pensamiento: «hodie igitur ad rogam sive piram deductus, cum Salvatoris crucifixi imago ei iam morituro ostenderetur, torvo eam vultu aspernatus reiecit»<sup>125</sup>.

MIGUEL A. GRANADA  
Diciembre de 1988

#### NOTA SOBRE LA PRESENTE TRADUCCION

La presente traducción se ha efectuado a partir del texto italiano editado por Giovanni Gentile y recogido en la edición *Giordano Bruno: Dialoghi italiani* (tercera edición revisada por Giovanni Aquilecchia, Florencia 1958). Al margen de nuestra traducción hemos consignado la paginación de la edición original a efectos de un mejor cotejo de las referencias al texto bruniano ofrecidas por la literatura secundaria.

<sup>125</sup> Vid. el relato de C. Schoppius en la famosa carta del 17 de febrero de 1600, recogida en Spampanato: *Documenti*, pp. 198-204.

## BIBLIOGRAFIA

### A) Obras de Giordano Bruno

- *Dialoghi italiani*, a cura di G. Gentile (tercera edición a cargo de G. Aquilecchia, Florencia 1958).
- *Opera latine conscripta*, Nápoles-Florencia 1879-1891 (reimpresión Frommann Verlag, Stuttgart-Bad Cannstatt 1962).
- *La cena de las cenizas*, trad. introd. y notas de Miguel A. Granada, Alianza Editorial, Madrid 1987.
- *Expulsión de la bestia triunfante*, trad. introd. y notas de Miguel A. Granada, Alianza Editorial, Madrid 1989.
- *Los Heroicos Furores*, introd. trad. y notas de M.ª Rosario González Prada, Editorial Tecnos, Madrid 1987.
- *Opere latine, Il triplice minimo e la misura; La monade, il numero e la figura; L'immenso e gli innumerevoli*, trad. de Carlo Monti, Turín 1980.

### B) Otros autores

- *AGRIPPA DE NETTESHEIM, Heinrich Cornelius: Opera*, per Beringos fratres Lugduni s. d. 2 vols. (reimpr. en Olms Verlag, Hildesheim 1970).
- *ALCIATO, Andrea: Emblemas*, a cargo de M. Soria, Madrid 1975.
- *APULEYO: El asno de oro*, trad., introd. y notas de L. Rubio, Madrid 1978.

- *COPERNICO, Nicolás: De revolutionibus orbium coelestium libri sex*, Nuremberg 1543.
  - *ERASMUS, Desiderius: Adagia*, Basilea 1536.
  - *ERASMUS, Desiderius: Morias Encomion. Stultitiae Laus*, en Erasmus: *Opera omnia*, Lugduni Batavorum, vol. IV, 1703, cols. 405-504.
  - *ERASMUS, Desiderius: Elogio de la locura*, trad. de P. Rodríguez Santidrián, Madrid 1984.
  - *ERASMUS, Desiderius: De libero arbitrio diatriba sive collatio*, en Erasmus: *Opera omnia*, Lugduni Batavorum, vol. IX, Cols. 1215-1248.
  - *FLAVIO JOSEFO: Autobiografía. Sobre la antigüedad de los judíos (Contra Apión)*, trad., introd. y notas de M. V. Spottorno y J. R. Busto Saiz, Madrid 1987.
  - *HORUS APOLLO NILIACUS: De hieroglyphicis notis a Bernardino Trebatio Vicentino latinitate donatus*, Lugduni 1542.
  - *HYGINUS: Fabularum liber*, París 1578.
  - *LUTERO, Martín: De servo arbitrio*, en Luther: *Werke. Kritische Gesamtausgabe*, vol. XVIII, Weimar 1908, pp. 600-787.
  - *LUTERO, Martín: La voluntad determinada*, en *Obras de Martín Lutero*, vol. 4, trad. de E. Sexauer, Buenos Aires 1975.
  - *MACHIAVELLI, Niccolò: L'Asino*, en Machiavelli: *Il teatro e tutti gli scritti letterari*, a cura di Franco Gaeta, Milán 1965, pp. 269-302.
  - *MONTAIGNE, Michel de: Ensayos*, ed. de D. Picazo y A. Montojo, 3 vols. Madrid 1985 ss.
  - *OVIDIO: Metamorphoses*, with an english translation by F. J. Miller, Loeb Class. Library 2 vols. Londres 1916.
  - *PALINGENIUS STELLATUS, Marcellus: Zodiacus vitae*, Rotterdam 1722.
  - *PLOTINUS: De rebus philosophicis libri LIIII... a Marsilio Ficino a graeca lingua in latinam versi*, Basilea 1559.
  - *PLUTARCO: De Iside et Osiride*, en Plutarch: *Moralia*, vol. V, ed. and translated by F. Cole Babbitt, Loeb Class. Library, Londres 1936.
  - *PTOLOMEO: Almagestum*, en *Omnia quae extant opera, excepta Geographia*, Basilea 1541.
  - *SANCHEZ, Francisco: Quod Nihil Scitur*, Lyon 1581.
  - *SEXTUS EMPIRICUS: Opera*, with an english translation by R. G. Bury, 4 vols. Loeb class. Library 1960-1961.
  - *TACITO: Histories*, en Tácito: *Histories and Annals*, ed. and translated by C. H. Moore and J. Jackson, Loeb Class. Library Londres 1931.
  - *VALERIANUS, I. P.: Hieroglyphica sive de sacris aegyptiorum aliarumque gentium litteris commentarii*, Basilea 1575.
- ### C) Obras auxiliares
- *CILIBERTO, Michele: Lessico di Giordano Bruno*, 2 vols. Roma 1979.



- SALVESTRINI, Virgilio: *Bibliografia di Giordano Bruno (1582-1950)*, 2 ed. a cargo de L. Firpo, Florencia 1958.
- STURLESE, Rita: *Bibliografia, censimento e storia delle antiche stampe di Giordano Bruno*, Florencia 1987.

D) *Vida y proceso*

- AQUILECCHIA, Giovanni: *Giordano Bruno*, Roma 1971.
- FIRPO, Luigi: *Il processo di Giordano Bruno*, Nápoles 1949.
- MERCATI, Angelo: *Il sommario del processo di Giordano Bruno*, Ciudad del Vaticano, 1942.
- SPAMPANATO, Vincenzo: *Vita di Giordano Bruno con documenti editi e inediti*, Mesina 1921 (reimp. Roma 1988).
- SPAMPANATO, Vincenzo: *Documenti della vita di Giordano Bruno*, Florencia 1933.

E) *Literatura secundaria*

- AQUILECCHIA, Giovanni: «Lo stampatore londinese di Giordano Bruno e altre note per l'edizione della Cena», *Studi di filologia italiana* XVIII (1960), pp. 101-162.
- BADALONI, Nicola: *La filosofia di Giordano Bruno*, Florencia 1955.
- CILIBERTO, Michele: *La ruota del tempo. Interpretazione di Giordano Bruno*, Roma 1986.
- ELENA, Alberto: *Las quimeras de los cielos. Aspectos epistemológicos de la revolución copernicana*, Madrid 1985.
- GRANADA, Miguel A.: *Cosmología, religión y política en el Renacimiento. Ficino, Savonarola, Pomponazzi, Maquiavelo*, Barcelona 1988.
- GRANADA, Miguel A.: «La adopción y desarrollo del copernicanismo por Giordano Bruno: Cosmología, religión, historia», en M. Esteban Piñero y otros (eds.): *Estudios sobre historia de la ciencia y de la técnica*, vol. I, Valladolid 1988, pp. 31-48.
- GRANADA, Miguel A.: «Epicuro y Giordano Bruno: descubrimiento de la naturaleza y liberación moral. Una confrontación a través de Lucrecio», en *Historia, Lenguaje, Sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona 1989, pp. 125-141.
- INGEGNO, Alfonso: «Vita civile, razionalità dell'uomo, perfezione del filosofo: Cardano e Bruno», en D. Bigalli (ed.): *Ragione e Civiltas. Figure del vivere associato nella cultura del '500 europeo*, Milán 1986, pp. 179-196.
- INGEGNO, Alfonso: *Cosmologia e filosofia nel pensiero di Giordano Bruno*, Florencia 1978.

- INGEGNO, Alfonso: «Sulla polemica anticristiana del Bruno», en P. Zambelli (ed.): *Ricerche sulla cultura dell'Italia moderna*, Bari 1973, pp. 3-36.
- INGEGNO, Alfonso: *La sommersa nave della religione. Studio sulla polemica anticristiana del Bruno*, Nápoles 1985.
- INGEGNO, Alfonso: *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, Urbino 1987.
- NOWICKI, Andrzej: *Giordano Bruno nella patria di Copernico*, Ossolineum 1972.
- ORDINE, Nuccio: *La cabala dell'asino. Asinità e conoscenza in Giordano Bruno*, Nápoles 1987.
- PAPI, Fulvio: *Antropologia e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, Florencia 1968.
- POPKIN, Richard H.: *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, Méjico 1982.
- SCHMITT, Charles B.: *Gianfrancesco Pico della Mirandola (1469-1533) and his critique of Aristotle*, The Hague 1967.
- SPAMPANATO, Vincenzo: *Giordano Bruno a la letteratura dell'asino*, Portici 1905.
- WARBURG, Aby: «Divinazione antica pagana in testi ed immagini dell'età di Lutero», en Warburg: *La rinascita del paganesimo antico*, Florencia 1966, pp. 309-390.
- WESTMAN, Robert S.: «The Melanchton Circle, Reticus and the Wittenberg Interpretation of the Copernican Theory», *Isis* LXVI (1975), pp. 165-193.
- WESTMAN, Robert S.: «The Astronomer's Role in the Sixteenth Century: A Preliminary Study», *History of Science* XVIII (1980), pp. 105-147.
- YATES, Frances A.: *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Barcelona 1982.
- YATES, Frances A.: «Giordano Bruno. Some new documents», en Yates: *Renaissance and Reform: The Italian Contribution. Collected Essays*, vol. II, Londres 1983, pp. 110-130.

CABALA DEL CABALLO PEGASO  
con el añadido del  
ASNO CILENICO  
descrita por el Nolano  
dedicada al obispo de Casamarciano

PARIS  
POR ANTONIO BAIO  
año 1585

EPISTOLA DEDICATORIA DE LA SIGUIENTE  
CABALA AL REVERENDISIMO SEÑOR DON  
SAPATINO

Abad sucesor de San Quintín y obispo  
de Casamarciano <sup>1</sup>

Reverendissime in Christo Pater

Igual que suele acontecer a un alfarero que, llegado al término de su trabajo (finalizado no tanto por transmigración de la luz 836 como por falta y carencia de materia que despachar) y con un poco todavía de vidrio, madera, cera o alguna otra cosa en las

<sup>1</sup> Se trata de un personaje real: Sabatino Savolino, modesto clérigo de la parroquia de Santa Prima desde 1576; su apellido es el materno de Bruno (en la forma *Saulino* representado por un contertulio del *Spaccio* y de esta *Cábala*), pero los pomposos títulos que en broma se le adjudican son falsos —Casamarciano nunca fue sede episcopal.

La dedicatoria es una muestra del constante recuerdo por el exiliado de los personajes conocidos en la infancia y en la juventud, dentro y fuera del convento. Más abajo (diálogo II-2) son otros conocidos del convento los mentados en un pasaje brillantísimo por su sarcasmo y desprecio; en la *Expulsión* (diálogo I-3) había hecho desfilar —en un amplio pasaje lleno de ternura— toda una galería de tipos de su infancia nolana. Por lo demás, el hecho de que esta obra —ferozmente sarcástica y crítica— esté dedicada (a diferencia de los demás diálogos, dedicados a hombres de mundo, representantes de la política y cultura francesa e inglesa) a un viejo clérigo conocido evidencia que Bruno —al mismo tiempo que desarrolla su programa global desplegado en los diálogos italianos— ajusta las cuentas en la *Cábala* con su pasado



manos con la que no es posible hacer un vaso, permanece un rato sin saber ni poderse decidir, pensando qué ha de hacer con ello para no tenerlo que tirar inútilmente y queriendo a despecho de todos que sirva para algo, resulta que al final lo muestra predestinado<sup>2</sup> a ser una tercera asa, un borde, un tapón de frasco, una tira, un emplasto o un remiendo que tape, llene o cubra alguna hendidura, agujero o raja; también a mí me ha sucedido que, tras haber despachado no todos mis pensamientos, sino tan sólo un cierto haz de escritos, y no teniendo al final nada más que sacar, he vuelto los ojos (más por casualidad que premeditadamente) a un cartapacio que en otras ocasiones había despreciado y puesto como cubierta de aquellos escritos. Hallé que contenía en parte lo que váis a veros presentado a continuación.

En primer lugar pensé entregarlo a un caballero, el cual abrió los ojos y dijo que no había estudiado lo necesario para poder entender los misterios y que por tanto no le podía agradar. Lo ofrecí después a uno de estos *ministri verbi Dei*, el cual dijo que era amigo de la letra y no gustaba de semejantes exposiciones propias de Orígenes, aceptadas por los escolásticos y otros enemigos de su fe<sup>3</sup>. Lo puse delante de una dama y dijo que no le

conventual, ejemplificación cumplida de la monstruosa ignorancia negativa que constituye un componente fundamental de la actitud vital cristiana (católica y reformada) y del período histórico de «tinieblas» al que Bruno —«ministro de una época mejor que comienza», dirá en el *De immenso et innumerabilibus* (III,9) en 1591— pretende poner fin.

<sup>2</sup> Bruno está aludiendo a un importante pasaje paulino (*Romanos* 9, 20-24), más explícitamente mentado *infra* p. 123 y con anterioridad en la *Expulsión* (p. 197).

<sup>3</sup> Estos *ministri* son los pastores reformados, con Lutero y Calvino a la cabeza, defensores de la lectura literal de la Escritura y adversarios de las tradicionales lecturas no literales, tropológicas o metafóricas. Los reformados ponían a Orígenes (teólogo alejandrino del siglo III d.C.; cfr. *infra*, p. 85) como prototipo de esta perversión de la Escritura. Vid. lo que decía Lutero a Erasmo en el *De servo arbitrio*: «Somos más bien de la opinión de que en ningún lugar de la Escritura debe admitirse una deducción ni un tropo, a menos que lo exijan las circunstancias evidentes en que fueron dichas las palabras, y la absurdidad del asunto puesto de manifiesto, que atenta contra algún artículo de la fe. En cambio debe respetarse estrictamente y en todas partes el significado sencillo, claro y natural de las palabras conforme a la gramática y al uso idiomático que Dios creó entre los hombres. Pues si cada cual tiene plena libertad de inventar a su antojo deducciones y tropos en el texto de las Escrituras, ¿qué será la Escritura entera sino una caña sacudida por el viento o un Vertumno cualquiera? Está visto que entonces en ningún artículo de la fe se podrá ya establecer ni probar nada como cosa cierta; todo estará expuesto a falsas interpretaciones mediante alguna figura retórica. Por eso debe evitarse más bien, como el veneno más activo, todo

agradaba por no ser tan grande como conviene al motivo de un caballo y un asno. Lo presenté a otra, la cual aunque le gustó en el momento de probarlo, tras haberlo probado dijo que quería pensar sobre ello durante algunos días. Miré si podía animar a una beata y ella me dijo:

«—No lo quiero si no habla del rosario, de la virtud de los granillos benditos y del agnusdei».

Lo arrimé a la nariz de un pedante, el cual torció el rostro<sup>837</sup> hacia otra parte y me dijo que aborrecía cualquier otro estudio y asunto que no fuera alguna anotación, escolio e interpretación de Virgilio, Terencio y Marco Tulio<sup>4</sup>. Oí de un versificador<sup>5</sup> que

tropo que no sea exigido por la misma Escritura. ¡Fíjate lo que le sucedió a Orígenes, tan amante de los tropos, en su exposición de las Escrituras!... Yo he observado esto, que todas las herejías y todos los errores en las Escrituras provienen no de la sencillez de las palabras, como se venía afirmando en casi todo el orbe, sino del descuidar la sencillez de las palabras, y del entregarse a tropos y deducciones lucubradas en el propio cerebro» (*La voluntad determinada*, B. Aires, 1976, pp. 189-190). Los teólogos escolásticos son calificados por doquier por Lutero de «sotistas».

<sup>4</sup> El pedantismo —ya criticado duramente por Montaigne en su ensayo «Du pedantisme» (*Essais* I, 25)— es para Bruno una de las manifestaciones más clamorosas de la degeneración cultural contemporánea. En el pedantismo la dimensión filosófica (especulativa) de la cultura y la conquista libre de nuevas verdades aparecen negadas por la reducción del saber a gramática y retórica —a los aspectos formales o «literales» del texto y del pensamiento— en el espíritu de la servil imitación de los modelos antiguos y de una ocupación en tareas banales travestidas como importantísimas. Esta atención exclusiva a la letra y el espíritu servil (ajeno al libre ejercicio especulativo) explican que Bruno termine por incluir dentro del fenómeno del pedantismo a la misma reforma protestante (vid. *infra* pp. 86-87, donde la identificación se hace explícita), con lo cual el pedantismo es concebido como antítesis de la filosofía, a la cual ha suplantado en el ciclo de «tinieblas» e ignorancia que ha subvertido todos los valores (cfr. en nuestra traducción de la *Expulsión de la bestia triunfante*, Madrid, 1989, el cap. II de nuestra introducción: «La *Expulsión de la bestia triunfante* y el motivo de los «Silenos de Alcibiades») con la consiguiente degeneración moral y religiosa. La caracterización burlesca de Aristóteles como «pedante» (vid. *infra* pp. 126-127) muestra que en la categoría tradicional de pedantismo confluye, junto con la reforma y el humanismo filológico, el aristotelismo con su servidumbre a Aristóteles y su imagen del universo. En la *Cábala* el contertulio Coribante es la personificación del pedantismo, igual que los Manfurio, Prudencio y Polimnio del *Candelario*, *La cena de las cenizas* y *De la causa, principio y unidad*. Sobre la problemática general de la «pedantería» en Bruno, véase M. Ciliberto: *La ruota del tempo. Interpretazione di Giordano Bruno*, Roma, 1986, cap. I: «Archetipi: asinità e pedanteria».

<sup>5</sup> El versificador es al poeta lo que el pedante al filósofo. «Versificadores que a despecho del mundo quieren pasar por poetas», dice la *Expulsión* p. 234. Como en esta obra se pone de manifiesto, el versificador y el pedante (incluido el pastor re-



no lo quería si no era algún acopio de octavas y sonetos. Otros decían que los mejores tratados habían sido dedicados a personas que no eran mejores que ellos. Otros me parecían dispuestos con otras razones a quererme dar gracias poco o nada en el caso de que se lo hubiera dedicado y no sin razón, porque a decir verdad todo tratado y consideración debe ser enviado, concedido y presentado a quien es de la profesión o grado objeto de examen.

Estando, por tanto, yo con los ojos fijos en el motivo de la materia enciclopédica, me acordé de vuestro enciclopédico ingenio que no tanto parece abrazar todo por la fecundidad y riqueza como tener todo y más que todo por cierta excelencia peregrina. Ciertamente, nadie podrá comprenderlo todo más expresamente que vos, porque estáis fuera de todo; podéis entrar por todo porque nada os tiene encerrado; podéis tenerlo todo porque no tenéis nada (no sé si me explicaré mejor describiendo vuestro inefable intelecto). No sé si sois teólogo o filósofo o cabalista, mas sé bien que sois todo eso, si no por esencia, por participación; si no en acto, en potencia; si no de cerca, de lejos. En cualquier caso creo que sois tan suficiente en lo uno como en lo otro. Y por eso aquí tenéis cábala, teología y filosofía, quiero decir: una cábala de filosofía teológica, una filosofía de teología cabalística, una teología de cábala filosófica, de suerte que no sé si estas tres cosas las tenéis o en todo o en parte o en nada, pero estoy muy seguro de que tenéis todo de nada en parte, parte de todo en nada, nada de parte en todo.

838 Pero, pasando ya a nosotros, me preguntaréis: ¿Qué me enviáis?, ¿de qué trata este libro?, ¿de qué presente me habéis hecho digno? Y yo os respondo que os ofrezco el don de un Asno, se os presenta el Asno que os dará honor, aumentará vuestra dignidad, os pondrá en el libro de la eternidad<sup>6</sup>. No os cuesta nada

formado) vegetan en el reino del ocio, frente a la operosidad y activismo del poeta-filósofo. Vid. sobre este contraste N. Ordine: *La cábala dell'asino, Asinità e conoscenza in Giordano Bruno*. Nápoles 1987, pp. 152 ss.

<sup>6</sup> Cfr. *Apocalipsis* 3,5: «qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis, et non delebo nomen eius de libro vitae, et confitebor nomen eius coram Patre meo et coram angelis eius». Bruno pone de manifiesto uno de los motivos fundamentales de la crítica desarrollada en la *Cábala*: el acceso a la beatitud eterna a través de la ignorancia, fórmula que puede tener un sentido positivo (la asinidad positiva —cfr. *infra* pp. 105-106 y 133— personificada en esta obra en Onorio y el Asno cilénico) o negativo —la asinidad cristiana, tanto católica como reformada, objeto de una feroz

obtenerlo de mí y tenerlo como vuestro; no os costará nada man- 839 tenerlo, porque no come, no bebe y no ensucia la casa; y será eternamente vuestro y os durará más que vuestra mitra, pastoral, 840 capa pluvial, mula y vida, tal como vos mismo y otros podéis comprender sin discurrir demasiado. No tengo duda alguna, reverendísimo monseñor mío, de que el don del asno no será ingrato a vuestra prudencia y piedad; y esto no lo digo por la razón derivada de la costumbre de presentar a los grandes maestros no tan sólo una gema, un diamante, un rubí, una perla, un caballo completo, un vaso excelente, sino también un mono, un papagayo, un mico, un asno; y éste además de necesario, es raro, es doctrinal y no es de los ordinarios. El asno índico es precioso y regalo papal en Roma; el asno de Otranto es regalo imperial en Constantinopla; el asno de Cerdeña es regalo real en Nápoles y el asno cabalístico, que es ideal y por consiguiente celeste, ¿pretendéis que debe ser menos grato en cualquier parte de la tierra y a cualquier personaje principal de lo que sabemos que es en el cielo el terrestre en virtud de cierta benigna y excelsa promesa<sup>7</sup>? Estoy seguro, pues, que será aceptado por vos con el mismo ánimo con que por mí os es ofrecido.

Tomadlo, padre, por favor, porque tiene alas<sup>8</sup> y es de lo más gentil y alegre que se pueda tener en jaula. Tomadlo, si lo queréis, como fiera, porque es único, raro y peregrino por un lado y

denigración sarcástica a todo lo largo de la obra y muy especialmente en esa parodia del sermón sagrado que es la «Declamación al lector». Es siempre la contraposición entre la actividad —que desde la ignorancia lleva por esfuerzo a la verdad— y la ociosidad, el estancamiento permanente en el ocio confiados en la justicia de la fe (vid. pp. 86 y 92).

<sup>7</sup> Cfr. II *Cor.* 3, 4-6: «Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum, non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est, qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti»; *Hebreos* 9, 15: «Novi ideo testamenti mediator [Christus] est, ut morte intercedente, in redemptionem earum praevaricationum, quae erant sub priore testamento, repromissionem accipiant qui vocati sunt aeternae haereditatis». Vid., asimismo I *Cor.* 1, 20-21: «Nonne stultam fecit Deus sapientiam huius mundi? Nam quia in Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum, placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes». El primer capítulo de esta epístola paulina es motivo recurrente, como veremos, en la *Cábala*.

<sup>8</sup> Bruno lo identifica —como lo señala el título de la obra y cfr. *infra* pp. 117, 131, 141— con Pegaso, el caballo alado nacido de la sangre de la Medusa (Ovidio: *Metamorfosis* IV, 785-786) y cateterizado como constelación 19 del catálogo ptolemaico; cfr. *Expulsión de la bestia triunfante*, intr. p. 54 y p. 241.



ninguna otra cosa más brava podéis tener encerrada en un antro o caverna. Tratadlo, por favor, como doméstico, porque es obsequioso, cortés y servicial; es el mejor compañero que podéis tener en casa. Mirad que no se os escape de las manos porque es el mejor corcel que podéis apacentar o, mejor dicho, que pueda pacer en vuestro establo y el mejor compañero y entretenimiento que podáis tener en vuestra cámara y habitación. Tratadlo como una joya y prenda preciosa porque no podéis tener tesoro más excelente en vuestro desván. Tocadlo como cosa sagrada y miradlo como cosa de gran consideración, porque no podéis tener mejor libro, mejor imagen ni mejor espejo en vuestro gabinete. *Tandem*, si a pesar de todas estas razones no es del gusto de vuestro estómago, lo podréis dar a otro, el cual no deberá estaros desagradecido por ello.

Si os parece algo ridículo entregadlo a algún buen caballero para que lo ponga en manos de sus pajes, los cuales lo tendrán muy atendido entre los monos y los cercopitecos. Si lo consideráis animal de manada, entregadlo a un campesino que le de cobijo entre su caballo y su buey. Si lo estimáis salvaje, concededlo a algún Acteón<sup>9</sup> que le haga vagar con las cabras y los ciervos. Si os parece que es algo mimoso, entregadlo a alguna damisela para que lo tenga en vez de marta o perrita<sup>10</sup>. Si finalmente os parece que tiene algo de matemático, ofrecedlo a algún cosmógrafo para que le vaya reptando y brincando entre los polos ártico y antártico de una de esas esferas armillares, a las que podrá dar el movimiento continuo tan fácilmente como haya podido dar el mercurio infuso a la de Arquímedes para ser una imagen más válida del macrocosmos, en el que la concordancia y armonía del movimiento rectilíneo y circular depende del alma intrínseca.

<sup>9</sup> Bruno ya había hecho referencia al mito de Acteón en la *Expulsión* (p. 291 s.) para referirse despectivamente a los seguidores de Cristo en general, como objetivo último de la crítica, más allá de la directa alusión al sacerdocio católico a partir de la crítica de Calvino al mismo, crítica que Bruno hace suya (vid. A. Ingegno: *Regia pazzia: Bruno lettore di Calvino*, Urbino 1987, pp. 69-75). El tratamiento más completo de la figura de Acteón vendrá a continuación de la *Cábala*, en *De gli eroici furori*, donde Acteón simboliza la antítesis del asno cristiano o negativo, es decir, el héroe del intelecto o sabio contemplativo lanzado a la caza de la divinidad (Diana) a través del estudio esforzado de la naturaleza como espejo o vestigio de la divinidad. Cfr. los diálogos I,4 y II,2 de *De gli eroici furori*.

<sup>10</sup> Vid. *Expulsión*, pp. 268 s. para una más amplia crítica de la perversa zoofilia de las damas de la nobleza.

Pero si, como yo pienso, soís sabio y consideraréis la cuestión con juicio maduro, lo conservaréis con vos, estimando que lo que os presento no es menos digno que lo que haya podido presentar al papa Pío V, a quien consagré el *Arca de Noé*<sup>11</sup>; al rey Enrique III de Francia, a quien inmortalizo con las *Sombras de las Ideas*<sup>12</sup>; a su embajador en Inglaterra a quien he concedido *Treinta sellos*<sup>13</sup>; al caballero Sidney, a quien he dedicado la *Bestia Triunfante*<sup>14</sup>. Porque aquí no sólo tenéis la bestia triunfante viva<sup>15</sup>, sino además los treinta sellos abiertos, la beatitud perfecta, las sombras aclaradas<sup>16</sup> y el arca gobernada, donde el asno (que nada

<sup>11</sup> Sobre esta obra temprana, que no ha llegado hasta nosotros, véase nuestra introducción, § I.

<sup>12</sup> *De umbris idearum*, publicado en París en 1582, se halla recogido en Jordani Bruni Nolani: *Opera latine conscripta*, a cura de F. Fiorentino et alii, Nápoles-Florescia 1879-1891, vol. II, 1.

<sup>13</sup> Es la obra titulada *Recens et completa Ars Reminiscendi et in phantastico campo exarandi ad plurimas in triginta sigillis inquirendi, disponendi atque retinendi implicitas novas rationes et artes introductoria* (*Opera latine conscripta*, vol. II,2), publicada en Londres en 1583 y dedicada a Michel de Castelnau, embajador de Francia, en cuya casa —la embajada francesa— se alojó Bruno durante su estancia en Londres y a quien dedicó también los tres primeros diálogos italianos: *La cena*, *De la causa* y *Del infinito*.

<sup>14</sup> Bruno dedicó la *Expulsión de la bestia triunfante*, publicada en Londres en 1584, a Sir Philip Sidney (1554-1586). Cfr. nuestra introducción a la traducción castellana de esta obra, p. 26.

<sup>15</sup> En la epístola dedicatoria de la *Expulsión* Bruno había explicado el título de la obra y el significado de «bestia triunfante» diciendo (p. 98) que «tiene lugar la expulsión de la bestia triunfante, es decir, de los vicios que predominan y suelen conculcar la parte divina». Si la *Expulsión* nos presenta la reforma moral del individuo por la cual, bajo la forma alegórica del cielo estrellado, el vicio-error triunfante o imperante durante una larga época (vicio-error que no es otro que la subversión de valores efectuada, en solidaridad con la imagen aristotélico-ptolemaica del universo, por el cristianismo tanto católico como reformado) es *despachado* por el retorno a la verdadera noción de la divinidad, del mundo y del hombre y de su auténtica relación, la *Cábala* nos presenta «la bestia triunfante viva», es decir, nos retrata esa configuración viciada o pervertida del sujeto humano que es la permanente disposición asinina-ignorante, la pedantería en el sentido general que Bruno da al término, la actitud cristiana reformada y católica que en su pasividad y sumisión ociosa es objeto de una feroz parodia como el enemigo a combatir junto con la cosmología geocéntrica y finitista; en suma, aquella disposición perversa de espíritu que reniega de todo conocimiento y autonomía humanos siguiendo la admonición del apóstol: «Videte ne quis vos decipiat per philosophiam, et inanem fallaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum» (*Colosenses* 2, 8).

<sup>16</sup> Por la asinidad-ignorancia cristiana «todos los principios se tienen por conocidos, aprobados y manifestos con seguridad sin ningún tipo de demostración y evi-



envidia a la vida de las ruedas del tiempo, a la amplitud del universo, a la felicidad de las inteligencias, a la luz del sol, al baldaquino de Júpiter) es moderador, aclarador, consolador, abridor y presidente. No es, no es un asno de establo o de manada, sino de los que pueden comparecer por doquier, andar por doquier, entrar por dóquier, estar sentado por doquier, comunicar, comprender, aconsejar, definir y hacer cualquier cosa<sup>17</sup>. En efecto, si yo le veo labrar, regar y enaguachar, ¿por qué no queréis que le llame hortelano? Si ara, planta y siembra, ¿por qué no ha de ser agricultor? ¿Por qué razón no va a ser artesano, si es albañil, maestro de obras y arquitecto? ¿Quién me impide que lo llame artista, si es tan inventivo, activo y reparativo? Si es un argumentador, disertador y apologeta tan exquisito, ¿por qué no os va a gustar que lo llame escolástico? Siendo tan excelente formador de costumbres, instituidor de doctrinas y reformador de religiones<sup>18</sup>,

843 ¿quién sentirá escrúpulos por llamarlo académico y tenerlo por archimandrita de alguna archididascalia? ¿Por qué no va a ser monástico, dado que él es coral, capitular y dormitorial? Si por votos es pobre, casto y obediente, me censuraréis si lo llamo conventual? ¿Me impediréis que pueda llamarlo conclavístico, si resulta que es por activa y por pasiva graduable, elegible, propo-

dencia» (p. 108), pues los así dispuestos «se hacen guiar por la antorcha de la fe, rindiendo el intelecto a quien se les monta encima y los endereza y guía a su gusto. Estos son verdaderamente los que no pueden errar, porque no caminan con el propio entendimiento falaz, sino con la luz inefable de una inteligencia superior. Ellos, ellos son los verdaderamente aptos y predestinados a llegar a la Jerusalén de la beatitud y a la visión abierta de la verdad divina, porque les monta aquel jinete sin el cual nadie puede conducirse hasta allí» (*infra*, p. 107). A través de Cristo, la gracia y la fe, el asno cristiano tiene acceso directo a la verdad y beatitud, por lo cual deja muy atrás el lento y esforzado proceso humano de conocimiento a través de las «sombras» de las ideas y por medio de los «sellos», proceso además que el cristiano sabe que lleva a la perdición: «Nemo se seducat; si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc seculo, stultus fiat ut sit sapiens. Sapientia enim huius mundi, stultitia est apud Deum. Scriptum est enim: Comprehendam sapientes in astutia eorum» (I Corintios 3, 18-19). Es probable que en esta mención de los treinta sellos de la sabiduría humana abiertos haya una referencia a los sellos del libro que sólo puede abrir el cordero de Dios, i.e., Cristo (vid. *Apocalipsis* 5-6).

<sup>17</sup> Vid. las palabras de Mercurio al asno cilénico que cierran la obra (p. 153) y establecen la presencia universal de la asinidad.

<sup>18</sup> Referencia a la Reforma protestante y sus líderes —cfr. la *Institutio christianae religionis* de Calvino—, como una de las manifestaciones de la asinidad (ignorancia, estulticia). Vid. también pp. 86-87.

nible para prelado? Si es un doctor sutil, irrefutable e iluminado, ¿con qué conciencia no vais a querer que lo estime y tenga por digno consejero? ¿Me contendréis vos la lengua para que no pueda esgrimirlo como servidor, estando plantada en esa cabeza toda la moralidad, política y económica? ¿Podrá conseguir el poder de la autoridad canónica que yo no lo tenga por columna de la Iglesia si se me muestra tan pío, devoto y recatado? Si lo veo tan alto, bienaventurado y triunfante, ¿podrá conseguir el cielo y el mundo entero que no lo llame divino, olímpico, celeste?

En conclusión —para no seguir rompiendo más la cabeza a vos y a mí—, me parece que es el alma misma del mundo, todo en todo y todo en cualquier parte<sup>19</sup>. Ved, pues, cuál y cuán grande es la importancia de este venerable asunto en torno al cual construimos el presente discurso y diálogos, en los cuales si os parece ver una gran cabeza sin busto o con una cola pequeña, no os asustéis, no os enfadéis, no os sorprendáis, porque en la naturaleza hay muchas especies de animales que no tienen más miembros que la cabeza o parece que sean todo cabeza, por tener ésta muy grande y las otras partes apenas perceptibles; y no por eso dejan de ser perfectísimas en su género.

Y si esta razón no os satisface, debéis de tener en cuenta también que esta obrita contiene una descripción, una pintura<sup>20</sup>, y que en los retratos suele bastar las más de las veces el haber representado la cabeza sola sin el resto. Además, a veces se mues-

<sup>19</sup> Cfr. Plotino, *Enéadas* V, 1, 2, 35-38: «[el alma] no se divide para animar con cada una de sus partes cada parte del cuerpo, sino que todas las partes viven por el alma toda entera, que está presente toda en todas partes (*pávesti pása pantakhoú*), semejante por su unidad y omnipresencia al padre que la ha engendrado». La traducción de Ficino, por la que Bruno accede a Plotino, rezaba así: «At anima non ita se habet. Non enim in partes paticulasque [sic] divisa vitam inserim singulatim: sed omnia se tota vivificat, totaque ubique adest, similis effecta patri...» (Plotino: *De rebus philosophicis libri LIII...* a Marsilio Ficino e graeca lingua in latinam versi..., Basilea MDLIX, p. 244 d, subrayado nuestro). Vid. el pasaje del *De immenso* VI, 15 (*Opera* 1, 2, p. 85) donde esta concepción de la presencia universal del alma se pone en relación con la diversidad de manifestaciones en función de la materia (temática desplegada en el diálogo II,2 de la *Cábala*): «Ipsa [anima] ergo quidquid agit, tota agit et in toto praesens, sed prociusque partis atque loci captu, et instrumentorum apparatu, mediorum et objectorum promptudine atque praesentia: sic omnimode ipsa mobilis, non omnimode ubique mota movet».

<sup>20</sup> Vid. *La Cena de las cenizas*, trad. de M. A. Granada, Madrid 1987, p. 54 (epístola dedicatoria).



844 tra un excelente ingenio haciendo una sola mano, un pie, una pierna, un ojo, una oreja suelta, medio rostro que se desprende de detrás de un árbol o del rinconcillo de una ventana, o está como esculpido en el vientre de una taza que a su vez tiene por base el pie de una oca o de águila o de algún otro animal; y no por eso se condena ni se desprecia, sino que se acepta y aprueba la manufactura. De la misma forma me persuado yo, incluso estoy seguro, de que vos aceptaréis este regalo como una tan perfecta igual que de todo corazón se os ofrece. *Adiós.*

## SONETO

845

## ELOGIO DEL ASNO

¡Santa asinidad, santa ignorancia,  
santa estulticia y pía devoción!,  
sólo tú puedes hacer las almas tan buenas  
que el ingenio y estudio humanos no las alcanza.

No llega fatigosa vigilancia  
del arte o invención cualquiera  
ni contemplación de sabios  
al cielo donde te edificas la morada.

¿De qué os vale, curiosos, estudiar,  
querer saber qué hace la naturaleza,  
si los astros son bien tierra, fuego y mar?

La santa asinidad de eso no se cuida;  
con las manos juntas y de rodillas quiere estar,  
esperando de Dios su buenaventura<sup>1</sup>.

Ninguna cosa dura  
excepto el fruto del eterno descanso,  
el cual nos conceda Dios tras la sepultura<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cfr. Maquiavelo: *L'Asino* V, 115-117: «Creder che sanza te per te contrasti/Dio, standoti ozioso e ginocchioni, ha molti regni e molti stati guasti» (N. Machiavelli: *Opere*, a cura di S. Bertelli e F. Gaeta, vol. VIII, Milán 1965, pp. 289 s.).

<sup>2</sup> Marco Antonio Epicuro, poeta napolitano (1472-1555) había dicho en su *Cecaria* (Venecia 1528): «...il frutto de l'eterna requie la qual ne donò Dio dopo l'esse- quie». Es conocida desde hace tiempo la inspiración de Bruno en esta obra para sus dos últimos diálogos de los *Eroici furori*.



## DECLAMACION

846

### AL LECTOR ESTUDIOSO, DEVOTO Y PIADOSO

¡Ay de mí, auditor mío, que sin un fogoso suspiro, lúbrico llanto y trágico lamento, con el sentimiento, con los ojos y con razones no puede recordar mi ingenio, entonar la voz y explicar los argumentos cuán falaz es el sentido, turbio el pensamiento e inexperto el juicio que con sentencia perversa, inicua y llena de prejuicio no ve, no considera, no se pronuncia tal como es debido por naturaleza, verdad de razón y derecho de justicia acerca de la pura bondad, regia sinceridad y magnífica majestad de la santa ignorancia, docta resignación y divina asinidad! ¡Desgraciado de mí, cuán equivocadamente maltratan algunos tan salvajemente esta excelencia celeste entre los hombres vivientes en contra de la cual unos se hacen censores con gruesas narices, otros se hacen mordaces con colmillos abiertos, otros se muestran despreciadores con risas burlonas! Mientras por doquier desprecian, se burlan y vilipendian cualquier cosa no les oyes decir otra cosa que «éste es un asno, esa acción es de asnos, eso es una asinidad», a pesar de que en esos términos conviene hablar donde los discursos son más maduros, las propuestas más firmes y las sentencias más sopesadas. ¡Desgraciado de mí!, ¿por qué con pesar de mí corazón, congoja del espíritu y agravio del alma se presenta ante mis ojos



esa inexperta, necia y profana multitud que tan erróneamente piensa, tan mordazmente habla, tan temerariamente escribe para producir esos perversos discursos de tantos monumentos como van por las prensas, por las librerías, por todas partes, con las burlas, 847 desprecios y censuras más expresas: *el asno de oro, las loas del asno, el elogio del asno*<sup>1</sup>, donde no se piensa más que en tomarse a broma, por pasatiempo y en burla la gloriosa asinidad mediante frases irónicas? Ahora, ¿quién contendrá al mundo para que no piense que yo hago lo mismo? ¿Quién podrá refrenar las lenguas para que no me metan en el mismo saco, como quien corre tras las huellas de aquellos otros que andan —cual Demócrito— riéndose a costa de esos motivos? ¿Quién podrá impedir que no crean, afirmen y confirmen que yo no intento en verdad y seriamente alabar al asno y la asinidad, sino que más bien procuro añadir aceite a la linterna que ha sido encendida por los demás? Pero, protervos y temerarios jueces míos, calumniadores indolentes y mezquinos, hoscos y apasionados detractores, detenéos, volved los ojos, mirad, ved, examinad, considerad si los simples conceptos, las sentencias enunciativas y los discursos silogísticos que apporto en favor de este sacro, impoluto y santo<sup>2</sup> animal son puros, verdaderos y demostrativos o bien fingidos, imposibles y aparentes. Si encontráis que están fundados en efecto sobre la

<sup>1</sup> Bruno se refiere a la amplia literatura sobre el asno circulante en el siglo XVI: el *Asinus aureus* de Apuleyo (continuamente editado en Italia a lo largo del siglo, traducido al italiano por Boiardo en 1516 y por Firenzuola en 1550); el *In lode dell'asino*, recogido en *Il secondo libro delle opere burlesche* di M. Francesco Berni (Florenza 1555); el *Ad encomium asini digressio* de Agrippa de Nettesheim (cap. C II de su obra *De incertitudine et vanitate scientiarum et artium*, publicada en Colonia en 1531; recogida en la edición de las *Opera*, Lyon per Beringos fratres s.d.). Sobre toda esta literatura y su presencia en Bruno y en la *Cábala* vid. N. Ordine, *op. cit.*, cap. 12 y nuestra introducción § II.

<sup>2</sup> Según Gentile (nota *ad loc.*) Bruno podría hacer referencia a *Hebreos* 7, 26: «Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior caelis factus», pasaje importantísimo que habla de Cristo como «sacerdote eterno según el orden de Melquisedec», hecho «melioris testamenti sponsor» y salvador: «unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum, semper vivens ad interpellandum pro nobis» (*ibid.* 7, 25). Habría, pues, una referencia sarcástica a Cristo como «asno» o mejor una denigración general de la fe en Cristo como asinidad; recuérdese el pasaje del *Spaccio* donde, a propósito de los reformados, se dice que «se estiman reyes del cielo e hijos de los dioses tan sólo en virtud de una enojosa, vil y necia fantasía y creen y atribuyen más a una vana, bovina y asnal confianza que a una acción útil, real y magnánima» (p. 178).

base de fundamentos fortísimos, si son bellos, si son buenos, no los esquivéis, no los evitéis, no los rechacéis. Aceptadlos, observadlos, abrazadlos y no sigáis sometidos por más tiempo a la creencia consuetudinaria, vencidos por la petulancia del pensar y guiados por la vanidad del decir, si otra cosa os muestra la luz del intelecto, otra cosa os entona la voz de la doctrina y otra cosa os confirma el acto de la experiencia.

848 ¿Qué creéis que es el asno ideal y cabalístico que se nos presenta en el cuerpo de las Sagradas Escrituras? ¿Qué pensáis que es el caballo Pegaso, tratado figuradamente en las ficciones poéticas? ¿Qué os imagináis del asno cilénico, digno de ser puesto *in croceis*<sup>3</sup> en las más honorables academias? Dejando a un lado el segundo y el tercero y concentrándonos en el primero, a la vez platónico y teologal, quiero que sepáis que no falta testimonio de las letras humanas y divinas, dictadas por doctores sagrados y profanos, que hablan con la sombra de ciencias y luz de la fe. El que esté medianamente versado en estas doctrinas sabrá, digo, que yo no miento cuando digo que el asno ideal es principio productivo, formativo y perfectivo sobrenaturalmente de la especie asinina que por doquier se muestra en el capacísimo seno de la naturaleza y que es distinta de las restantes especies, individualizada en las mentes segundas y aprehendida con un concepto diferente y distinto de aquel con que se aprehenden las otras formas; sin embargo (y esto es lo más importante) en la primera mente es idéntica a la idea de la especie humana, idéntica a la especie<sup>4</sup> de la tierra, de la luna, del sol, idéntica a la especie de las inteligencias, de los demonios, de los dioses, de los mundos, del universo; es incluso aquella especie de la cual dependen no solamente los asnos, sino también los hombres y las estrellas y los mundos y todos los animales mundanos; quiero decir aquella especie en la que no hay diferencia de forma y sujeto, de cosa y cosa, sino que es simplicísima y una. Ved, ved, pues, de dónde deriva la razón de que sin menoscabo alguno sea llamado el santo de los santos no tan sólo león, monocornio, rinoceronte, viento,

<sup>3</sup> Bajo manto real.

<sup>4</sup> Aquí, y en el resto de la obra, Bruno usa el término *specie* en el sentido escolástico de *species* (tanto *sensibilis* —imagen sensible resultante de la percepción visual— como *intelligibilis*, i.e., la idea general presente en el entendimiento). Cfr. como ejemplo pp. 117, 140, 126 y 132; en estos dos últimos casos hemos traducido por «imágenes».



tempestad, águila, pelicano, sino también no hombre, oprobio de los hombres, abyección de la plebe, pécora, cordero, gusano, semejanza de culpa, hasta el punto de ser llamado pecado y algo aún peor<sup>5</sup>. Considerad el principio de la causa por la que los cristianos y los judíos no se irritan, sino que más bien se congratulan conjuntamente con glorioso triunfo cuando por las metafóricas alusiones de la Sagrada Escritura son representados mediante títulos y definiciones como asnos, son llamados asnos, son definidos como asnos, de forma que siempre que se trata de ese bendito animal se entiende (por lectura moral, sentido alegórico y propósito anagógico)<sup>6</sup> el hombre justo, el hombre santo, el hombre de Dios.

Por eso cuando en el *Exodo* se hace mención de la redención y mutación del hombre se le menciona en compañía del asno: «Al primogénito del asno cambiarás con la oveja; al primogénito del hombre redimirás con el precio»<sup>7</sup>. Cuando en el mismo libro<sup>8</sup> se impone al deseo del hombre la ley de que no se extienda

<sup>5</sup> Ap. 5,5; *Oseas* 5,14 (león). *Salmos* 77,69 (monocornio); *Núm.* 23,22 (rinoceronte); *Job* 27, 20-21 (viento, tempestad); *Deut.* 32,11 (águila); *Salmos* 101,7 (pelicano); *Salmos* 21,7: «ego autem sum vermis et non homo; opprobium hominum et abiectio plebis»; Juan 1,29 (cordero); *Romanos* 8,3: «Deus filium suum mittens in similitudinem carnis peccati et de peccato, damnavit peccatum in carne»; 2 *Corintios* 5,21: «Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit». Cfr. *Filipensis* 2, 6-11 y *Galatas* 3,13: «Christus nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum, quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno». Ese «algo aún peor» de que habla Bruno podría ser la maldición de la humanidad asumida por Cristo, en una evaluación sarcástica que niega una vez más a Cristo su función regeneradora y redentora para asumir la lectura pagana de su ejecución como sencilla y unilateralmente (sin paradojas ni transmutaciones de sentido) maldito. Téngase presente que ya Erasmo en su *Elogio de la locura* (en páginas que Bruno tiene presentes incluso en su texto literal en esta «Declamación al lector») había dicho de Cristo que «peccatum factus est, ut peccatis mederetur» (Erasmo: *Opera omnia*, vol. IV, Lugduni Batavorum 1703, col. 498 A).

<sup>6</sup> Bruno se refiere a las tres formas de interpretación —junto con la literal— histórica— de la Escritura. Para una evaluación burlesca de estos tres procedimientos exegéticos vid. *Expulsión de la bestia triunfante*, p. 106.

<sup>7</sup> *Exodo* 13,3. El pasaje ya había sido usado por Agrippa de Nettesheim en su «Ad encomium asini digressio»: «Iamque etiam in veteri lege sic asinum Deus ipse honoravit, ut cum iuberet omne primogenitum occidi in sacrificium, solis asinis cum hominibus pepercit, videlicet permittens hominem precio redimi et pro asino ovem commutari» (*De incertitudine et vanitate scientiarum*, cap. C II; *Opera*, per beringos frates, Lugduni s. d. vol. II, p. 308).

<sup>8</sup> *Exodo* 20,17.

a la mujer, a la esclava, puedes ver que se encuentran también enumerados el buey y el asno, como dando a entender que no es menor ocasión de pecado desear lo uno que lo otro. Por eso cuando en el libro de los *Jueces* cantaron Débora y Barac, hijo de Abinoam, diciendo: «¡Oid, reyes; prestad atención, príncipes, que montáis en blancas asnas y presidis en juicio!»<sup>9</sup>, los santos rabinos interpretan de la siguiente manera: «¡Oh, gobernadores de la tierra, que estáis por encima de los abnegados pueblos y con el azote sagrado los gobernáis, castigando a los malos, premiando a los buenos y distribuyendo justamente las cosas!». Cuando el *Pentateuco*<sup>10</sup> ordena que debes rectificar y enderezar el rumbo del asno y del buey perdidos de tu prójimo, los doctores entienden moralmente que el hombre de nuestro prójimo Dios, que está dentro de nosotros y en nosotros, si sucede que se aparta del camino de la justicia, debe de ser corregido y amonestado por nosotros. Cuando el jefe de la sinagoga reprendió al Señor porque curaba en sábado y él respondió que «no hay hombre de bien que no acuda a sacar el día que sea el asno o buey del pozo en que ha caído»<sup>11</sup>, los divinos escritores entienden que el asno es el hombre sencillo, el buey el hombre natural, el pozo el pecado mortal, lo que saca al asno del pozo la gracia divina y el ministerio que redime a sus elegidos de aquel abismo. Mirad, pues, cómo el pueblo redimido, estimado, deseado, gobernado, enderezado, amonestado, corregido, liberado y finalmente predestinado aparece significado por el asno, es denominado asno. Y que los asnos son aquellos por los que la divina bendición y gracia llueve sobre los hombres de manera que ¡ay de aquellos que quedan privados de su asno!, se puede ver muy bien ciertamente por la importancia de aquella maldición que resuena en el *Deuteronomio* cuando Dios amenazó diciendo: «¡Que tu asno te sea arrebatado en tu presencia y no te sea devuelto!»<sup>12</sup>.

¡Maldito el reino, desafortunada la república, desolada la ciudad, desolada la casa de donde es proscrito, apartado y alejado el asno! ¡Ay del sentido, conciencia y alma que no participan de la asinidad! Existe un adagio muy socorrido, *ab asino excidere*<sup>13</sup>,

<sup>9</sup> *Jueces* 5, 1,3 y 10.

<sup>10</sup> *Exodo* 23,4: «Si occurreris bovi inimici tui, aut asino erranti, reduc ad eum».

<sup>11</sup> *Lucas* 13, 14-15 y 14,5.

<sup>12</sup> *Deut.* 28,31.

<sup>13</sup> Erasmo: *Adagiorum Chiliades* (París 1579): col. 219, n.º 631: «Ab asino delap-



para significar el ser destruido, deshecho, despachado. Orígenes Adamancio, reconocido entre los doctores ortodoxos y sagrados, pretende que el fruto de la predicación de los setenta y dos discípulos está significado en los setenta y dos mil asnos que el pueblo israelita ganó contra los moabitas, dado que cada uno de aquellos setenta y dos ganó mil, es decir, un número perfecto de 851 liberándolas de la tiranía de Satán<sup>14</sup>. Añádase a esto que a los hombres más devotos y santos, amantes y cumplidores de la antigua y de la nueva ley, se les llama asnos absolutamente y como privilegio particular. Y si no me creéis, id a estudiar lo que está escrito en aquel evangelio: «el asna y el pollino soltadlos y traédme los»<sup>15</sup>. Id a ver los discursos que hacen los teólogos hebreos, griegos y latinos a propósito de aquel pasaje del libro de los *Números*: «*Aperuit Dominus os asinae, et locuta est*»<sup>16</sup>. Mirad cómo concuerdan tantos otros lugares de las Sagradas Escrituras, donde frecuentemente se presenta a Dios providente abriendo la boca de diferentes individuos divinos y proféticos, como aquél que dijo: «Oh, oh, oh, Señor, que yo no sé hablar»<sup>17</sup>. Y allí donde dice: «Abrió el Señor su boca»<sup>18</sup>. Otras muchas veces se dice: «*Ego ero in ore tuo*»<sup>19</sup>; muchas veces se le suplica: «Abre, Señor, mis labios y mi boca publicará tu alabanza»<sup>20</sup>. Además en el Nuevo Testamento se dice: «Los mudos hablan, los pobres evangelizan»<sup>21</sup>.

sus»: «in eos dicitur, qui inconsulte quippiam agunt et imperite; aut in eos qui a praesentibus commodis, quibus ob inscitiam uti nesciunt, excidunt». Bruno parece aquí, como en otros muchos lugares, citar de memoria.

<sup>14</sup> *Números* 31, 32-35 y *Lucas* 10,1.

<sup>15</sup> *Mateo* 21,2: Es el texto de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalén, a la cual y a cuya interpretación figurada de los dos animales se refiere irónicamente Bruno en varias ocasiones a lo largo de la *Cábala*. Vid. *infra* pp. 87, 88 s., 93, 108, 112 (con traducción italiana de todo el pasaje).

<sup>16</sup> *Núm.* 22, 28, a propósito del asna de Balaam, episodio al que hará referencia Bruno más abajo (pp. 103 s.) y que es de presencia constante en la literatura sobre la asinidad.

<sup>17</sup> *Jeremías* 1,6.

<sup>18</sup> *Ezequiel* 3,27.

<sup>19</sup> *Exodo* 4,12.

<sup>20</sup> *Salmos* 50,17.

<sup>21</sup> *Lucas* 7, 22: «Caeci vident, claudi ambulat, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur»; una nueva e inexacta cita de memoria.

Todo está representado figuradamente por aquello de el Señor abrió la boca del asna y ella habló. Por la autoridad de ésta, por su boca, voz y palabras se ve domada, vencida y pisoteada la vanidosa, soberbia y temeraria ciencia secular y se ve reducida al nivel del suelo toda altura que se atreva a levantar la cabeza hacia el cielo, porque Dios ha elegido las cosas débiles para confundir a las fuerzas del mundo<sup>22</sup>; ha puesto en reputación las cosas necias, dado que lo que por la sabiduría no podía ser restituido, ha quedado reparado por la santa estulticia e ignorancia<sup>23</sup>. Por eso queda reprobada la sabiduría de los sabios y rechazada la prudencia de los prudentes<sup>24</sup>. Necios del mundo han sido los que han formado la religión, las ceremonias, la ley, la fe, la regla de vida; los mayores asnos del mundo (que son los que privados de cualquier otro sentido y doctrina y vacíos de toda vida y costumbre civil se pudren en la perpetua pedantería) son aquellos que por la gracia del cielo reforman la profanada y corrompida fe, medican las heridas de la llagada religión y suprimiendo los abusos de las supersticiones reparan las rasgaduras de sus vestiduras<sup>25</sup>; no son aquellos que con impía curiosidad van y fueron siempre escrutando los arcanos de la naturaleza y computando las vicisitudes de las estrellas. Mirad si tienen o tuvieron jamás el mínimo interés por las causas secretas de las cosas<sup>26</sup>; si tienen algún miramiento por la disipación de reinos, dispersión de pueblos, incendios, derramamientos de sangre, ruinas y exterminios.

<sup>22</sup> «*Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia*», I *Corintios* 1, 27.

<sup>23</sup> «*Sed quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes*» I *Corintios* 1,27; «*Nam quia in Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum, placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes*», *ibidem* 1,21. Cfr. además *Efesios* 2, 8-9: «*Gratis enim estis salvati per fidem, et hoc non ex vobis, Dei enim donum est; non ex operibus, ut ne quis gloriatur*». Vid. Erasmo: *Morias Encomium* 497 A. Para la presencia de motivos erasmianos en esta «declamación» véase nuestra introducción, § V.

<sup>24</sup> I *Corintios* 1,19: «*Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium et prudentiam prudentium reprobabo*».

<sup>25</sup> Referencia sarcástica a la autoconciencia de la Reforma, caracterizada (tras una aparente loa) como *asinidad* y *pedantería*. Sobre la caracterización de la Reforma como pedantería vid. las notas 3 y 4 a la epístola dedicatoria y los diálogos I,3 y II,1 de la *Expulsión de la bestia triunfante*.

<sup>26</sup> Bruno parece aquí apropiarse de un pasaje del *Elogio de la locura* erasmiano, aplicado por el humanista holandés a los hombres de la Edad de Oro: «*Porro religiosiores erant quam ut impia curiositate arcana naturae, siderum mensuras, motus, effectus, abditas rerum causas scrutarentur*» (col. 434 A).



nios<sup>27</sup>; si se preocupan de que el mundo entero perezca por causa de ellos con tal de que la pobre alma quede salvada, con tal de que se construya el edificio en el cielo, con tal de que se reponga el tesoro en aquella bienaventurada patria, sin preocuparse lo más mínimo por la fama, bienestar y gloria de esta frágil e insegura vida en pro de aquella otra certísima y eterna. Estos han sido significados mediante la alegoría de los antiguos sabios (a los que el espíritu divino no ha querido dejar de revelar alguna cosa, al menos para hacerlos inexcusables) en aquel juicioso apólogo de los dioses que combatieron contra los gigantes rebeldes, hijos de la tierra y atrevidos depredadores del cielo, a los que con la voz de los asnos confundieron, aterraron, espantaron, vencieron y domaron<sup>28</sup>. Lo mismo está suficientemente claro cuando, alzando el velo de la sacra figura, atienden los ojos al sentido anagógico de aquel divino Sansón que con la quijada asinina quitó la vida a mil filisteos<sup>29</sup>, porque dicen los santos intérpretes que en la quijada del asna, esto es, de los predicadores de la ley y ministros de la sinagoga y en la quijada del pollino de los asnos, esto es, de los predicadores de la nueva ley y ministros de la iglesia militante<sup>30</sup>, *delevit eos*, esto es, borró, suprimió a esos mil,

<sup>27</sup> Son, en opinión de Bruno, los perniciosos efectos de la Reforma (y por extensión del cristianismo) que él veía profetizados por Hermes Trismegisto en el famoso «lamento» del *Asclepius*. Vid. *Expulsión* pp. 174 ss. y 265 ss.

<sup>28</sup> Cfr. *Scholia in Germanicum* (en Hyginus: *Fabularum liber*, París, 1578 p. 183r-v): «cum adversus Gigantes dii bellum agerent, idem Liber et Vulcanus et Satyri asinis insidentes, profecti sunt ad pugnam. Quod genus viso tumultu, diro cum murmure rugissent, gigantes eorum voce terribi fugerunt, et confestim dii de gigantibus triumphaverunt et iccirco una cum praesepio suo astris sunt illati et in signo nobilis cancri positi».

<sup>29</sup> *Jueces* 15, 15-17. Pasaje ya usado por Agrippa de Nettesheim: «Nonne Sampson in maxilla asini, in mandibula pulli asinarum percussit et delevit viros Philistaeorum?» (*Encomium asini*, loc. cit., p. 310).

<sup>30</sup> Bruno hace mención del asna y pollino con que Cristo hizo su entrada triunfal en Jerusalén (Cfr. *supra* nota 15, *infra* p. 89 y el «soneto... sobre el significado del asna y el pollino» p. 93), recogiendo la usual interpretación de los mismos como figuras o tipos del pueblo de Israel y de la nueva Iglesia de Cristo. Vid., por ejemplo I. P. Valerianus: *Hieroglyphica, sive de sacris aegyptiorum aliarumque gentium litteris commentarii*, Basilea, 1575, p. 88: «Asina enim illa, ut Graeci theologi deprehenderent, populi prioris symbolum fuit, quae scripti onus pertulerit, est enim animal ad onera tantum et labores genitum, ut Eucherius dicit, super quam Apostoli vestimenta sua iniecerunt, hoc est, veterem hominem exuere. Pullus vero de quo Zaccarias [9,9] Ecce rex tuus veniet tibi iustus et salvator ipse pauper, sedens super pullum asinae, propter

a ese número perfecto, a todos, tal como está escrito: «cayeron a tu lado mil y a tu derecha diez mil» y se llama a ese lugar Ramathlechi, esto es, exaltación de la quijada. De esa quijada provino como fruto de la predicación no sólo la ruina de los poderes enemigos y odiosos, sino también la salud de los regenerados, porque de la misma quijada, esto es, en virtud de la misma predicación, han salido y comparecido aquellas aguas que promulgando la divina sabiduría difunden la gracia celeste y hacen a los que beben de ellas dignos de la vida eterna<sup>31</sup>.

¡Oh, pues, fuerte, victoriosa y triunfante quijada de un asno muerto! ¡Oh, divina, grata y santa quijada de un pollino difunto! ¿Qué debe ser de la santidad, gracia y divinidad, fortaleza, victoria y triunfo del asno completo, entero y viviente —asno, pollino y madre—, si tanta es la gloria y exaltación de este hueso y sacrosanta reliquia? Y me dirijo a vosotros, queridísimos oyentes, a vosotros, a vosotros me dirijo, amigos lectores de mi escritura y oyentes de mi voz, y os digo y os advierto, y os exhorto y os conjuro a que volváis en vosotros mismos. Huid de vuestro mal, tomad el partido de vuestro bien, apartaos del mortal orgullo del corazón, retiraos a la pobreza del espíritu, sed humildes de mente, renunciad a la razón, extinguid esa ardiente luz del intelecto que os inflama, os quema y os consume; huid de esos grados de ciencia que de seguro aumentan vuestros dolores<sup>32</sup>; renegad de todo conocimiento, someteos a la santa fe, sed aquella bendita asna, reduciós a aquel glorioso pollino por los cuales

pristinam imperitiam, iuniorum indicabat populum, asinae quidem filium, ut Evangelistae cum plerisque aliis reddidere... plerique Gentilium nationem appellarunt, quae Christum insidentem tulit, promissamque a prophetis et legem salutem minime desperavit».

<sup>31</sup> *Jueces* 15, 19: «Aperuit itaque Dominus molarem dentem in maxilla asini, et egressae sunt ex eo aquae. Quibus haustis, refocillavit spiritum, et vires recepit». Bruno, sin embargo, parece pensar en la caracterización que Cristo hace de sí mismo como fuente de vida eterna: «omnis qui bibit ex aqua hoc, sitiet iterum; qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum, sed aqua quam ego dabo ei, fiet ei fons aquae salientis in vitam aeternam» (*Juan* 4, 13-14). Precisamente esta dimensión regeneradora de Cristo (en función de la fe en él: «qui credit in me, non sitiet unquam», *Juan* 6, 35) había sido ridiculizada por Bruno en la *Expulsión* en la constelación del río Eridano (pp. 286 s.), lugar al que ascenderá —como dice la *Cábala*; vid. *infra* p. 96— la Asinidad en concreto.

<sup>32</sup> *Eclesiastes* 1, 18: «In multa sapientia multa sit indignatio; et qui addit scientiam, addit et laborem».



únicamente dijo el redentor del mundo a sus ministros: «Id al pueblo que está enfrente de vosotros», es decir, id por todo el mundo sensible y corpóreo que como simulacro se opone y sustituye al mundo inteligible e incorpóreo. «Encontraréis el asna y el pollino atados», es decir, hallaréis el pueblo hebreo y gentil sometido y tiranizado por la cautividad de Belial.

Dice además: «Desatadlos», sacadlos de la cautividad mediante la predicación del Evangelio y la efusión del agua bautismal; y «traédmelos», para que me sirvan, para que sean míos, para que llevando el peso de mi cuerpo, es decir, de mi santa institución y ley sobre las espaldas y guiados por la rienda de mis divinos consejos, sean hechos dignos y merecedores de entrar conmigo en la Jerusalén triunfante, en la ciudad celeste<sup>33</sup>. Veis entonces quiénes son los redimidos, quiénes son los llamados, quiénes son los predestinados, quiénes son los salvados: el asna, el asnillo, los simples, los pobres de razonamiento, los parvulillos, los que hablan como niños; ellos, ellos entran en el reino de los cielos<sup>34</sup>; ellos, por desprecio del mundo y de sus pompas, desprecian las vestimentas, han proscrito de sí todo cuidado del cuerpo, de la carne que envuelve el alma, se la han puesto bajo los pies, la han tirado por tierra para que el asna y su querido asnillo puedan pasar más gloriosa y triunfalmente<sup>35</sup>.

Rogad, rogad a Dios, carísimos, que si no sois todavía asnos os haga volveros asnos. Basta con que lo queráis, porque de cierto  
855 de cierto se os concederá la gracia sin dificultad alguna, ya que, aunque seáis asnos por naturaleza y la disciplina común no sea más que una asinidad, debéis advertir y considerar muy bien si sois asnos según Dios; quiero decir, si sois aquellos desafortunados que permanecen atados delante de la puerta o bien aquellos otros afortunados que entran dentro. Recordad, fieles, que nuestros primeros padres eran gratos a Dios y disfrutaban de su gracia, de su salvaguardia, contentos en el paraíso terrestre, en aquel

<sup>33</sup> Mateo 21, 1-2: «Et cum appropinquassent Ierosolymis... tunc Iesus misit duos discipulos dicens eis: Ite in castellum quod contra vos est, et statim invenietis asinam alligatam, et pullum, cum ea. Solvite, et adducite mihi». Cfr. *supra* nota 30.

<sup>34</sup> Mateo 5,3: «Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum» y 19,14: «Sinite parvulos, et nolite eos prohibere ad me venire, talium est enim regnum caelorum».

<sup>35</sup> Mateo 21,8: «Plurima autem turba straverunt vetimenta sua in via», se dice de la entrada de Cristo en Jerusalén.

tiempo en que eran asnos, es decir, simples e ignorantes del bien y del mal; cuando podían creer una mentira que les fuera dicha por la serpiente; cuando se les podía dar a entender incluso que aunque Dios había dicho que morirían, podía ocurrir lo contrario<sup>36</sup>. En tal disposición de ánimo eran gratos, eran aceptos, ajenos a todo dolor, preocupación y molestia. Recordad también que Dios amó al pueblo hebreo cuando estaba afligido y era esclavo, vil, oprimido, ignorante, bestia de carga, portador de canastas, burro, de forma que no le podía faltar más que la cola para ser asno natural bajo el dominio de Egipto. Entonces fue llamado por Dios pueblo suyo, gente suya, su pueblo elegido<sup>37</sup>. Fue llamado perverso, criminal, réprobo, adúltero, cuando se sometió a las disciplinas, dignidades, grandezas, y fue semejante a los demás pueblos y reinos honrados según el mundo<sup>38</sup>. Todo el mundo alaba la edad de oro, cuando los hombres eran asnos, no sabían trabajar la tierra, no sabían dominarse el uno al otro, saber más que el otro, cuando tenían por techo los antros y las cavernas, se daban por detrás como hacen las bestias, no había tantos encubrimientos y sospechas, tantos condimentos de lujuria y gula; todas las cosas eran comunes; las manzanas, las castañas, las bellotas, eran el alimento en la forma en que las produce la madre naturaleza<sup>39</sup>. Todos saben cómo no tan sólo en la especie  
856 humana, sino también en todas las especies animales, la madre ama más, acaricia más, mantiene más contento y ocioso, lejos de cuidados y fatiga, abraza, besa, aprieta, custodia al hijo pequeño, como aquel que no conoce el mal ni el bien, es como un cordero, como una bestia, es un asno, no sabe hablar, no puede discurrir tanto; y a medida que le va creciendo el sentido y la prudencia, se le va agotando progresivamente el amor, el cuidado, la piadosa devoción que le prestaban sus padres<sup>40</sup>. No hay enemigo que no

<sup>36</sup> Génesis 3, 4-5: «Dixit autem serpens ad mulierem: Nequaquam morte moriemini. Scit enim Deus quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri et eritis sicut dii, scientes bonum et malum». Sobre la auténtica posición bruniana acerca del motivo del paraíso terrenal o edad de oro, vid. *Expulsión*, diálogo III,1.

<sup>37</sup> Vid. por ejemplo *Exodo* 3,7; 6,7; 19,5.

<sup>38</sup> Cfr. por ejemplo *Isaias* 1,4; 2,6 ss.; *Jeremías* 2,5 ss.; 10,1 ss.

<sup>39</sup> Vid. el parlamento del Ocio en el diálogo III,1 de la *Expulsión* (pp. 222-225) y las fuentes clásicas allí recogidas.

<sup>40</sup> Bruno evoca aquí un motivo desarrollado por Erasmo en el *Elogio de la locura* (413 A-B).



se compadezca, a quien no ablande y no conceda su favor a aquella edad, a aquella persona que no es todavía viril, que no ha sido ganada por el demonio, que no es adulta, varonil, astuta, barbada, fuerte, madura. Por eso dijo un profeta cuando quiso suscitar en Dios piedad y conmiseración en su Señor: «*Ab, ab, ab, Domine, quia nescio loqui*», donde con su rebusno y sentencia muestra ser asno. Y en otro lugar dice: «*Quia puer sum*»<sup>41</sup>. Por eso cuando se desea la remisión de la culpa, se presenta muchas veces la causa en los libros divinos diciendo: «*Quia stulte egimus, stulte ege-*  
857 *runt, quia nesciunt quid faciant, ignoramus, non intellexerunt*»<sup>42</sup>. Cuando se quiere pedirle un favor mayor y adquirir entre los hombres mayor fe, gracia y autoridad, se dice en un pasaje que los apóstoles eran tenidos por borrachos<sup>43</sup>; en otro pasaje que no sabían lo que decían porque no eran ellos los que hablaban<sup>44</sup>; y uno de los más notables, para mostrar cuánta simplicidad había en él, dijo que había sido raptado al tercer cielo, escuchado arcanos inefables y que no sabía si estaba muerto o vivo, si estaba en el cuerpo o fuera de él<sup>45</sup>. Otro dijo que veía los cielos abiertos<sup>46</sup> y otros tantos y tantos propósitos que afirman los elegidos de Dios a los que se ha revelado lo que está oculto a la sabiduría humana y es asinidad exquisita ante los ojos del discurso racional<sup>47</sup>. Porque estas locuras, asinidades y bestialidades son sabidurías, actos heroicos e inteligencias ante nuestro Dios, el cual llama sus polluelos, su rebaño, sus ovejas, sus párvulos, sus ne-

<sup>41</sup> Jeremías 1,6.

<sup>42</sup> I Samuel 13,13; II Samuel 24,20; Isaias 44,18; Lucas 23,34. Cfr. Erasmo: *Elogio de la locura*, 498 c.

<sup>43</sup> Hechos 2,13.

<sup>44</sup> I Timoteo 1,7: «volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quae loquantur, neque de quibus affirmant».

<sup>45</sup> En II Corintios 12, 2 ss. Pablo refiere su rapto en tercera persona y en los siguientes términos: «Scio hominem in Christo ante annos quatuordecim, sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio, Deus scit, raptum huiusmodi usque ad tertium caelum. Et scio huiusmodi hominem sive in corpore, sive extra corpus nescio, Deus scit, quoniam raptus est in paradysum, et audivit arcana verba, quae non licet homini loqui. Pro huiusmodi gloriabor, pro me autem nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis».

<sup>46</sup> S. Juan en Apocalipsis 19,11: «et vidi caelum apertum».

<sup>47</sup> Cfr. I Corintios 1,18: «Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est, iis autem qui salvi fiunt, id est nobis, Dei virtus est» y 3,18: «Nemo se seducat: si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat ut sit sapiens. Sapientia enim huius mundi, stultitia est apud Deum».

cios, su pollino, su asna, a aquellos que creen en él, lo aman y le siguen. No hay, no hay —digo— mejor espejo ante los ojos humanos que la asinidad y el asno, y que más explícitamente muestre según todos los números quién ha de ser el que fatigándose en la viña del Señor debe esperar la retribución del dinero diario<sup>48</sup>, el goce de la cena beatífica, el reposo que sigue al curso de esta efímera vida. Ninguna conformidad mejor o similar nos conduce, guía y lleva a la salvación eterna más apropiadamente que esta verdadera sabiduría sancionada por la palabra divina, igual que —por el contrario— nada nos hace precipitarnos en el centro y en el abismo tartáreo más eficazmente que las contemplaciones filosóficas y racionales que nacen de los sentidos, crecen en la facultad discursiva y se maduran en el intelecto humano. Esforzáos, esforzáos, pues, por ser asnos, vosotros que sois hombres. Y vosotros que ya sois asnos, tratad, procurad, cuidad de proceder siempre de bien en mejor a fin de que alcancéis aquel 858 término, aquella dignidad que no se adquiere mediante las ciencias y las obras, por muy grandes que sean, sino por fe, y que no se pierde por ignorancia y delitos, por muy enormes que sean, sino por la incredulidad, tal como dicen siguiendo al Apóstol<sup>49</sup>. Si así os disponéis, si tales sois y de esta manera os gobernáis, os encontraréis inscritos en el libro de la vida<sup>50</sup>, obtendréis la gracia en esta iglesia militante y alcanzaréis la gloria en la triunfante, en la cual vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Que así sea.

## FINIS

<sup>48</sup> Vid. Mateo 20, 1-2: «Simile est regnum caelorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam. Conventione autem facta cum operariis ex denario diurno, misit eos in vineam suam». Sobre la cena beatífica vid. Lucas 14, 15-24.

<sup>49</sup> Vid. San Pablo en la epístola a los Gálatas 2, 16 y 21: «sicentes autem quod non iustificatur homo ex operibus legis, nisi per fidem Iesu Christi, et nos in Christo Iesu credimus, ut iustificemur ex fide Christi et non ex operibus legis, propter quod ex operibus legis non iustificabitur omnis caro... Si enim per legem iustitia, ergo gratis Christus mortuus est»; cfr. Romanos 3, 21-28. Bruno tiene presente sobre todo la formulación reformada de la doctrina en el siglo XVI. Véase la reivindicación de la *lex* y la burla sarcástica de la *justicia de la fe* desarrollada en los diálogos I,3 y II,1 de la *Expulsión*.

<sup>50</sup> Cfr. Apocalipsis 3,5: «Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis et non delebo nomen eius de libro vitae, et confitebor nomen eius coram Patre meo et coram angelis eius». Vid. también Apoc. 13,8.



SONETO MUY PIADOSO

859

SOBRE EL SIGNIFICADO DEL ASNA  
Y DEL POLLINO

—«Id al pueblo que tenéis enfrente  
y hallaréis al asna con su hijo.  
Soltadlos y cogiéndolos  
los traeréis a mí, siervos míos santos.  
Si alguno, para impedir misterios tales,  
levanta contra vosotros algún murmullo,  
le responderéis con gesto altivo  
que el gran Señor los quiere hacer triunfantes»<sup>1</sup>.  
Así dice la Sagrada Escritura  
para señalar la salvación de los creyentes  
en el redentor de la naturaleza humana.  
Los fieles de Judá y de las naciones  
con vida igualmente simple y pura  
podrán subir a aquellos escaños eminentes.  
Devotos y pacientes  
vienen a hacerse pollino con la madre,  
contubernales de las angélicas escuadras.

<sup>1</sup> Mateo 21, 1-3; cit. *supra* «Declamación al lector», nota 33. El versículo 3 dice «et si quis vobis aliquid dixerit, dicite quia Dominus his opus habet; et confestim dimittet eos».



*Interlocutores: Sebasto, Saulino, Coribante*<sup>1</sup>

*Sebasto.*—Lo peor es que dirán que avanzas metáforas, cuentas fábulas, hablas en parábolas, tejes enigmas, acumulas semejanzas, tratas misterios, masticas tropologías.

*Saulino.*—Pero yo digo las cosas justo tal como ocurren y las pongo ante los ojos como verdaderamente son.

*Coribante.*—*Id est, sine fuco, plane, candide*; me gustaría que fuera de verdad como dices.

*Saulino.*—¡Ojalá quisieran también los dioses que hicieras tú otra cosa que engañar con éstas tu gesticulación, toga, barba y ceño<sup>2</sup>, igual que por lo que al ingenio se refiere *candide, plane*

<sup>1</sup> De los tres contertulios de este primer diálogo solamente Saulino es un personaje real. Se trata de Andrea Savolino, primo de Bruno por parte materna, protagonista de la *Expulsión de la bestia triunfante*. Su presencia en la *Cábala* garantiza la continuidad entre las dos obras y el carácter de esta última de conclusión de la *Expulsión*. Coribante representa la figura típica del «pedante», como el Prudencio y el Polimnio de *La Cena* y el *De la causa* o el *Manfurio* de la comedia *Il Candelaio*.

<sup>2</sup> Igual que hay más que muchos que bajo el ceño severo, el semblante sumiso, prolíja barba y toga magistral y grave, encierran expresamente, con daño universal,



et sine fuco presentas ante nuestros ojos la idea de la pedantería!

*Coribante.*—*Hactenus haec?* ¿Así que Sofía te llevó sitio por sitio, sede tras sede? <sup>3</sup>

*Saulino.*—Sí.

862 *Sebaste.*—¿Se te ocurre alguna cosa más acerca del destino dado a esas sedes?

*Saulino.*—De momento no, a no ser que vosotros mismos os aprestéis a darme ocasión de aclararos más puntos al respecto con vuestras preguntas y me despertéis la memoria, la cual no puede haberme sugerido ni la tercera parte de los notables asuntos dignos de consideración.

*Sebaste.*—Yo, a decir verdad, me he quedado tan pendiente del deseo de saber qué es lo que el gran padre de los dioses ha hecho suceder en aquellas dos sedes, boreal la una y austral la otra, que me ha parecido una eternidad ver el final de tu discurso, tan curioso, útil y digno; porque mi deseo de saberlo es suscitado aún más por tu retraso a la hora de hacérselo saber.

*Coribante.*—*Spes etenim dilata affligit animum, vel animam, ut melius dicam; haec enim mage significat naturam passibilem.*

863 *Saulino.*—Bien. En ese caso, para que no os atormentéis más esperando la resolución, sabed que en la sede inmediata al sitio donde estaba la Osa menor y al que sabéis ha sido exaltada la Verdad, lugar de donde ha sido expulsada la Osa mayor en la forma que habéis oído <sup>4</sup>, por determinación del mencionado consejo ha sucedido la Asinidad en abstracto. Y allí donde todavía veis en fantasía el río Eridano <sup>5</sup> han querido los mismos que se encuentre la Asinidad en concreto, a fin de que desde las tres

la ignorancia no menos vil que arrogante y la maldad no menos perniciosa que ostentosa», decía Bruno en la epístola explicativa de la *Expulsión* a propósito del pastor-teólogo reformado, figura que coincide con el pedagogo humanista en la categoría bruniana del «pedante», prototipo de la decadencia general del saber y de la total subversión de valores que culmina en el siglo XVI. De ahí su carácter de «silenos invertidos», esto es, la no correspondencia de su apariencia exterior positiva con su verdadera realidad perversa. Sobre el uso bruniano del famoso adagio erasmiano «Sileni Alcibiadis» vid. nuestra introducción a la *Expulsión*, § II.

<sup>3</sup> Referencia a la trama de la *Expulsión de la bestia triunfante*, donde Sofía relata a Saulino la reforma de las 48 sedes celestes, i.e., de las 48 constelaciones del cielo ptolemaico y copernicano (Vid. nuestra introducción a la *Expulsión*, § VI). De esta manera la *Cábala* se nos presenta como una continuación de la *Expulsión*.

<sup>4</sup> *Expulsión* p. 144.

<sup>5</sup> *Expulsión* pp. 105 y 286-287.

regiones celestes podamos contemplar la Asinidad, que estaba como oculta con sus dos lucecitas en la vía de los planetas, allí donde está el caparazón del Cangrejo <sup>6</sup>.

*Coribante.*—*Procul, o procul este, profani!* <sup>7</sup>. Es un sacrilegio, una profanación, el querer imaginarse (porque no es posible que así sea en realidad) que al lado de la honorable y eminente sede de la Verdad esté la idea de una especie tan inmunda e ignominiosa que ha sido tomada en sus jeroglíficos por los sabios egipcios como imagen de la ignorancia, según nos testimonia Horapolo en más de un lugar, igual que los sacerdotes babilonios pretendieron designar mediante la cabeza de asno unida al busto y cerviz humanos al hombre inexperto e ineducable <sup>8</sup>.

*Sebaste.*—No es necesario ir al tiempo y lugar de los egipcios, pues ni hay ni ha habido jamás pueblo alguno que no confirme lo que dice Coribante con su usual manera de hablar.

*Saulino.*—Por esta razón he dejado para el final la exposición de estas dos sedes, ya que llevados de la costumbre de decir y de 864 pensar me habríais tomado por un cuentista y habríais seguido escuchando con menos fe y atención mi descripción de la reforma de las demás sedes celestes, si no os hubiera hecho antes aptos para esa verdad mediante una prolija secuela de consideraciones, dado que estas dos sedes merecen por sí solas al menos tanta consideración como riqueza veis que reside en dicho argumento. ¿No habéis oído nunca que la locura, ignorancia y asinidad de este mundo es sabiduría, doctrina y divinidad en el otro? <sup>9</sup>.

<sup>6</sup> La constelación zodiacal del Cangrejo alberga, en la forma de dos estrellas de pequeña magnitud, a los Asnos sobre cuyo catasterismo vid. «*Declamación al lector*» nota 28. Vid. *Expulsión* p. 132 y nuestra introducción a esta obra.

<sup>7</sup> Virgilio: *Eneida* VI, 258.

<sup>8</sup> En la edición por nosotros consultada de Horapolo (Horus Apollo Niliacus: *De hieroglyphicis notis*, a Bernardino Trebatio Vicentino Latinitate donatus, Lugduni 1542) no hay tal mención. Aparece por el contrario en los *Hieroglyphica* de Valeriano, p. 87 C: «Rerum omnium ignarum per asellicipitem hominem ab Aegyptiis sacerdotibus significari, et Horus et plerique alii prodidere: eamque imperitiam in eo praecipue notari volebant, quae plurimum ex solitaria accidit educatione».

<sup>9</sup> Es la subversión de valores que —profetizada según Bruno por el *Asclepius* hermético; vid. *Expulsión* p. 265 s.— tiene lugar en el cristianismo. Vid. S. Pablo I *Corintios* 1, 23-25: «Nos autem praedicamus Christum crucifixum, Iudaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam, ipsis autem vocatis Iudaeis atque Graecis Christum Dei virtutem et Dei sapientiam, quia quod stultum est Dei, sapientius est hominibus»; 1,27: «quae stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes»; 3,19: «Sapientia enim huius mundi, stultitia est apud Deum».



*Sebasto*.—Así lo han dicho teólogos principales y de primer rango, pero jamás usaron un modo de decir tan prolijo como el tuyo.

*Saulino*.—Porque la cosa no ha sido explicada y aclarada jamás tal como yo voy a aclarárosla y explicárosla ahora.

*Coribante*.—Dí, pues, que te escucharemos con atención.

*Saulino*.—Para que no os espantéis cuando oigáis el nombre del asno, asinidad, bestialidad, ignorancia, locura, quiero poner en primer lugar ante los ojos de vuestra consideración y traerlos a la mente el pasaje aquel de cabalistas iluminados<sup>10</sup> que (con 865 luces distintas de las de Linceo, con otros ojos que los Argo)<sup>11</sup> profundizaron no digo ya hasta el tercer cielo, pero sí en el profundo abismo del universo supramundano y ensófico. Mediante la contemplación de esos diez Sefirotas, a los que llaman en nuestra lengua *miembros* y *vestimentas*, penetraron, vieron, concibieron *quantum fas est homini loqui*<sup>12</sup>. Allí están las dimensiones *Ceter, Hocma, Bina, Hesed, Geburah, Tipheret, Nezah, Hod,*

<sup>10</sup> Bruno compendia en el largo pasaje que viene a continuación el cap. X del tercer libro del *De occulta philosophia* de Agrippa de Nettesheim (Colonia 1533), titulado: «De emanationibus divinis, quas Hebraei numerationes, alii Attributiones; deque decem Sephiroth, ac decem sacratissimis dei nominibus illis praesentibus, eroundenque interpretatione». Bruno omite, sin embargo, las menciones que Agrippa hace de la Trinidad en las tres primeras numeraciones o dimensiones. Es muy significativo también que mientras Agrippa hace décima alma o motor (asistente de la esfera de los cuatro elementos, i.e., del mundo sublunar) «el alma del Mesías» (vid. también libro II, cap. XIII «De decade et eius scala», en *Opera* vol. I, p. 195), Bruno le atribuye Samael, es decir, el principio del mal y príncipe de los demonios elementales. No olvidemos que para Bruno la seducción que Cristo lleva a cabo del género humano se efectúa «con la mediación de genios enemigos» (*Expulsión* p. 284) y que en general el cristianismo —precisamente por su rechazo del saber humano y su entrega pasiva a la inspiración presuntamente divina— cae en las redes de los demonios o «genios perversos» (*ibidem* p. 272) a quienes confunde, precisamente por su ignorancia y asinidad, con la divinidad. Vid. en este sentido las consideraciones que hace Bruno en este mismo diálogo (*infra* pp. 107, 110 y sobre todo 111) donde la polémica con el *De servo arbitrio* luterano es patente.

<sup>11</sup> Linceo era famoso por la agudeza de su vista, pues la leyenda decía que veía a través de una tabla de roble (vid. Hyginus: *Fabularum liber*, cap. 14). Argo es el guardián de lo; dotado de un gran número de ojos; siempre tenía tantos ojos abiertos como cerrados. Ovidio narra en *Metamorfosis* I, 583-750 su muerte a manos de Hermes y su metamorfosis en pavo real.

<sup>12</sup> Referencia irónica, igual que unas pocas líneas más arriba, al rapto de S. Pablo al tercer cielo, del que el apóstol dice: «raptus est in paradysum, et audivit arcana verba, quae non licet homini loqui» (II *Corintios* 12,4). Vid. más arriba p. 91 otra mención de la historia.

*Iesod, Malchuth*, a la primera de las cuales llamamos *Corona*, a la segunda *Sabiduría*, a la tercera *Providencia*, a la cuarta *Bondad*, a la quinta *Fortaleza*, a la sexta *Belleza*, a la séptima *Victoria*, a la octava *Alabanza*, a la novena *Fundamento*, a la décima *Reino*. Dicen que a ellas responden diez órdenes de inteligencias, al primero de los cuales llaman *Haiioth heccados*, al segundo *Ophanim*, al tercero *Aralin*, al cuarto *Hasmalin*, al quinto *Choachin*, al sexto *Malachin*, al séptimo *Elohim*, al octavo *Benelohim*, al noveno *Maleachim*, al décimo *Issim*. Nosotros llamamos al primero de ellos *Animales santos* o *Serafines*, al segundo *ruedas formantes* o *Querubines*, al tercero *Angeles robustos* o *Tronos*, al cuarto *Efigies*, al quinto *Potestades*, al sexto *Virtudes*, al séptimo *Principados* o *dioses*, al octavo *Arcángeles* o *hijos de los dioses*, al noveno 866 *Angeles* o *Embajadores*, al décimo *Almas separadas* o *héroes*. De ahí derivan en el mundo sensible las diez esferas: 1. el primer móvil, 2. el cielo estrellado u octava esfera o firmamento, 3. el cielo de Saturno, 4. el de Júpiter, 5. el de Marte, 6. el del Sol, 7. el de Venus, 8. el de Mercurio, 9. el de la Luna, 10. el del Caos sublunar dividido en cuatro elementos. Les asisten diez motores o les están insitas diez almas: la primera *Metatron* o príncipe de los rostros, la segunda *Raziel*, la tercera *Zaphciel*, la cuarta *Zadkiel*, la quinta *Camael*, la sexta *Raphael*, la séptima *Aniel*, la octava *Michael*, la novena *Gabriel*, la décima *Samael*, bajo quien están cuatro terribles príncipes, el primero de los cuales es señor del fuego y es llamado por Job<sup>13</sup> *Behemoth*; el segundo es señor del aire y los cabalistas y el vulgo lo llaman *Beelzebub*<sup>14</sup>, esto es, príncipe de las moscas, *idest* de los volátiles inmundos; el tercero es el señor de las aguas y Job lo llama *Leviathan*<sup>15</sup>; el cuarto reina sobre la tierra, toda la cual recorre y circunda y Job lo llama *Sathan*<sup>16</sup>. Pues bien, ved aquí que según la revelación cabalística *Hocma*, a quien responden las formas o ruedas llamadas querubines, que influyen en la octava esfera, donde reside la virtud de la inteligencia de Raziel, el asno o asinidad es el símbolo de la sabiduría<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> Job 40, 10-19.

<sup>14</sup> IV *Reyes* 1,2; *Mateo* 12,24.

<sup>15</sup> Job 3,8; 40,20.

<sup>16</sup> Job 1, 6-7.

<sup>17</sup> «Apud Hebraeos, praecipue cabalisticos, asinus est sapientiae symbolum», J. P. Valerianus: *Hieroglyphica*, p. 91C.



867 *Coribante.—Parturient montes*<sup>18</sup>.

*Saulino.*—Algunos talmudistas aducen la razón moral de tal influjo, árbol, escala o dependencia, diciendo que el asno es símbolo de la sabiduría en los divinos sefirotas porque a quien quiere penetrar en los secretos y ocultos receptáculos de aquella le es absolutamente necesario ser sobrio y paciente y tener mostacho, cabeza y espalda de asno; debe tener el ánimo humilde, contenido y bajo y el sentido tal que no establezca diferencia entre los cardos y las lechugas<sup>19</sup>.

*Sebato.*—Yo creería más bien que los hebreos han tomado estos misterios de los egipcios<sup>20</sup>, quienes para tapar cierta ignominia suya quisieron ensalzar al cielo de esa manera al asno y la asinidad.

*Coribante.—Declara.*

*Sebato.*—Oco, rey de los persas, señalado por sus enemigos los egipcios mediante el simulacro del asno, cuando obtuvo la victoria sobre ellos y los redujo a la servidumbre, les obligó a adorar la imagen del asno y a sacrificarle el buey tan adorado por ellos, echándoles a la cara que su buey Opín o Apín sería inmolado al asno<sup>21</sup>. Los egipcios, pues, para ennoblecer ese su ver-

<sup>18</sup> Horacio, *Arte poética* v. 139: «Parturient montes, nascetur ridiculus mus».

<sup>19</sup> En su *Encomium asini* decía Agrippa: «Hunc [i.e. asinum] enim Hebraeorum doctores fortitudinis ac roboris excelsi, patientiaeque et clementiae symbolum esse exponunt, eiusque influxum a sephiroth, quod hocma, hoc est sapientia dicitur, dependere. Eius namque condiciones sapientiae discipulo necessariae maxime sunt: vivit enim exiguo pabulo, eoque qualicumque contentus, tolerantissimus penuriae, famis, laboris, plagarum, negligentiae, omnisque persecutionis patientissimus, simplicissimi ac pauperrimi spiritus, ut ne inter lactucas et carduos discernere sciat: corde innocenti ac mundo, ac bile carens, cum omnibus animantibus pacem habens, omnibusque oneribus patienter dorsum supponens» (*De incertitudine*, loc. cit., pp. 308 s.). Vid. un pasaje marcadamente similar en Valeriano: *Ieroglyphica*, p. 91c.

<sup>20</sup> Ya en la *Expulsión* había dicho Bruno: «está demostrado que los hebreos son excremento de Egipto y jamás ha habido quien haya podido simular con alguna verosimilitud que los egipcios hayan tomado algún principio digno o indigno de ellos. Por eso nosotros los griegos reconocemos como padres de nuestras fábulas, metáforas y doctrinas a la gran monarquía de la nobleza y las letras, a Egipto, y no a ese pueblo que jamás tuvo un palmo de tierra que fuera suyo por naturaleza o por justicia civil» (p. 277; para otras afirmaciones antijudías en esa obra vid. pp. 142, 218, 246, 267, 280, 284). De esta manera se enfrenta Bruno a la pretensión judeo-cristiana de una mayor antigüedad de la tradición judía con respecto a la pagana y restablece las tesis de los apologetas paganos, es decir, rechaza la visión cristiana de la historia de la humanidad como aparece formulada en *Romanos* 1, 18 ss.

<sup>21</sup> Plutarco en el *De Isis y Osiris* narra la siguiente historia sobre Oco (Artajerjes

868 gonzoso culto y tapar aquella mancha quisieron imaginarse razones del culto del asno, animal que de ser para ellos objeto de vituperio y burla pasó a ser objeto de reverencia<sup>22</sup>. De esta manera en punto de adoración, admiración, contemplación, honor y gloria, se lo hicieron después cabalístico, arquetípico, sefirótico, metafísico, ideal, divino. Además, el asno es animal de Saturno y de la Luna y los hebreos por naturaleza, ingenio y fortuna son saturnianos y lunares, gente siempre vil, mercenaria, solitaria, sin comunicación y relación con los demás pueblos, a los cuales desprecian salvajemente y por los cuales son a su vez mercedamente despreciados con toda razón<sup>23</sup>. Pues bien, los hebreos se hallaban en servidumbre y cautiverio en Egipto, donde estaban destinados a ser compañeros de los asnos llevando las cargas y sirviendo en las obras de construcción; allí en parte por ser leprosos, en parte porque supieron los egipcios que en esos apestados reinaba la complejión saturniana y asinina por el contacto que tenían con

III, 359-338 a.C.): «[los egipcios], que odiaban a Oco más que a todos los demás reyes persas, por ser un gobernante impío y abominable, le dieron el sobrenombre de «Asno» (ónos); y él dijo: «este asno se dará un festín con vuestro buey» y sacrificó a Apis según ha contado Dinón» (363c); «Oco sacrificó finalmente a Apis y lo comió en compañía de sus amigos» (355c). Valeriano se hace eco de la historia en el capítulo dedicado al asno en sus *Hieroglyphica* (p. 90F) y añade que Oco «asini eos [i.e. egipcios] imaginem auream compulit adorare, quo nihil illi unquam ignominiosius accipere».

<sup>22</sup> Valeriano, *Ieroglyphica*: «Rerum omnium ignarum per asellicipitem hominem ab Aegyptiis sacerdotibus significari et Horus [i.e. Horapolo] et plerique alii prodidere (87c)... Asinum porro Aegyptii adeo impurum existimabant, ut animal etiam daemonicum arbitrarentur, propter quandam cum eo similitudinem... Oderant autem id animal Aegyptii, non propter imperitiam et ineptias tantum, et contumeliosam eius naturam, verum propter colorem etiam ex albo nigroque confucatum, quem a Deorum sacrificiis alienum abominabantur» (88C). Por lo demás, el asno es el animal de Seth, el principio antitético de Osiris en la imagen dualista egipcia de la naturaleza, y como tal objeto también de un cierto culto, a la vez que denostado como símbolo del mal; vid. sobre este punto E. A. Wallis Budge: *The Gods of the Egyptians*, N. York 1964, vol. II pp. 253 ss. y 367 s.

<sup>23</sup> Bruno sigue aquí la «historia» y caracterización del pueblo judío trazada por historiadores egipcios de la era helenística como Maneto, Ceremón y Lisímaco, cuya presentación —marcadamente hostil al judaísmo— había quedado preservada en Tácito —*Historiae* V, 2-5, donde es asumida como verídica— y en el *Contra Apión* del historiador judío Flavio Josefo, que la hace objeto de una refutación minuciosa (vid. F. Josefo: *Autobiografía. Contra Apión*, Madrid 1987, pp. 153-156 y 163-166). Valeriano se hace eco de las imputaciones, calificándolas de «manifestissimam calumniam» (*Hieroglyphica* p. 89C), pero Bruno les concede algún crédito en consonancia con su manifiesta aversión hacia lo judío.



esa raza, sostienen algunos que los expulsaron de sus territorios dejándoles en las manos el ídolo del asno de oro, que era el dios que se mostraba más propicio a esa gente, tan enemiga y contraria a todas las demás como Saturno a todos los planetas<sup>24</sup>. A partir de ahí, perseverando en su propio culto, dejando de lado las demás fiestas egipcias, celebraban en honor de su Saturno —representado en el ídolo del asno— los sábados y en honor de su luna los novilunios<sup>25</sup>, de forma que no solamente uno, sino todos los sefirotas también pueden ser asininos para los cabalistas judíos.

*Saulino.*—Dices muchas cosas auténticas, muchas cercanas a las auténticas historias, otras parecidas a las auténticas y algunas contrarias a las auténticas y sancionadas. Dices en consecuencia algunos propósitos verdaderos y buenos, pero nada dices bien y en verdad, despreciando y burlándote de ese pueblo santo del que ha salido toda la luz que se encuentra hasta hoy en el mundo y que promete dar durante tantos siglos<sup>26</sup>. Persistes así en tu idea de tener al asno y a la asinidad por algo vergonzoso, a pesar de que (con independencia de su consideración entre los persas, griegos y latinos) no fue sin embargo tenido por vil entre los egipcios y los hebreos. Por eso es una falsedad e impostura entre otras cosas eso de que ese culto asinino y divino ha tenido un origen en la fuerza y en la violencia y que no ha sido establecido más bien por la razón y obtenido su principio de la libre elección.

*Sebaste.*—*Verbi gratia*, fuerza, violencia, razón y libre elección de Oco.

<sup>24</sup> Sobre el culto judío al asno vid. Tácito: *Historiae* V, 4: «Moyses quo sibi in posterum gentem firmaret, novus ritus contrariosque ceteris mortalibus indicit. Profana illic omnia quae apud nos, sacra, rursus concessa apud illos quae nobis incesta. Effigiem animalis [i.e. del asno], quo monstrante errorem sitimque depullerant, penetranti sacravere»; y Flavio Josefo: *Contra Apión* p. 184 «Apión se atrevió a decir que en ese santuario los judíos habían colocado una cabeza de asno a la que daban culto y consideraban digna de tal veneración. Afirma que se desveló el asunto cuando, al saquear Antioco Epifanes el templo, se encontró aquella cabeza de oro». Sobre la adscripción saturniana del pueblo judío vid. Tácito, *ibidem* V, 2 y 4.

<sup>25</sup> Tácito recoge la interpretación del sábado judío como fiesta consagrada a Saturno, divinidad que presidía ese día en el calendario romano, *loc. cit.* V, 4. Sobre la fiesta de la luna nueva o neomenia vid. *Levítico* 23, 23–25 y *Números* 29, 1–6.

<sup>26</sup> Es decir, del pueblo del que ha salido Cristo, la perpetua luz del mundo: «Iterum ergo locutus est eis Iesus, dicens: Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulavit in tenebris, sed habebit lumen vitae» (*Juan* 8, 12 y cfr. 1; 1, 4–9). Vid. asimismo *Mateo* 5, 14–16: «Vos estis lux mundi... sic luceat lux vestra coram hominibus».

*Saulino.*—Yo me estoy refiriendo a una inspiración divina, a una bondad natural y a una inteligencia humana. Pero antes de pasar a demostrarlo, pensad un poco si estos hebreos y otros partícipes y consortes de su santidad tuvieron jamás o deben haber tenido o tener por algo malo la idea e influencia de los asnos. El patriarca Jacob, celebrando el nacimiento y sangre de su prole, los padres de las doce tribus en la figura de las doce bestias, mirad si se atrevió a dejar a un lado el asno. ¿No habéis notado que igual que hizo a Rubén carnero, a Simeón oso, a Leví caballo, a Judá león, a Zabulón ballena, a Dan serpiente, a Gad zorra, a Aser buey, a Neftalí ciervo, a José oveja, a Benjamín lobo, hizo también a su sexto hijo Isacar asno, insuflándole como testamento en el oído esa hermosa profecía bella y misteriosa: «Isacar, asno fuerte tendido entre los confines, ha hallado el descanso bueno y el terreno fertilísimo; ha ofrecido sus robustas espaldas al peso y está destinado al servicio tributario»?<sup>27</sup>.

Estas doce tribus sagradas responden aquí abajo a los altos doce signos del zodiaco situados en la cintura del firmamento, como veis que declaró el profeta Balaam cuando desde lo alto de una eminente colina las contempló dispuestas y separadas por la llanura en doce campamentos y dijo: «—Bienaventurado y bendito pueblo de Israel, sois estrellas, sois los doce signos dispuestos en tan hermoso orden de tan generosas manadas. Así prometió vuestro Jehová que multiplicaría la semilla de vuestro gran padre Abraham como las estrellas del cielo, es decir, según la razón de los doce signos del zodiaco, a los que significáis con los nombres de las doce bestias<sup>28</sup>.» Veis ahí cómo aquel profeta iluminado que tenía que bendecirlos en la tierra se presentó ante ellos montado sobre el asno, fue instruido en la voluntad divina por medio de la voz del asno<sup>29</sup>, llegó allí con la fuerza del asno,

<sup>27</sup> *Génesis* 49. La cita es de los versículos 14–15: «Issachar asinum fortis accubans inter terminos. Vidit requiem quod esset bona et terram quod optima; et supposuit humerum suum ad portandum, factusque est tributis serviens».

<sup>28</sup> El episodio de Balaam aparece en *Números*, caps. 22–24. La bendición de Israel que le atribuye Bruno no se corresponde con las bendiciones recogidas en el texto bíblico.

<sup>29</sup> «Aperuit Dominus os asinae [i.e. del asna de Balaam] et locuta est», *Números* 22, 28 (pasaje citado antes por Bruno, *supra* p. 85). La iluminación del profeta Balaam por su asna instrumento divino había sido ya utilizada por Agrippa en su *Encomium asini* (*loc. cit.*, pp. 309 s.).



montado sobre el asno tendió las manos a las tiendas y bendijo aquel pueblo de Dios santo y bendito para hacer evidente que aquellos asnos saturnianos y demás bestias que tienen influjo de los mencionados sefirotas, del asno arquetípico, debían ser partícipes de una bendición tan grande por medio del asno natural y profético.

*Coribante.*—*Multa igitur asinorum genera:* aúreo, arquetípico, indumental<sup>30</sup>, celeste, inteligencial, angélico, animal, profético, humano, bestial, gentil, ético, civil y económico; *vel* esencial, subsistencial, metafísico, físico, hipostático, nocional, matemático, lógico y moral; *vel* superior, medio e inferior; *vel* inteligible, sensible y fantástico; *vel* ideal, natural y nocional; *vel ante multa, in multis et post multa.* Continúa para que paulatim, gradatim atque pedetentim me resulte más claro, alto y profundo.

*Saulino.*—Volviendo, pues, a lo nuestro, no os debe parecer extraño que la asinidad haya sido colocada en sede celeste con ocasión de la distribución de las cátedras que hay en la parte superior de este mundo y universo sensible, ya que debe estar en correspondencia y reconocer en sí mismo cierta analogía con el mundo superior<sup>31</sup>.

*Coribante.*—*Ita contiguus hic illi mundus, ut omnis eius virtus inde gubernetur,* tal como también promulgó el príncipe de los peripatéticos al principio del primer libro de los *Metrológicos*<sup>32</sup>.

872 *Sebasto.*—¡Oh, qué ampulósidades, qué palabras sesquipedales las vuestras, doctísimo y altritronante<sup>33</sup> señor Coribante!

*Coribante.*—*Ut libet.*

<sup>30</sup> Adjetivo derivado de *indumenta*, i.e. indumentaria o vestimenta, los sefirotas como «miembros y vestimentas» de Dios. Cfr. *supra* p. 98.

<sup>31</sup> El mundo finito con su jerarquía y superioridad celeste —imagen del universo falsa y refutada por el infinito homogéneo bruniano— es asumido sin embargo en la *Expulsión* y la *Cábala* por razones de utilidad expositiva. Cfr. *Expulsión* p. 97: «Punto de partida y tema de nuestro trabajo es este mundo, tomado según como se lo imaginan necios matemáticos y como lo admiten físicos no más sabios entre los cuales los peripatéticos son los más vanos, no sin un fruto presente para nosotros: dividido en primer lugar en muchas esferas y distribuido después en unas cuarenta y ocho imágenes, en las que creen primeramente dividido un cielo octavo, estelífero, llamado vulgarmente *firmamento*. Cfr. nuestra introd. a la *Expulsión* § V.

<sup>32</sup> *Meteorología* I, 2, 339 a 21 ss. Bruno traduce casi literalmente.

<sup>33</sup> Así en el original bruniano. Más que de una errata de imprenta se trata seguramente de una burla del modo del hablar del «pedante» provocada por el error en la pronunciación de la obra de Aristóteles. Cfr. *Cena* I, p. 66.

*Sebasto.*—¡Pero dejad que avancemos en nuestro asunto y no nos interrumpáis!

*Coribante.*—*Prob!*

*Saulino.*—Nada está más cerca y emparentado con la verdad que la ciencia, a la cual se debe distinguir en las dos formas en que por sí misma se distingue, es decir: la superior y la inferior. La primera está por encima de la verdad creada y es la misma verdad increada, la causa de todo, dado que por ella son verdaderas las cosas verdaderas y todo aquello que, es verdaderamente eso mismo que es. La segunda es la verdad inferior, que ni hace las cosas verdaderas ni es las cosas verdades, sino que depende, es producida, formada e informada por las cosas verdaderas, y las aprehende no en verdad, sino en imagen y semejanza. Porque en nuestra mente, donde está la ciencia del oro, no se halla el oro en verdad, sino tan sólo en imagen y semejanza. Así que hay una clase de verdad que es causa de las cosas y se encuentra por encima de todas las cosas; otra clase que se encuentra en las cosas y es verdad de las cosas y una tercera y última que es después de las cosas y a partir de ellas. La primera tiene el nombre de causa, la segunda tiene el nombre de cosa, la tercera el nombre de conocimiento. La verdad según el primer modo está en el mundo arquetípico ideal, significada por uno de los sefirotas; la verdad según el segundo modo está en la primera sede, allí donde se halla el quicio del cielo más alto para nosotros<sup>34</sup>; la verdad según el tercer modo está en aquella otra sede de que hemos hablado y que justo al lado de la anterior influye en nuestros cerebros desde este cielo corpóreo, donde se encuentra la ignorancia, la estulticia, la asinidad, y de donde ha sido expulsada la Osa mayor. Así pues, igual que la verdad real y natural es examinada por la verdad nocional y ésta tiene aquella por objeto y aquella mediante su imagen tiene a ésta por sujeto, también es preciso que a aquel habitáculo esté unido y junto este otro<sup>35</sup>.

*Sebasto.*—Es cierto que según el orden de la naturaleza están próximas la verdad y la ignorancia o asinidad, igual que están

<sup>34</sup> Es decir, en el polo norte y en la sede de la Osa Menor; cfr. *Expulsión* p. 143. Sobre las consideraciones que está haciendo Saulino acerca de la verdad y el saber y sus diferentes clases véase el diálogo II,1 de la *Expulsión*, p. 163 ss.

<sup>35</sup> De esta manera la Ignorancia o Asinidad (en su aspecto positivo colocada en la sede de la Osa Mayor) es medio entre la Verdad (Osa Menor) por un lado y la Prudencia (Dragón) y Sabiduría (Cefeo) por otro.



unidos a veces el objeto, el acto y la potencia. Pero aclárame ahora por qué quieres unir y aproximar la ignorancia o asinidad antes que la ciencia o el conocimiento, ya que tan lejos se está de que la ignorancia y locura deban estar al lado y prácticamente habitar en el mismo sitio que la verdad, que deben estar más bien a la mayor distancia posible de ella, pues deben estar unidas a la falsedad, como cosas pertenecientes al orden contrario.

*Saulino.*—Porque la sabiduría creada, sin la ignorancia o locura y por consiguiente sin la asinidad que las representa y es idéntica a ellas no puede aprehender la verdad y por eso es necesario que sea mediadora, ya que igual que en el acto intermediario concurren los extremos o términos, el objeto y la potencia, así también en la asinidad concurren la verdad y el conocimiento llamado por nosotros sabiduría.

*Sebaste.*—Dime brevemente la razón.

874 *Saulino.*—Porque nuestro saber es ignorar o porque no hay ciencia de nada y no hay aprehensión de verdad alguna o porque si hay algún acceso a ella no lo hay más que por la puerta que nos abre la ignorancia, la cual es a la vez el camino, el portero y la puerta. Pues bien, si la sabiduría vislumbra la verdad a través de la ignorancia, la vislumbra por tanto a través de la estulticia y consiguientemente a través de la asinidad. De ahí que quien tiene tal conocimiento, tiene algo de asno y participa de esa idea.

*Sebaste.*—Muéstrame ahora que son verdaderas tus suposiciones, porque estoy dispuesto a concederte todas las consecuencias, ya que no tengo inconveniente en que quien es ignorante, en tanto que es ignorante es necio y quien es necio, en tanto que es necio es asno y por tanto toda ignorancia es asinidad.

*Saulino.*—A la contemplación de la verdad se elevan unos por la vía de la doctrina y del conocimiento racional, por la fuerza del intelecto agente que se introuce en el ánimo excitando la luz interior<sup>35</sup>. Estos individuos son raros, por lo cual dice el poeta:

<sup>35</sup>bis «Perciò che cotali privazioni di intendere, egli è un incitamento, e quasi come un acuto stimolo di voler sapere: e di sopra abbiamo detto che cotali privazione di sapere, è l'istessa ignoranza. Egli è adunque ignoranza un glagiardissimo e pongente sperone di voler intendere e sapere, il che non è cosa malvagia e trista, anzi buona e di molto bene, e di molti buoni effetti cagione», Giulio Landi: *Orazione della ignoranza* (cit. por N. Ordine: *La cabala dell'asino*, p. 131).

<sup>36</sup> Cfr. *De umbris idearum* (Opere latine conscripta vol. II, 1 p. 9): «Nec cessat intellectus atque sol iste sensibilis semper illuminare, ob eam causam quia nec semper

«Pauci, quos ardens evexit ad aethera virtus»<sup>37</sup>. Otros se vuelven hacia allí y se esfuerzan por llegar por la vía de la ignorancia. Algunos de ellos están afectados de esa ignorancia llamada de simple negación y tales individuos ni saben ni presumen de saber; otros de la llamada ignorancia de prava disposición y los tales cuanto menos saben y más embebidos están de falsas informaciones tanto más creen saber, por lo que para informarse de la verdad necesitan de un doble esfuerzo, esto es, deben abandonar el hábito contrario y adquirir el otro<sup>38</sup>. Otros individuos están afectados de aquella ignorancia ensalzada como adquisición divina y son los que ni afirmando ni pensando saber y siendo además creídos por los otros hombres ignorantísimos, resultan ser verdaderamente doctos por reducirse a aquella gloriosísima asinidad y locura. Algunos de ellos son naturales, como los que caminan con su luz racional, mediante la cual niegan con la luz del sentido y de la razón toda luz de razón y de sentido<sup>39</sup>; otros caminan o mejor dicho se hacen guiar por la antorcha de la fe, rindiendo el intelecto a quien se les monta encima y los endereza y guía a su gusto. Estos son verdaderamente los que no pueden errar, porque no caminan con el propio entendimiento falaz, sino con la luz inefable de una inteligencia superior. Ellos, ellos son los verdaderamente aptos y predestinados a llegar a la Jerusalén de la bea-

nec omnes animadvertimus» y el elogio que Bruno hace de sí mismo en el primer diálogo de *La Cena*: «La razón humana, desde hace ya tanto tiempo oprimida, en ocasiones —lamentando en algún intervalo de lucidez su condición tan baja— se dirige a la divina y próspera mente que siempre en el oído interno le susurra...» No cabe duda de que Bruno se concibe a sí mismo como formando parte de este reducido y heroico grupo, cuya «caza de la sabiduría» describirá en el siguiente y último diálogo italiano: *De gli eroici furori*.

<sup>37</sup> Virgilio: *Eneida* VI, 126–131: «Facilis descensus Averno! noctes atque dies patet atri ianua Ditis/ sed revocare gradum superasque evadere ad auras/ hoc opus, hic labor est. Pauci, quos aequus amavit/ Iupiter aut ardens evexit ad aethera virtus./ dis geniti posuere».

<sup>38</sup> Sobre esta «ignorancia de prava disposición», la falsa representación dogmática del universo (el aristotelismo-ptolemaísmo), cfr. el primer diálogo de *La Cena*, pp. 74 ss. La variante anterior podría ser la «teología negativa», la primera especie de ignorancia que distingue Saulino en su siguiente intervención.

<sup>39</sup> Como resulta claro por la siguiente intervención de Saulino se trata de la posición fija y permanente de ignorancia representada por el escepticismo de corte académico y pirroniano, esto es, basada en consideraciones «naturales» de carácter epistemológico.



titud y a la visión abierta de la verdad divina, porque les monta aquel jinete sin el cual nadie puede conducirse hasta allí <sup>40</sup>.

*Sebato*.—He ahí cómo se distinguen las especies de ignorancia y de asinidad y cómo poco a poco voy consintiendo en conceder que la asinidad es una virtud necesaria y divina sin la cual el mundo estaría perdido y por la cual todo el mundo está salvado <sup>41</sup>.

*Saulino*.—Escucha a este respecto un principio para otra distinción más concreta: lo que une nuestro intelecto, que está en la sabiduría, a la verdad, que es el objeto inteligible, es una especie de ignorancia, según los cabalistas y ciertos teólogos místicos <sup>42</sup>; otra especie según los pirronianos, efécticos y similares; una tercera según teólogos cristianos, entre los cuales el de Tarso 876 la enzalza tanto más cuanto a juicio de todo el mundo es tenida por mayor locura <sup>43</sup>. Por la primera especie siempre se está negando, por lo cual se le llama ignorancia negativa que jamás se atreve a afirmar. Por la segunda especie siempre se está dudando y jamás se osa decidir o definir. Por la tercera especie todos los principios se tienen por conocidos, aprobados y manifiestos con seguridad sin ningún tipo de demostración y evidencia <sup>44</sup>. La primera especie está significada por el pollino errabundo y fugitivo; la segunda por una asna clavada en medio de dos caminos, sin que jamás se mueva, incapaz de decidir por cuál de los dos debe más bien encaminar sus pasos; la tercera por el asna con su pollino que llevan sobre sus espaldas al redentor del mundo, donde

<sup>40</sup> Esta nueva variante de ignorancia —coincidente con la tercera especie de que habla Saulino en su siguiente intervención— es la «fideísta» cristiana, esto es, la del que se entrega completamente en manos de Dios como guía. Para una mayor aclaración del motivo del «jinete» que monta al «asno cristiano», donde se expresa una referencia sarcástica a la posición luterana formulada en el *De servo arbitrio*, vid. *infra* p. 111

<sup>41</sup> Efectivamente, desde la ignorancia se esfuerza por conquistar el saber el «héroe» de los *Eroici furori*, i.e., el filósofo auténtico; por otra parte «placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes» (I *Corintios* 1,21).

<sup>42</sup> La «teología negativa» que se describe en las pp. 110-111 con referencia a la tradición rabinica y a Dionisio Areopagita.

<sup>43</sup> I *Corintios* 1, 18-31.

<sup>44</sup> Cfr. I *Corintios* 2, 14-16: «Animalis autem homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei, stultitiam enim est illi, et non potest intelligere, quia spiritualiter examinatur. Spiritualis autem iudicat omnia, et ipse a nemine iudicatur. Quis enim cognovit sensum Domini, qui instruat eum? Nos autem sensum Christi habemus».

el asna —según enseñan los doctores sagrados— es imagen del pueblo judío y el pollino del pueblo gentil que como hija iglesia nace de la madre sinagoga, perteneciendo tanto los unos como los otros al mismo pueblo procedente del padre de los creyentes, Abraham. Estas tres especies de ignorancia, como si de tres ramas se tratara, se reducen a un tronco común, sobre el cual influye desde el ámbito arquetípico la asinidad y que está firmemente plantado en las raíces de los diez sefirotas.

*Coribante*.—¡Hermoso significado! Esto no son persuasiones retóricas, ni sofismas capciosos, ni probabilidades tópicas, sino 877 demostraciones apodícticas, por las cuales el asno no resulta un animal tan vil como vulgarmente se cree, sino de una condición mucho más heroica y divina.

*Sebato*.—No vale la pena que sigas esforzándote, Saulino, para llegar a concluir lo que yo pedía que me establecieras, porque has dejado satisfecho a Coribante y además a partir de los términos medios establecidos cualquier buen entendedor puede quedar fácilmente satisfecho. Mas, por favor, hazme ahora saber las razones de la sabiduría que consiste en la ignorancia y asinidad *iuxta* el segundo modo, quiero decir: con qué razón participan de la asinidad los pirronianos, efécticos y otros filósofos académicos, porque sobre las especies primera y tercera no me cabe duda alguna de que están separadísimas y alejadísimas de los sentidos y son clarísimas, de manera que no hay ojo que no las pueda conocer.

*Saulino*.—Enseguida daré satisfacción a tu pregunta <sup>45</sup>, pero quiero que antes observes que los modos primero y tercero de estulticia y asinidad coinciden en cierta manera en un solo y por eso tienden a partir de un principio incomprensible e incabable a constituir aquel conocimiento que es disciplina de las disciplinas, doctrina de las doctrinas y arte de las artes. A este respecto quiero decirte de qué manera con poco o ningún estudio y sin fatiga alguna ha podido y puede ser capaz del mismo todo el que quiere y quiso. Vieron y consideraron aquellos santos doctores y rabinos iluminados que los soberbios y presuntuosos sabios del mundo, que tenían confianza en el propio ingenio y con temeraria y 878 engreída presunción se han atrevido a elevarse a la ciencia de los

<sup>45</sup> Bruno postpone el tratamiento del escepticismo hasta la tercera parte del diálogo segundo (pp. 134 ss.).



secretos divinos y a los lugares más recónditos de la divinidad (igual que los que edificaron la torre de Babel), han quedado confundidos y dispersos, habiéndose cerrado ellos mismos el paso, de resultas de lo cual quedaron ineptos para la sabiduría divina e incapaces de ver la verdad eterna. ¿Qué hicieron? ¿Qué partido tomaron? Detuvieron sus pasos, plegaron o bajaron los brazos, cerraron los ojos, proscribieron toda atención y estudio propios, censuraron cualquier pensamiento humano, renegaron de todo conocimiento natural y a fin de cuentas se mantuvieron como asnos. Y los que no lo eran se transformaron en ese animal: alzaron, extendieron, agudizaron, engordaron y engrandecieron las orejas y concentraron y unieron todas las potencias del alma en el oído, limitándose a escuchar y creer, como aquél de quien se dice: *In auditu auris obedivit mihi*<sup>46</sup>. Concentrándose en el oído y sometiendo su facultad vegetativa, sensitiva e intelectual, han apresado los cinco dedos en una uña, para que no puedan —como Adán— extender las manos para coger el fruto prohibido del árbol de la ciencia, con lo que se verían privados de los frutos del árbol de la vida<sup>47</sup>, o como Prometeo (que es metáfora de lo mismo) extender las manos para robar el fuego de Júpiter<sup>48</sup> y

<sup>46</sup> *Salmo* 17, 45. Resulta difícil no pensar en el pasaje paulino: «Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi» (*Romanos* 10, 17). El oído es para Bruno una facultad eminentemente pasiva y designa la posición existencial misma de la pasividad, estancamiento, inactividad u ocio, en suma: la matriz de la que resulta la «pedantería» como sumisión e imitación *literal* de la tradición, tanto en el ámbito humanista como en el ámbito cosmológico (la ciega sumisión al texto de Aristóteles) o religioso (la fe en la Palabra literal). Vid. en el elogio de Copérnico expuesto en *La Cena* la contraposición entre el oído pasivo y el ejercicio activo de la inteligencia: «[¿Quién pondrá a Copérnico] en el saco de la gregaria multitud que discurre, se guía (se precipita más bien) por el sentido del oído de una fe innoble y animal, en lugar de contarlo entre aquellos que gracias a su feliz ingenio han podido orientarse y elevarse con la fidelísima guía del ojo de la divina inteligencia?» (p. 67). Este estancamiento pasivo y ocioso produce una metamorfosis espiritual por la cual se produce el *asno* permanente. Cfr. en la *Expulsión* (obra cuyo tema fundamental es la metamorfosis y la mutación vicisitudinal de las cosas) el destino asnal que se atribuye a los reformados en el marco de la justicia cósmica (p. 151).

<sup>47</sup> *Génesis* 3,3 ss.

<sup>48</sup> Hesíodo: *Trabajos y días*, vv. 50 ss. Sobre la coincidencia en el significado de las fábulas griegas y judías vid. *Expulsión* pp. 295 ss. En este diálogo anterior a la *Cábala* Bruno había expresado su rechazo (tanto en el plano histórico como en el axiológico) del mito de la Edad de Oro o Paraíso Terrenal —vid. *ibidem* dial. III,1— proclamando una concepción del sujeto humano y de la cultura como auto-construcción humana desde el nivel de la barbarie (vid. especialmente pp. 227 ss.).

encender la luz en la potencia racional. De esta forma nuestros divinos asnos, privados del conocimiento y afecto propios, vienen a entender tal como se les sopla en el oído por las revelaciones de los dioses o de sus vicarios<sup>49</sup> y en consecuencia no se gobiernan según otra ley que la de aquellos mismos. Por eso no se vuelven a derecha ni a izquierda, sino que siguiendo la lección y razón que les da el cabestro o freno que los tiene por la garganta o por la boca, caminan según son tocados. Han engordado los labios, solidificado las quijadas, desarrollado los dientes, con el fin de que por muy duro, espinoso, áspero y fuerte de digerir que sea el alimento que se les ponga delante, no deje de ser apropiado a su paladar. Por eso se alimentan de pastos más rudos y groseros que cualquier otro animal que se alimente sobre el dorso de la tierra y todo eso para alcanzar esa vilísima bajeza por la que se vuelven dignos de una mayor exaltación, según aquello de que: *Omnis qui se humiliat exaltabitur*<sup>50</sup>.

*Sebato*.—Pero me gustaría saber cómo ese animalucho podrá distinguir que el que lo monta es Dios o el diablo<sup>51</sup>, un hombre u otra bestia no mucho mayor o menor, si lo que él debe tener

<sup>49</sup> *Romanos* 10, 17: «Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi»; cfr. *Colosenses* 1,8: «Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum».

<sup>50</sup> *Lucas* 14, 11: «Omnis qui se exultat humiliabitur; et qui se humiliat, exaltabitur». El pasaje bruniano trasluce en su ironía y ambivalencia su profundo desprecio por la actitud cristiana de consciente, voluntaria y sistemática actitud de autohumillación tanto física como espiritual, a la cual contraponen la búsqueda de la gloria mundana por la religión romana y el sentido mágico de la religión egipcia (cfr. *Expulsión*, pp. 172-175 y 257 ss., constelación de Capricornio).

<sup>51</sup> Parece difícil no reconocer aquí una polémica directa de Bruno con la concepción luterana de la voluntad humana, tal como el reformador la había expresado en su propia polémica con Erasmo: «Así la voluntad humana está puesta en medio, cual bestia de carga. Si se sienta encima Dios, quiere lo que Dios quiere y va en la dirección que Dios le indica. Y no está en su libre elección correr hacia un jinete u otro y buscarlo, sino que los jinetes mismos se disputan su adquisición y posesión» (*La voluntad determinada*, en *Obras de M. Lutero*, vol. IV. B. Aires 1976, p. 87). Precisamente Bruno piensa que es la actitud ociosa e ignorante de entrega a la inspiración y guía de la divinidad lo que hace a los hombres presa fácil de la seducción y captura por demonios y genios perversos, hostiles a la buena convivencia humana. Así lo había profetizado Hermes Trimegisto en el «lamento» del *Asclepius* y así lo ve manifiesto Bruno en la obra misma de Cristo y sobre todo en sus seguidores hasta el momento contemporáneo mismo de la Reforma religiosa; vid. *supra* nota 10.



por más cierto de todo es que él es un asno y quiere seguir siendo un asno, y no puede llevar mejor vida ni tener mejores costumbres que las del asno, y no es posible, congruo y condigno que tenga otra gloria que la del asno.

*Saulino*.—Fiel es aquel que no permite que sean tentados por encima de sus posibilidades<sup>52</sup>. El conoce a los suyos, tiene y mantiene a los suyos como suyos y no le pueden ser arrebatados. ¡Oh, santa ignorancia!, ¡oh, divina locura!, ¡oh, sobrehumana asinidad! El arrebatado, profundo y contemplativo Areopagita afirma en carta a Cayo<sup>53</sup> que la ignorancia es una perfectísima ciencia, como queriendo decir que la asinidad es una divinidad. El docto Agustín, muy embriagado de este divino néctar, testifica en sus *Soliloquios* que a Dios nos lleva antes la ignorancia que la ciencia y que la ciencia más que la ignorancia es lo que nos lleva a la perdición<sup>54</sup>. Pretende que, como figura de todo eso, el redentor del mundo entró en Jerusalén con las piernas y pies de los asnos, significando anagógicamente en esta ciudad militante lo que se verifica en la ciudad triunfante, como dice el profeta salmista: *Non in fortitudine equi voluntatem habebit, neque in tibiis viri beneplacitum erit ei*<sup>55</sup>.

*Coribante*.—*Supple tu: sed in fortitudine et tibiis asinae et pulli filii coniugalis*<sup>56</sup>

*Saulino*.—Para mostraros a continuación que sólo con la asinidad podemos aspirar a acercarnos a aquel alto observatorio<sup>57</sup>,

<sup>52</sup> I Corintios 10, 13: «Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere».

<sup>53</sup> Pseudo-Dionisio Areopagita: *Carta I* (a Cayo, monje): «Es esta perfecta ignorancia, tomada en el mejor sentido de la palabra, lo que constituye el conocimiento verdadero de Aquel que sobrepasa todo conocimiento» (Migne: *Patrologie grecque* vol. III París 1856 p. 1065 A).

<sup>54</sup> *Soliloquia* I, V: «Adducorque ut assentiar quantum in suo genere a caelo terram, tantum ab intelligibili Dei maiestate spectamina illa disciplinarum vera et certa differre». Cfr. *De ordine* II, 16, donde se dice «de summo illo Deo, qui scitur melius nesciendo».

<sup>55</sup> *Salmos* 146, 10: «No le agrada el brio del caballo, ni se complace en los músculos del hombre».

<sup>56</sup> *Mateo* 21, 5: «Dicite filiae Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subiugalis» («... montado sobre un asno y un pollino, hijo de animal de yugo»).

<sup>57</sup> La verdad y su sede es calificada en la *Expulsión* como «un espejo claro y terso de contemplación» (p. 144).

quiero que comprendáis y sepáis que no es posible en el mundo mejor contemplación que la que niega toda ciencia y toda aprehensión y juicio verdaderos, de manera que el conocimiento supremo es la estimación segura de que no se puede saber nada o no se sabe nada y por consiguiente conocer que no puede ser más que asno y no es más que asno. A esta meta llegaron los socráticos, platónicos, eféticos, pirronianos y otros semejantes, que no tenían las orejas tan pequeñas, los labios tan delicados y la cola tan corta como para que no pudieran verlas por sí mismos.

*Sebato*.—Te ruego, Saulino, que no pases a otra consideración para confirmar y aclarar lo que dices, porque ya hemos oído bastante por hoy. Además, ya ves que ha llegado la hora de cenar y el asunto requiere un más largo discurso. Por tanto te ruego (si Coribante es también de la misma opinión) que nos reunamos de nuevo mañana para elucidar este asunto y yo traeré conmigo a Onorio, el cual se acuerda de haber sido asno y por eso es un devotísimo pitagórico, además de tener discursos propios muy serios con los que podrá hacernos quizá saber algo importante.

*Saulino*.—Muy bien, así lo deseo, porque él aliviará mi trabajo.

*Coribante*.—*Ego quoque huic adstipulor sententiae* y ha llegado ya la hora en que debo dar licencia a mis discípulos para que *propria revisant hospitía, proprios lares*. Es más, *si lubet*, hasta que este asunto esté resuelto, cotidianamente me declaro yo dispuesto a hacerme presente aquí en vuestra compañía a las mismas horas.

*Saulino*.—Y yo no dejaré de hacer lo mismo.

*Sebato*.—Salgamos, pues.

Fin del primer diálogo



*Interlocutores: Sebasto, Onorio, Coribante, Saulino*

*Sebasto.*—¿Y tú te acuerdas de haber llevado carga?

*Onorio*<sup>1</sup>.—Carga, fardos y de haber tirado del carro alguna vez. Al principio estuve al servicio de un hortelano, al que ayudaba a llevar estiércol de la ciudad de Tebas al huerto que tenía junto a la muralla y a regresar después del huerto a la ciudad con coles, lechugas, cebollas, sandías, chirivías, rábanos y otras cosas por el estilo. A continuación estuve al servicio de un carbonero, que me compró al hortelano y sólo me tuvo vivo poquísimos días.

*Sebasto.*—¿Cómo es posible que tengas memoria de eso?

*Onorio.*—Te lo voy a decir. Estando yo paciendo junto al borde rocoso de un precipicio, llevado del deseo de hincar el diente a un cardo que había crecido un poco más abajo en el precipicio, de forma que resultaba imposible alargar el cuello ha-

<sup>1</sup> Se trata de un personaje ficticio, cuyo nombre deriva Bruno del griego *ónos* (asno) de acuerdo con la existencia anterior del personaje. Las peripecias de su existencia asinina evocan las de Lucio, el personaje del *Asno de oro* de Apuleyo y de *Lucio o el asno* tradicionalmente atribuido a Luciano de Samosata.



cia él sin peligro, me incliné sobre el precipicio más de lo conveniente, a despecho de todo remordimiento de conciencia e instinto de razón natural, y caí desde lo alto de la roca, por lo que mi amo se percató de haberme comprado para los cuervos. Privado del ergástulo corpóreo, me convertí en un espíritu errante sin miembros y pude darme cuenta de que (por lo que a la sustancia espiritual se refiere) no era diferente en género ni en especie a todos los demás espíritus que transmigraban tras la disolución de otros cuerpos animados y compuestos. Vi que la Parca no sólo hace indiferente en el género de la materia corpórea el cuerpo del hombre del del asno y el cuerpo de los animales del cuerpo de las cosas tenidas por inanimadas, sino que incluso en el género de la materia espiritual hace permanecer indiferente el alma asinina de la humana y el alma que constituye a los llamados animales de la que se encuentra en todas las cosas, igual que todos los humores son un solo humor en sustancia, todas las partes aéreas son un solo aire en sustancia y todos los espíritus proceden del Anfítrite de un espíritu al que retornan todos<sup>2</sup>. Tras haber permanecido durante un tiempo en aquel estado, de repente

Lethaeum ad fluvium Deus evocat agmine magno,  
Scilicet immemores supera ut convexa revisant,  
Rursus et incipiant in corpora velle reverti<sup>3</sup>.

Entonces, saliendo yo de los campos afortunados sin sorber las aguas del rápido Leteo entre aquella multitud cuyo guía principal era Mercurio<sup>4</sup>, fingí beber de aquel líquido en compañía de

<sup>2</sup> Bruno formula aquí, tras el tono aparentemente humorístico de la exposición de Onorio, principios fundamentales de su ontología, ya formulados en diálogos anteriores (vid. *De la causa y Expulsión* pp. 93-97) y marcadamente contrapuestos a los principios de la ontología «cartesiana» que servirá de base al pensamiento moderno: unidad no ya sólo del principio material, sino también del principio espiritual y psíquico con el consiguiente corolario de la transmigración del alma y la metamorfosis universal. Evidentemente, de todo ello resulta la completa naturalización de la existencia e historia humana, en consonancia con lo cual Bruno traducirá el motivo del «juicio universal» en clave imanentista y natural como «juicio en el mundo» por el cual el destino futuro de las almas se resuelve no heterogéneamente con respecto al mundo (*post interitum mundi* y tras el juicio final), sino dentro de la misma legalidad cósmica. Vid. *Expulsión* p. 151 e *infra* p. 123, nota 20.

<sup>3</sup> Virgilio: *Eneida* VI, 749-751: «Un dios las convoca a todas en gran muchedumbre, junto al río Leteo, a fin de que tornen a la tierra, olvidadas de lo pasado, y renazca en ellas el deseo de volver nuevamente a habitar en humanos cuerpos» (trad. de Eugenio de Ochoa).

<sup>4</sup> Hermes-Mercurio es en la mitología grecorromana el «psicopompo», es decir,

los demás, pero no hice más que acercarle y tocarlo con los labios a fin de que quedaran engañados los vigilantes, satisfechos con verme la boca y el mentón mojados. Tomé el camino hacia el aire más puro por la puerta córnea<sup>5</sup> y dejando a mis espaldas y bajo mis pies el infierno vine a encontrarme en el monte Parnaso, el cual no es fábula que ha sido consagrado por el padre Apolo a sus hijas las Musas por su fuente Caballina<sup>6</sup>. Allí volví a ser asno por violencia y decreto del destino, pero sin perder las especies inteligibles, de las que no quedó viudo y privado el espíritu animal, en virtud de lo cual me salieron por uno y otro lado la forma y la sustancia de dos alas lo suficientemente capaces de elevar hasta los astros el peso de mi cuerpo. Aparecí allí y fui llamado no ya simplemente asno, sino asno volador o bien caballo Pegaso. A continuación me convertí en ejecutor de muchas órdenes del providente Júpiter, serví a Belerofonte, pasé por muchas peripecias célebres y honradísimas y al final fui elevado al cielo en los confines de Andrómeda y el Cisne por un lado y de los Peces y Acuario por otro<sup>7</sup>.

*Sebasteo*.—Por favor, respóndeme a alguna pregunta antes de informarme de estas cosas con más detalle. Entonces ¿crees verdadera, por la memoria y experiencia de lo ocurrido, la opinión 885 de los pitagóricos, druidas, saduceos<sup>8</sup> y otros por el estilo acerca

el conductor de las almas de los difuntos. Bruno lo presenta cómicamente en esta función en la *Expulsión* (diálogo I,3 p. 155).

<sup>5</sup> Referencia a Virgilio: *Eneida* VI, 893 ss.: «Hay dos puertas del Sueño, una de cuerno, por la cual tienen fácil salida las visiones verdaderas...».

<sup>6</sup> Bruno atribuye a la fuente Castalia, situada a los pies del Parnaso, en Delfos, la asociación de las musas con la fuente Hipocrene del monte Helicón, fuente nacida (como ya indica su nombre) de una cox del caballo Pegaso.

<sup>7</sup> Pegaso es la constelación n.º 19 del catálogo estelar de Ptolomeo y la n.º 17 de la *Expulsión*. Bruno la trata en ese diálogo en p. 249.

<sup>8</sup> Sobre los druidas galos cfr. Julio César: *Comentarios de la guerra de las Galias* VI, 14: «Esméranse [los druidas] sobre todo en persuadir la inmortalidad de las almas y su transmigración de unos cuerpos a otros, cuya creencia juzgan ser grandísimo incentivo para el valor, poniendo aparte el temor de la muerte» (trad. de José Goya Muniáin). La atribución de la creencia en la metempsychosis al partido saduceo es incorrecta; era el partido fariseo quien había aceptado la resurrección de los muertos. Cfr. *Hechos de los apóstoles* 23, 7-8: «Facta est dissensio inter pharisaeos et sadduceos, et soluta est multitudo. Sadducei enim dicunt, non esse resurrectionem neque angelum neque Spiritum, pharisaei autem utraque confitentur». Cfr. *infra* p. 123 y nota 19.



de la continua metensomatosis, es decir, transformación y transmigración de todas las almas?

Spiritus eque feris humana in corpora transit,  
Inque feris noster, nec tempore deperit ullo <sup>9</sup>.

Onorio.—Sí señor, así ocurre en realidad.

Sebato.—Entonces ¿pretendes que el alma humana y la de las bestias es siempre la misma en sustancia y que no difieren más que por la figura?

Onorio.—La del hombre es la misma en esencia específica y genérica que la de las moscas, ostras marinas y plantas y de cualquier cosa animada o que tenga alma, igual que no hay cuerpo que no contenga en su interior la presencia más o menos vivaz y perfecta del espíritu. Pues bien, tal espíritu se une —según el destino o providencia, orden o fortuna— ora a una especie de cuerpo ora a una otra y adquiere diversos grados y perfecciones de ingenio y actuaciones en razón de la diversidad de complexiones y miembros. Por eso el mismo espíritu o alma que estaba en la araña y allí tenía aquella industria y aquellas patas y miembros en número, cantidad y forma tales, unido a la generación humana adquiere otra inteligencia, otros instrumentos, disposiciones y actos. A todo esto añadido que si fuera posible u ocurriera de hecho que la cabeza de una serpiente se formara y cambiara en la figura de una cabeza humana y el busto creciera en tanta cantidad como  
386 puede contenerse en la condición de tal especie, la lengua se le ensanchara, se le ampliaran las espaldas, se le ramificaran los brazos y las manos y en el lugar donde se encuentra la cola vinieran a juntarse las piernas, entendería, se mostraría, respiraría, hablaría, actuaría y caminaría igual que un hombre, porque no sería sino un hombre. Igual que, por el contrario, el hombre no sería sino una serpiente si llegara a contraer piernas y brazos como en un cepo y todos los huesos se juntaran para formar una espina, se enuclebrara y sus miembros y complexiones tomaran todos esos hábitos y figuras. Su ingenio sería entonces, más o menos

<sup>9</sup> Ovidio: *Metamorfosis* XV, 167-168: «el espíritu pasa de los animales a los cuerpos humanos y el nuestro a las fieras y no perece en edad alguna». Se trata de unos versos del famosísimo discurso que Ovidio pone en boca de Pitágoras al final de su poema como refutación del temor a la muerte y como explicitación de la filosofía subyacente a los mitos de metamorfosis. Para otra mención bruniana de estos versos en un contexto conceptualmente muy importante vid. *De la causa principio et uno*, en Gentile, *Dialoghi italiani* pp. 245 ss.

vivaz; en lugar de hablar silbaría; en lugar de caminar, reptaría; en lugar de construirse un palacio se excavaría un hoyo y no le convenría una estancia, sino un agujero <sup>10</sup>. Igual que antes estaba bajo aquellos miembros, ahora estaría bajo estos otros miembros, instrumentos, potencias y actos, como del mismo artífice <sup>11</sup> diversamente embriagado por la contracción de la materia y de diferentes órganos armado, resultan ejercicios de ingenio diverso y se manifiestan ejecuciones diversas. Podéis comprender según esto cómo es posible que muchos animales puedan tener más ingenio y una luz de intelecto mucho mayor que el hombre y cómo no es una burla lo que profirió Moisés de la serpiente, a la que denominó sapientísima entre todas las demás bestias de la tierra <sup>12</sup>, pero que por falta de instrumentos resulta inferior a él, igual que él resulta superior a ella por la abundancia y don de  
887 instrumentos. Y que ésta es la verdad, considera con un poco de sutileza y examina contigo mismo lo que ocurriría en el supuesto de que el hombre tuviera el doble de ingenio que tiene y el intelecto agente le iluminara con mucha más claridad de lo que lo hace y sin embargo las manos se le transformaran en dos pies, quedándole todo lo demás intacto y tal como está; dime: ¿podría quedar *impune* la convivencia entre los hombres?, ¿podrían establecerse y durar sus familias y uniones igual o más que las de los caballos, ciervos, cerdos, sin que fueran devorados por innumerables especies de animales, viéndose de esa manera sometidos a mayor y más cierta destrucción? Y por consiguiente ¿dónde estarían las enseñanzas de las doctrinas, las invenciones de las disciplinas, las estructuras de los edificios y otras muchas cosas que

<sup>10</sup> El ejemplo bruniano evoca la famosa metamorfosis de Cadmo y su esposa en serpientes según el poema ovidiano. Cfr. *Metamorfosis* IV, 563-603. Marcellus Palingenius Stellatus decía en su famoso poema *Zodiacus vitae* (Rotterdam, 1722; Bruno polemizará con este autor en el último libro del *De immenso*): «Spiritus in cunctis animalibus unus et idem est: /dissimilis tamen ac varius proinde esse videtur./ corpora quod non sunt cunctis animalibus aequa,/ et variis membris varia est concessa facultas» (Leo, vv. 260-263). Palingenius hacía esta afirmación en el marco de una naturalización del sujeto humano y una atribución a la mano de la excelencia y señorío del hombre sobre el resto de los animales, tema éste desarrollado también por Bruno a continuación; vid. *infra* nota 13.

<sup>11</sup> Cfr. *De la causa*, pp. 232 ss., especialmente p. 233: «da noi si chiama artefice interno, perché forma la materia e la figura da dentro».

<sup>12</sup> *Génesis* 3,1: «Sed et serpens erat callidior cunctis animantibus terrae quae fecerat Dominus Deus».



nos indican la grandeza y excelencia humana y hacen del hombre triunfador en verdad invicto sobre las restantes especies? Todo esto, si lo examinas atentamente, se refiere principalmente no tanto al dictado del ingenio como al de la mano, instrumento de los instrumentos<sup>13</sup>.

*Sebato.*—¿Qué dirás de los monos y de los osos, que si no quieres decir que tienen una mano no tienen sin embargo un instrumento peor que la mano?

*Onorio.*—Carecen de una complexión que pueda hacerlos capaces de tal ingenio, porque en similares animales y en muchos otros la inteligencia universal debido a la torpeza o rudeza de la complexión material no puede imprimir tal fuerza de pensamiento en tales espíritus. Por eso la comparación se debe entender en el género de los animales más ingeniosos.

*Sebato.*—¿No posee el papagayo un instrumento aptísimo para proferir toda clase de sonido articulado? En ese caso ¿por qué es tan duro y a duras penas puede hablar tan poco, sin entender además lo que dice?

*Onorio.*—Porque no tiene una capacidad aprehensiva y retentiva comparable y congénere a la del hombre, sino la que con-

<sup>13</sup> Bruno se está refiriendo a Aristóteles, *De Anima* III, 8, 432 a 1: «la mano es instrumento de instrumentos». Vid. asimismo *De partibus animalium* IV, 10, 687 a 6-21 donde Aristóteles desarrolla el motivo a partir de Anaxágoras («Anaxágoras dice que el hombre es el más inteligente de todos los animales porque posee manos»), pero invirtiendo el naturalismo de Anaxágoras en un teleologismo integral: «Lo razonable es decir que el hombre tiene manos porque es el más inteligente. En efecto, las manos son un instrumento y la naturaleza concede siempre —cual hombre sabio— cada instrumento a quien es capaz de servirse de él... Es al ser capaz de adquirir el mayor número de técnicas a quien la naturaleza ha dado el instrumento más útil de todos». Bruno retoma el naturalismo de Anaxágoras con el planteamiento antiteleológico de Lucrecio: «Nil ideo natumst in corpore ut uti possemus, sed quo natumst id procreat usum» (IV, 834-835). Sobre este importante pasaje bruniano (conectado con *Expulsión* pp. 227 ss.) véase F. Papi: *Antropología e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, Florencia 1968, cap. VI, 1: «La mano anassagorea», donde se mencionan también los famosos versos de Ronsard: «les mains font l'homme, et le font de la beste estre vainqueur, non les pieds, ny la teste». Es mérito de A. Ingegno (*Cosmología e filosofia nel pensiero di Giordano Bruno*, Florencia 1978, pp. 231 s.) haber puesto también este elogio de la mano en conexión con el *Zodiacus vitae* de Marcellus Palingenius: «Nam si sermo homini non esset munere Dium/ concessus, gem inaeque manus, quibus omnia fiant, nullum animal foret in terris miserum magis, atque/ infelix homine. His nostra est natura duobus/ nobilior, meliorque; hinc tota superbia nostra est:/ hinc artes veniunt.../ Lingua manusque igitur faciunt succumbere nobis/ omnia, non ratio...» (*Leo*, vv. 236 ss.).

viene a su especie y en razón de la cual no necesita que nadie le enseñe a volar, buscar la comida, distinguir el alimento del veneno, engendrar, nidificar, cambiar de residencia, defenderse de las inclemencias del tiempo y proveer a las necesidades de la vida no menos bien y a veces mejor y con más facilidad que el hombre.

*Sebato.*—Los doctos dicen que eso no lo hacen por mor de intelecto o reflexión, sino por instinto natural.

*Onorio.*—Que te digan esos doctos si ese instinto natural es sentido o intelecto y si es sentido, si es interno o externo. Pues bien, si no es externo, como resulta evidente, que digan en virtud de qué sentido interno poseen las previsiones, técnicas, artes, precauciones y resoluciones que poseen acerca de las circunstancias no sólo presentes, sino también futuras, en mejor medida que el hombre.

*Sebato.*—Los mueve la inteligencia que no yerra.

*Onorio.*—Esa inteligencia, si es principio natural y próximo aplicable a la operación próxima e individual, no puede ser universal y extrínseco, sino particular e intrínseco y por consiguiente potencia del alma, a la que preside situada en la popa de la misma<sup>14</sup>.

*Sebato.*—Así pues sostienes que no es la inteligencia universal que mueve.

*Onorio.*—Afirmando que la inteligencia eficiente universal es la misma en todos y que mueve y hace entender, pero que además hay en cada uno la inteligencia particular por la que son movidos, iluminados y entienden. Es ésta una inteligencia múltiple en razón del número de individuos. Igual que la potencia viva es múltiple en razón del número de ojos, resulta movida e iluminada genéricamente por un fuego, por una luz, por un sol, asimismo la potencia intelectiva es múltiple en razón del número de los individuos que participan del alma, sobre todos los cuales resplandece un sol intelectual. Así pues, por encima de todos los animales hay un sentido agente, esto es, aquello que hace sentir

<sup>14</sup> Para esta metáfora cfr. *Expulsión* p. 98: «un hombre para cambiar de modo de vida y costumbres es solicitado en primer lugar por cierta luz que reside en el observatorio, cofa o popa de nuestra alma, que algunos llaman "sindéresis"...». Se trata de la facultad *cogitativa* o *aestimativa* que, en la topología cerebral de las facultades psíquicas, venía tras el *sensus communis* y la *phantasia-imaginatio* y delante de la *memoria*.



a todos y por el cual todos son sensitivos en acto; y hay además tantos sentidos y tantos intelectos particulares pasivos o posibles como sujetos hay según tantos grados de complexiones específicas e individuales como son las figuras y complexiones de cuerpo específicas e individuales.

*Sebato.*—Di lo que quieras y piensa como quieras, que yo en los animales no estoy dispuesto a llamar intelecto racional a lo que es un instinto.

*Onorio.*—Entonces, si no lo puedes llamar sentido, es preciso que te imagines que en los animales existe, además de la capacidad sensitiva e intelectual, alguna otra potencia cognoscitiva.

*Sebato.*—Diré que se trata de una virtud de los sentidos internos.

*Onorio.*—También podemos decir que es una virtud de ese tipo el intelecto humano con el que el hombre discurre de forma natural. Somos libres para llamar a las cosas como nos plazca y delimitar definiciones y nombres a nuestro gusto, como hizo Averroes<sup>15</sup>. Depende también de mí el decir que vuestro entender no es entender y ante todo lo que hagáis, pensar que no es por intelecto, sino por instinto, puesto que operaciones de otros animales más dignas que las vuestras (como las de las abejas o las hormigas) no reciben el nombre de intelecto, sino de instinto. O bien diré que el instinto de esos animalillos es más digno que vuestro intelecto.

*Sebato.*—Dejemos por ahora de discutir más extensamente sobre este asunto y volvamos a lo nuestro. ¿Pretendes, por tanto, que igual que de una misma cera u otra materia se forman diversas y contrarias figuras, también de una misma materia corporal se hacen todos los cuerpos y de una misma sustancia espiritual resultan todos los espíritus?

<sup>15</sup> Bruno considera a Averroes un filósofo y por ello atento al sentido filosófico en lugar de limitado únicamente al vehículo externo e inesencial que son las palabras, como los pedantes. Cfr. *De la causa* p. 306, donde dice del filósofo cordobés que «quantunque arabo e ignorante di lingua greca, nella dotrina peripatetica però intese piú che qualsivoglia greco che abbiamo letto; e arebbe piú inteso, se non fusse stato cossi additto al suo nume Aristotele». Bajo la bandera de Averroes se defiende, pues, la autonomía, dignidad y carácter conceptual de la filosofía, frente a la subversión pedantesca que anula el pensamiento bajo la atención a los aspectos formales y lingüísticos. Sobre estos puntos véase M. Ciliberto: *La ruota del tempo*, cap. V «Lingua e linguaggi».

*Onorio.*—Así es sin duda y añade a todo ello que por las diversas razones, hábitos, órdenes, medidas y números de cuerpo y de espíritu resultan temperamentos y complexiones diversos, se producen órganos diversos y aparecen diversos géneros de cosas.

*Sebato.*—Me parece que no está muy lejos ni discrepa de este parecer aquel dogma profético que dice que todo está en manos del eficiente universal, como el mismo barro en manos del mismo alfarero, y por la rueda de este giro vertiginoso de los astros viene a ser hecho y deshecho, según las vicisitudes de la generación y corrupción de las cosas, bien vaso de honra bien vaso despreciable, a partir de una misma pieza<sup>16</sup>.

*Onorio.*—Así lo han entendido y explicado muchos de los 891 más sabios entre los rabinos. Parece que así lo entendía el que dijo: «Hombres y jumentos salvarás según multipliques la misericordia»<sup>17</sup>; así se explica también en la metamorfosis de Nabucodonosor<sup>18</sup>. Por eso se preguntaron algunos saduceos sobre el Bautista si era Elías, no ya por el mismo cuerpo, sino por el mismo espíritu en otro cuerpo<sup>19</sup>. Es mediante una resurrección de ese tipo como algunos se prometen la realización de la justicia divina según los sentimientos y actos que han realizado en otro cuerpo<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> Bruno se está refiriendo (cfr. epístola dedicatoria p. 70) al conocido pasaje paulino de la *epístola a los Romanos* 9, 21-23: «An non habet potestatem figulus lutu ex eadem massa facere aliud quidem vas in honorem, aliud vero in contumeliam? Quod si Deus volens ostendere iram, et notam facere potentiam suam, sustinuit in multa potentia vasa irae, apta in interitum ut ostendere divitias gloriae suae in vasa misericordiae, quae praeeparavit in gloriam?» Nuestro autor hace una lectura naturalista y cosmologizante del texto, ajena a su sentido auténtico; Cfr. *Expulsión* p. 197 para otra referencia polémica al texto paulino, uno de los pilares de la doctrina reformada de la predestinación.

<sup>17</sup> *Salvos* 35, 7-8: «Homines et iumenta salvabis, Domine, quemadmodum multiplicasti misericordiam tuam».

<sup>18</sup> Daniel 4,30: «Y al punto se cumplió la palabra en Nabucodonosor: fue arrojado de entre los hombres, se alimentó de hierba como los bueyes, su cuerpo fue bañado del rocío del cielo, hasta crecerle sus cabellos como plumas de águila y sus uñas como las de las aves».

<sup>19</sup> *Malaquías* 4, 5-6, *Mateo* 17, 10-13; *Marcos* 9, 10-13, donde no se atribuye sin embargo la identificación a los saduceos.

<sup>20</sup> Cfr. *Expulsión* p. 151 s.: «...Por esa espada y corona entiende Júpiter el juicio universal, por medio del cual cada uno será premiado y castigado en el mundo según la medida de sus méritos y delitos» (el subrayado es nuestro). Se trata evidentemente de la transmigración de las almas en el proceso de metamorfosis y mutación universal.



*Sebaste*.—Por favor, no sigamos hablando de esto porque muy a mi pesar comienza a agradarme y parecerme más que verosímil tu opinión y yo quiero mantenerme en la fe en que he sido instruido por mis progenitores y maestros. Por eso, habla de acontecimientos históricos, fabulosos o metafóricos, y déjate estar de demostraciones y autoridades, que me parecen que quedan más retorcidas contigo que con los otros.

*Onorio*.—Tienes mucha razón, hermano. Además conviene que me aplique a cumplir lo que había comenzado a decirte, a no ser que temas que también eso venga a subvertir tu ingenio y a perturbar tu conciencia inmaculada.

*Sebaste*.—No, no, claro que no; esto lo escucho con más gusto que jamás haya podido escuchar fábula alguna.

*Onorio*.—Ya que no me escuchas, pues, por razón de doctrina o disciplina, escúchame por diversión.

---

que constituye la vida del mundo infinito, eterno y homogéneo, sin discontinuidades espacio-temporales que permitan hablar de un lugar para las penas/goces eternos tras el fin del mundo natural.

### Segunda parte del diálogo

892

*Sebaste*.—¿Pero no ves que vienen Saulino y Coribante?

*Onorio*.—Hace ya rato que deberían haber llegado. Más vale tarde que nunca, Saulino.

*Coribante*.—*Si tardus adventus, citior expeditio*.

*Sebaste*.—Por vuestro retraso os habéis perdido hermosos argumentos que deseo que Onorio vuelva a exponer.

*Onorio*.—No, por favor, que me disgustaría. Prosigamos nuestro asunto, porque de lo que sea preciso volver a tratar ya hablaremos privadamente con ellos en una ocasión más propicia, pues ahora no quisiera interrumpir el hilo de mi narración.

*Saulino*.—Sí, sí, de acuerdo. Continua, pues.

*Onorio*.—Estando, pues, yo, como ya he dicho, en la región celeste a título de caballo Pegaso, me sucedió por decreto del destino que por la conversión a las cosas inferiores (causa de cierta inclinación que yo sentía y que describe muy bien el platónico Plotino<sup>1</sup>), como borracho de néctar, era proscrito a ser

<sup>1</sup> Cfr. *Enéada* IV, 8 «Sobre el descenso del alma en el cuerpo». Concretamente la traducción de Ficino decía en IV, 8, 5, 24s.: «sic igitur anima quamvis divinum



ora un filósofo, ora un poeta, ora un pedante, dejando mi imagen en el cielo. Regresaba a esa sede en los momentos de las transmigraciones, conservando el recuerdo de las imágenes que había adquirido en el habitáculo corporal; y como si de una biblioteca se tratara, las dejaba allí cuando ocurría que debía regresar a algún otro habitáculo terreno.

893 Entre esas imágenes de la memoria las últimas son las que comencé a absorber con ocasión de la vida de Filipo de Macedonia, después de ser engendrado por el semen de Nicómaco<sup>2</sup>, según se cree. Entonces, tras haber sido discípulo de Aristarco, Platón y otros, me vi promovido con el favor de mi padre, que era consejero de Filipo, al puesto de pedante de Alejandro Magno, bajo el cual, aunque muy versado en las ciencias humanísticas, en las que era más ilustre que todos mis predecesores, me entró la presunción de ser filósofo natural, según es costumbre en los pedantes ser siempre temerarios y presuntuosos. Así, extinguido el conocimiento de la filosofía, muerto Sócrates, proscrito Platón y dispersos los demás de diferentes maneras, quedé yo solo, tuerco entre los ciegos y pude adquirir fácilmente reputación no sólo de retórico, político, lógico, sino también de filósofo. De esta manera, transmitiendo torpe y neciamente las opiniones de los antiguos y de una manera tan deforme que ni siquiera los niños y las viejas insensatas hablarían y pensarían como yo presento hablando y pensando a aquellos hombres de bien<sup>3</sup>, conseguí co-

quiddam sit, regionibus superioribus oriunda, in corpus tamen immergitur. Cumque Deus quidam sit posterior voluntaria quadam inclinatione et causa potestatis, et posterius exornandi gratia, huc ita descendit».

<sup>2</sup> Onorio pretende que una de sus encarnaciones ha sido Aristóteles (hijo del médico Nicómaco; vid. Diógenes Laercio: *Vida de filósofos ilustres* V,1), con lo cual se puede desarrollar la crítica de Aristóteles como ignorante y pedante, al tiempo que todo ello es una etapa en el largo proceso vital de aprendizaje de Onorio desde la ignorancia a la sabiduría por mediación de la asinidad (vid. *infra* p. 132).

<sup>3</sup> La Antigüedad (tradición concorde de saber cosmológico-religioso que abarca a egipcios, caldeos, griegos hasta Platón, con inclusión también en cierta medida del Antiguo Testamento, en aquellos puntos en que los judíos no se alejan de la «prisa sapientia») termina con Aristóteles. Con la falsa cosmología aristotélica —y la posterior adición complementaria de la *impostura* cristiana— comienza el ciclo de tinieblas que dura hasta el momento contemporáneo (cfr. la continuación del parlamento de Onorio) y del cual Bruno se siente liberador. Una de las vías de la destrucción aristotélica del saber anterior es precisamente su deformación y caricaturización del saber cosmológico-ontológico anterior (vid. la defensa de Parménides «ignobilmente

larme como reformador de aquella disciplina de la que no tenía conocimiento alguno. Me llamé príncipe de los peripatéticos, enseñé en Atenas en el pórtico del Liceo, donde según la luz (a decir verdad según las tinieblas que reinaban en mí) pensé y enseñé perversamente acerca de la naturaleza de los principios y de la sustancia de las cosas, deliré más que el mismo delirio acerca de la esencia del alma, nada pude comprender correctamente de la naturaleza del movimiento y del universo y, en conclusión, me convertí en aquél por quien la ciencia natural y divina yace extinta en lo más bajo de la rueda, igual que en el tiempo de los caldeos y pitagóricos estuvo en lo más alto<sup>4</sup>.

*Sebato.*—Sin embargo vemos que durante mucho tiempo ha sido la admiración del mundo y entre otras maravillas ha habido un cierto árabe que ha dicho que la naturaleza había hecho al 894 producirte el último esfuerzo para poner de manifiesto el ingenio más terso, puro, alto y veraz que podía estampar, y se te llama por lo general demonio de la naturaleza<sup>5</sup>.

trattato da Aristotele» en el *De la causa* p. 287 y el preludio de la reforma bruniana en la obra de Copérnico, que ha recogido «de las manos de la antigüedad aquellos fragmentos despreciados y herrumbrosos que ha podido», según *La Cena* p. 66). Todo ello, como nos sugiere en este pasaje Bruno, es consecuencia de la ignorancia y asinidad (negativas, *id est*, estancadas) de Aristóteles, evaluado por Bruno más bien como *pedante* o profesor de gramática y retórica en consonancia con la biografía que del estagirita traza Diógenes Laercio. Vid. V,3: «ejecitaba [Aristóteles] a todos sus discípulos en cada proposición, y al mismo tiempo los instruía en la retórica».

<sup>4</sup> Nítida formulación de la concepción bruniana de la historia humana como alternancia vicisitudinal de luz y tinieblas (saber e ignorancia; excelencia moral y subversión de valores) en el universo entero y como componente natural también del ritmo vicisitudinal del conjunto de la naturaleza (cfr. la siguiente intervención de Onorio). Bruno es plenamente consciente de la contraposición de esta visión de la historia humana con la lineal-escatológica cristiana que presupone la extrañeza humana al mundo y el carácter efímero de éste, destinado a dejar paso a la existencia beatífica trascendente *post interitum mundi*.

<sup>5</sup> En su *Destructio destructionum* decía Averroes sobre Aristóteles: «Aristotelis doctrina est summa veritas, quoniam ejus intellectus fuit finis humani intellectus. Quare bene dicitur quod fuit creatus et datus nobis divina providentia, ut sciremus quidquid potest scribi», juicio complementario del expresado por el gran comentarista cordobés en su proemio al «gran comentario» a la *Physica*: «Postquam notuere libri hujus viri, libri praedecessorum eius fuerunt abnegati et aboliti... cum nullus posteriorum ejus usque ad praesens tempus, quod sunt fere mille et quingenti anni, potuit quicquam addere his quae ipse tractavit: neque aliquid impugnare, quod sit alicujus momenti vel consyderationis. Inveniri autem hoc in unico individuo est alienum, ac maxime miraculum. Haec autem, cum reperiuntur in aliquo viro, debent potius ascribi divino statui quam humano: et ideo antiqui vocabant eum divinum».



*Onorio.*—No habría ignorantes si no hubiera fe y si no hubiera fe no habría alternancia vicisitudinal de ciencias y virtudes con bestialidades, indolencias y otras sucesiones de efectos contrarios, como son el día y la noche <sup>6</sup>.

*Sebasteo.*—Pasando ahora a lo que se refiere al conocimiento del alma, dejando de momento a un lado los otros temas, he leído y examinado tus tres libros <sup>7</sup> en los que hablas tan farfulladamente que ni siquiera otro farfullero podría entenderte nunca, como muy bien puedes ver por ti mismo con tantos pareceres diversos y extravagantes, propósitos y discusiones, especialmente si tratas de desentrañar y desembrollar lo que quieres decir en esas discusiones confusas y frívolas, que en el caso de que escondan algo no puede ser sino una banalidad pedantesca o peripatética.

*Onorio.*—No es de extrañar, hermano, puesto que en modo alguno puede ocurrir que puedan captar mi entendimiento en cosas en las que no tuve entendimiento o que vayan a encontrar sentido o argumento a lo que quería decir, si ni siquiera yo mismo sabía lo que quería decir. ¿Qué diferencia crees que hay entre ellos y los que buscan los cuernos del gato y las patas de la anguila? Sin duda alguna ninguna. Previendo tal cosa, esto es, que otro se percatara de eso y yo llegara a perder así la reputación de protosabio, actué de manera que todo aquél que me estudiase en la filosofía natural (en la cual fui y me sentí absolutamente ignorantísimo) los inconvenientes o confusiones que allí descubriera debía pensar y creer, si no tenía alguna chispa de ingenio,

<sup>6</sup> La fe es aquí la fe reformada (cristiana) que justifica y salva al margen de e incluso en contra de la sabiduría mundana, según las paradojas y subversión de valores señaladas en *I Corintios* 1. Es aquella fe cuyos poseedores —según la *Expulsión* p. 178— «se estiman reyes del cielo e hijos de los dioses tan sólo en virtud de una enojosa y necia fantasía y creen y atribuyen más a una vana, bovina y asnal confianza que a una acción útil, real y magnánima». Esta fe potencia la ignorancia y la subversión de valores constitutivos del período negativo o de tinieblas en la alternancia vicisitudinal de la rueda del tiempo. Cfr. *Expulsión* p. 272: «Y aunque por su acción esté tan ensuciada y emporcada la dignidad del género humano que en lugar de ciencias está impregnado de ignorancias más que bestiales por lo que ha quedado reducido a ser gobernado sin verdaderas justicias civiles, todo ha ocurrido no por su prudencia, sino porque el destino da su tiempo y su vez a las tinieblas».

<sup>7</sup> Se trata de los tres libros *De anima*, cuya dificultad era proverbial y en cuya interpretación las divergencias entre los comentaristas —piénsese en la cuestión de la inmortalidad y en la de la naturaleza del intelecto— eran notables. Diógenes Laercio dice de Aristóteles que era «de voz balbuciente» (*traulós; Vidas* V,1).

que aquello no era mi pensamiento profundo, sino más bien eso <sup>896</sup> poco que él podía discernir, superficialmente y según su capacidad, de mis pensamientos. Por eso hice que se publicara aquella *Carta a Alejandro* en la que declaraba solemnemente que los libros físicos se ponían a la luz de tal manera que no se ponían a la luz <sup>8</sup>.

*Sebasteo.*—Con lo cual me parece que has descargado tu conciencia y se equivocan todos estos grandes asnos disponiéndose a quejarse de ti en el día del juicio como de quien los ha engañado y seducido y apartado mediante aparatos sofisticados del camino de alguna verdad que habrían podido adquirir con la ayuda de otros principios y métodos. Tú les has enseñado lo que con razón debían pensar: que si tú has publicado como si no hubieras publicado, ellos tras haberte leído deben pensar que no te han leído, igual que tú has escrito como si no hubieras escrito. De la misma manera los que enseñan tu doctrina deben ser escuchados igual que el que habla como si no hablara. Y finalmente tampoco se te debe tener a ti en más consideración que a uno que razona y dicta sentencia sobre aquello que jamás entendió.

*Onorio.*—Así es en verdad, si he de confesarte con sinceridad cómo lo veo en este momento. Porque nadie debe ser entendido más de lo que él mismo muestra querer ser hacer entender y no debemos ir persiguiendo con el intelecto a quienes huyen de nuestro intelecto, diciendo los unos que hablan enigmáticamente o por medio de metáforas, los otros porque quieren que no los entiendan los ignorantes, otros para que la multitud no los desprecie, otros para que las perlas no sean pisoteadas por los cer-

<sup>8</sup> Aristóteles: *Fragmenta*, ed. Rose 662A (= Aulio Gelio, *Noctes Atticae* XX,5). Aulio Gelio cita la presunta carta de Aristóteles a Alejandro en la que decía: «acroáticos libros, quos editos quereris et non proinde ut arcana absconditos, neque editos scito esse neque non editos quoniam his soli cognobiles erunt (qui nos audiverunt)». Plutarco se hace también eco en su *Vida de Alejandro* (cap. 7). En su «paradoja» titulada *Che Aristotele fusse non solo un ignorante, ma anche lo più malvaggio huomo di quella età* Ortensio Lando había dicho: «Fu costui [Aristóteles] per l'oscurità sua detto sepiá, percioche si come la sepiá sparge non so che tintura sotto il ventre raccolta, per non lasciarsi prendere da pescatori, così questo valente filosofo per non lasciarsi intendere, s'è tutto involto nelle tenebre dell'ignoranza, nella quale fidando, scrisse ad Alessandro, non si pigliasse dispiacere, se pubblicato havea i libri della Fisica, percioche intendere non gli potrebbe chi dalla sua propria bocca udito non gli avesse» (cit. por Ordine, *op. cit.*, p. 133).



dos<sup>9</sup>. Hemos llegado al extremo de que cualquier sátiro, fauno, melancólico, borracho e infectado de bilis negra, contando sueños y diciendo paparruchadas sin orden ni sentido alguno, quiere parecerse dotado de gran profecía, de misterio recóndito, de profundos secretos y arcanos divinos capaces de resucitar muertos, de piedras filosóficas y otras holgazanerías capaces de enloquecer a quienes tienen poco cerebro, volviéndolos completamente locos y haciéndolos perder el tiempo, el entendimiento, la fama y sus bienes, desperdiciando tan miserable e innoblemente el curso de su vida<sup>10</sup>.

*Sebato.*—Lo vio muy bien cierto amigo mío, el cual teniendo en las manos cierto libro no sé si de profeta enigmático u otro, tras haberse devanado con él durante un tiempo el humor del cerebro, terminó arrojándolo al retrete con hermosa y graciosa compostura, al tiempo que le decía: «—Hermano, ¿tú no quieres ser entendido?; pues yo no te quiero entender», añadiendo que se marchara con cien diablos y le dejara con sus asuntos en paz.

*Onorio.*—Lo que es digno de compasión y de risa es que con estos libelos y tratados ovejunos ves quedarse atónito a Salvio, melancólico a Hortensio, demacrado a Serafín, pálido a Camaroto, envejecido a Ambrosio, loco a Gregorio, abstraído a Reginaldo, inflado a Bonifacio<sup>11</sup> y el muy reverendo Don Cucharón<sup>12</sup>,

<sup>9</sup> Mateo 7,6: «Nolite dare sanctum canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos, ne forte conculcent eas pedibus suis et conversi dirumpant vos».

<sup>10</sup> Este pasaje es una burla sarcástica de la santidad y piedad cristiana. Los sátiros y faunos (cfr. *Expulsión* pp. 121, 272) parecen designar aquí a los santos y devotos cristianos —seguidores del cortejo de Dionisos-Cristo y embriagados de melancolía, i.e., víctimas de un estado psíquico profundamente patógeno que los convierte en víctimas de «demonios» o «genios perversos»; cfr. *Sigillus sigillorum* p. 190, cit. en nuestra introducción a la *Expulsión* p. 20 —caracterizados por una culpable holgazanería (cfr. la contraposición con la acción en el mundo inspirada por la religión romana y egipcia, según *Expulsión* II,1 y III, 2 sub Capricornio) y un vano meditar fantasías inanes que les llevan a vivir muertos la propia vida, cuando no a suscitar discordias y guerras civiles por su locura religiosa. Cfr. el siguiente pasaje del *De Immenso*: «Creen estar despiertos cuando en realidad siguen simulacros/ y vanas imágenes (ficciones de una locura estúpida)/ revuelven en el ánimo (¿desgraciados?) y solicitan a divinos/ Faunos y Sátiros, Centauros, semifieras/ y semihombres que nada pueden y que tampoco son nada,/ cuya muerta vida antaño fue también vil/, vasos impíos llenos de espíritus nocivos/ para que se procurara nueva ocasión de guerras al mundo/ devoto y contento» (*Opera* I,II p. 291; la traducción es nuestra).

<sup>11</sup> Se trata —como es frecuente en Bruno; cfr. el conmovedor pasaje de la *Expulsión*, pp. 156 ss.— de un recuerdo personal de Bruno. Spampinato (*Vita di Giordano*

«lleno de infinita y noble maravilla»<sup>13</sup>, camina por todo lo largo de la sala, donde apartado del rudo e innoble vulgo se pasea; y meneando de acá para allá las fimbrias de su toga de letrado, sacudiendo uno u otro pie, volviendo el pecho ora a la izquierda y ora a la derecha, con el comentario de texto bajo la axila y con gesto de querer arrojar a tierra la pulga que tiene entre los dos primeros dedos, cogitabundo con la frente arrugada, con las cejas alerta y los ojos redondeados, con el gesto de alguien enormemente maravillado, concluyendo con un grave y enfático suspiro 899 hará llegar al oído de los circunstantes esta sentencia: «—*Huc usque alii philosophi non pervenerunt*». Si está leyendo algún libro compuesto por algún energúmeno o inspirado, en el que no se expresa y donde no se puede encontrar más ingenio del que puede encontrarse en un espíritu caballuno, entonces para mostrar que ha dado en el clavo, exclamará: «—*O magnum mysterium!*». Si por casualidad se tratara de un libro de...

*Sebato.*—No sigas, por favor, con esos temas de los que estamos demasiado bien informados y volvamos a nuestro asunto.

*Coribante.*—*Ita, ita, sodes.* Háznos saber con qué orden y manera has recuperado la memoria que perdiste durante tu sustrato peripatético y otras existencias personales.

*Onorio.*—Creo haber dicho a Sebato que siempre que emigraba del cuerpo, antes de investirme de uno nuevo regresaba a mi vestigio de la idea asinina (que por el honor y la facultad de las alas no han querido algunos, que tienen a ese animal por cosa indigna, llamarlo asno, sino caballo Pegaso) y de allí, tras haber descrito las acciones y fortunas que había pasado, se me ordenó siempre regresar antes a un hombre que a otra cosa, privilegio que me gané por mi astucia y continencia en aquella ocasión en que no mandé abajo por el gazzate el humor de las olas leteas. 900 Además, por la jurisdicción de esa plaza celeste ha ocurrido que, al dejar yo los cuerpos, jamás he tomado el camino hacia el reino

Bruno, pp. 248 ss.) ha identificado estos personajes con padres dominicos del reino de Nápoles, a los que nuestro autor conoció en sus años conventuales.

<sup>12</sup> Sobre los «monjes cucharones», calificativo despectivo con que Bruno designa el ocioso monacato cristiano en contraposición al ocio activo y creador, vid. *Expulsión* (p. 273) y *Sigillus sigillorum* (*Opera* II,2 p. 180 s., citado en nuestro prólogo a la *Expulsión* p. 18). Para la identificación del personaje vid. Spampinato, *Vita di Giordano Bruno*, p. 250.

<sup>13</sup> Petrarca, *Triunfo de la fama* II,1: «Pien d'infinita e nobil meraviglia».



de Plutón para volver a ver los campos Eliseos, sino hacia el ilustre y augusto imperio de Júpiter.

*Coribante.*—A la estancia del alado cuadrúpedo.

*Onorio.*—Hasta que ahora me ha tocado, por voluntad del senado de los dioses, emigrar aquí abajo en compañía de las otras bestias, dejando tan sólo la marca de mi virtud en lo alto. Pero, por gracia y digno favor de los dioses, vengo de allí ornado y rodeado de mi biblioteca, portando no solamente la memoria de las imágenes opinables, sofisticas, aparentes, probables y demostrativas, sino también el juicio que distingue las verdaderas de las falsas. Y además, de aquellas cosas que he concebido en diversos cuerpos de diferente complexión mediante variados tipos de disciplina, conservo también el hábito así como otras muchas verdades a las que el ojo puro del intelecto abre el camino sin la ayuda de los sentidos; y no huyen de mí, aunque me encuentre encerrado bajo esta piel y paredes, desde donde podemos contemplar por lo general alguna especie de entes por las puertas de los sentidos, como unos estrechísimos agujeros, igual que por el contrario se nos permite ver claro y abierto el horizonte entero de las formas naturales cuando nos hallamos fuera de la prisión.

*Sebaste.*—De manera que estás tan bien informado de todo  
901 que tienes algo más que el hábito de tantas filosofías, de tantos sujetos filosóficos que has presentado al mundo, ganando además el juicio superior a esas tinieblas y a esa luz bajo las cuales has vegetado, sentido, entendido ya sea en acto ya sea en potencia, habitando ora en las estancias terrenas ora en las infernales ora en las celestes<sup>14</sup>.

*Onorio.*—Cierto y gracias a esa memoria puedo considerar y conocer mejor que como en un espejo todo lo que es verdadero de la esencia y sustancia del alma.

<sup>14</sup> La figura de Onorio representa claramente —como el «asno cilénico» más tarde— la asinidad positiva, es decir, el esfuerzo humilde y paciente que desde la ignorancia lleva a la sabiduría en el curso de la vida.

### *Tercera parte del diálogo*

*Sebaste.*—Dejemos esto a un lado por ahora y oigamos tu opinión acerca de la cuestión que ayer surgió entre mí y Saulino aquí presente, el cual refiere la opinión de algunas sectas que pretenden que nosotros no poseemos ciencia alguna<sup>1</sup>.

*Saulino.*—Dejé bastante claro que por debajo de la eminencia de la verdad no tenemos nada más eminente que la ignorancia y asinidad, porque ella es el medio por el que la sabiduría se une y se familiariza con ella; además, ninguna otra virtud es capaz de tener la estancia al lado —pared con pared— con ella, puesto que el intelecto humano tiene algún acceso a la verdad, acceso que si no es por medio de la ciencia y del conocimiento, es preciso necesariamente que lo sea por medio de la ignorancia y asinidad.

*Coribante.*—*Nego sequelam.*

*Saulino.*—La consecuencia es manifiesta a partir de que en el intelecto racional no hay un medio entre la ignorancia y la cien-

<sup>1</sup> Se reanuda la crítica del escepticismo filosófico como variante de la asinidad (vid. *supra* p. 107), que había quedado interrumpido en el diálogo I (p. 109).



cia, por lo que es preciso que esté una de las dos, tratándose de dos opuestos sobre un mismo sujeto, como la privación y el hábito.

*Coribante.*—*Quid de assumptione, sive antecedente?*

902 *Saulino.*—Como ya he dicho, lo afirman muchos filósofos y teólogos famosísimos.

*Coribante.*—El argumento *ab humana auctoritate* es debilitamiento.

*Saulino.*—Tales aserciones no carecen de razones demostrativas.

*Sebaste.*—Entonces, si tal opinión es verdadera, es verdadera por demostración; la demostración es un silogismo científico<sup>2</sup>. Por tanto, aquellos mismos que niegan la ciencia y aprehensión de la verdad, vienen a afirmar la aprehensión de la verdad y el discurso científico y consiguientemente se ven refutados por su mismo juicio y palabras. Añado a esto que si no se conoce verdad alguna, ellos mismos no saben lo que dicen y no pueden estar seguros de si hablan o rebuznan, de si son hombres o asnos.

*Saulino.*—La solución de esto la podrás obtener de lo que te voy a hacer oír más tarde, porque primeramente es necesario conocer la cosa y después su modo o manera.

*Coribante.*—Bien. *Modus enim rei rem praesupponat oportet.*

*Sebaste.*—Háznos, pues, conocer las cosas en el orden que gustes.

*Saulino.*—Lo haré. Entre las sectas filosóficas hubo quienes, llamados por lo general académicos y más propiamente escépticos o bien efécticos, dudaban a la hora de afirmar cosa alguna; proscribida toda enunciación, no se atrevían a afirmar ni a negar, por lo cual se hacían llamar inquisidores, investigadores y escrutadores de las cosas<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Cfr. Aristóteles: *Analytica Posteriora* I, 2, 71 b 17: «llamo demostración (*apódeixin*) al silogismo científico (*epistemonikón*)».

<sup>3</sup> Bruno se está refiriendo al escepticismo académico, i.e., a la variante del escepticismo desarrollada en la Academia platónica en la época de Arcesilao y Carnéades. Sin embargo las otras denominaciones del escepticismo que Bruno recoge aquí son más propias de la corriente escéptica pirroniana; vid. Sexto Empírico: *Pyrrhoneion hypotyposeon* I, 1-4 y 7 así como Diógenes Laercio: *Vidas* IX, 69-70 («Vida de Pirrón»). Mientras en esta primera caracterización Bruno atribuye a los académicos una posición universal de incertidumbre y duda, más adelante (p. 137) les atribuye la afirmación negativa de que «no se sabe nada», más en consonancia con la *acatalepsia*

*Sebaste.*—¿Por qué inquirían, investigaban y escrutaban estas 903 vanas bestias sin esperanza de encontrar cosa alguna? Estos individuos son de aquellos que se fatigan sin propósito alguno.

*Coribante.*—Para desmentir esa famosa sentencia de que *Omne agens est propter finem*<sup>4</sup>. Mas *edepol, mehercle*, me parece que igual que Onorio depende del influjo del asno Pegaso o bien es el asno Pegaso en persona, tales filósofos han sido las mismas Bélides<sup>5</sup>, si es que éstas no influían sobre sus cabezas.

*Saulino.*—Déjame acabar. Estos no otorgaban fe a lo que veían ni a lo que oían, porque estimaban que la verdad es algo confuso e incomprensible, ubicada en la naturaleza y composición de toda clase de variedad, diversidad y contrariedad; que cualquier cosa es una mezcla, que nada consta de sí mismo, nada es de su propia naturaleza y virtud y los objetos se presentan a las facultades cognoscitivas no tal como son en sí mismos, sino según la relación que adquieren por sus imágenes, que partiendo en cierto modo de esta y aquella materia se juntan y crean nuevas formas en nuestros sentidos<sup>6</sup>.

*Sebaste.*—¡Vaya! Estos en verdad pueden ser filósofos y mostrarse más sabios que los demás en poquísimo tiempo y con no demasiada fatiga.

*Saulino.*—Tras éstos vinieron los pirrónicos, mucho más par- 904 cos que los efécticos a la hora de otorgar fe al propio sentido e intelecto, porque mientras los otros creían haber comprendido algo y participar de algún juicio por estar informados de la verdad de que nada se puede comprender ni afirmar, los pirrónicos se

académica y la distinción de Sexto (*loc. cit.*) entre el dogmatismo negativo de los académicos y el verdadero escepticismo de la escuela de Pirrón.

<sup>4</sup> Aristóteles: *Physica* II, 7 198 b 4: «la naturaleza obra siempre por un fin» (*he physis hēneka tou*).

<sup>5</sup> Se trata de las Danaides, las cincuenta hijas del rey Dánao que como castigo por el asesinato de sus respectivos maridos (sus primos los cincuenta hijos de Egipto; sólo una de ellas respetó a su marido) estaban obligadas en el Tártaro infernal a llenar eternamente un tonel sin fondo. El patronímico Bélides procede de su abuelo Belo, rey de Egipto.

<sup>6</sup> Cfr. el sexto tropo de la suspensión del juicio según la versión de Sexto Empírico: «El sexto tropo es el basado en las mezclas, por el cual concluimos que, puesto que ninguno de los objetos exteriores afecta a nuestros sentidos por sí, sino con alguna otra cosa, nosotros podemos decir quizá cuál es la mezcla del objeto exterior y aquello con lo que es percibido, pero no podemos decir cómo es el objeto exterior en sí mismo» (*Pyr. Hyp.* I, 124). Vid. la versión de Diógenes Laercio: *Vidas* IX, 84-85.



consideraron privados también de ese juicio, diciendo que ni siquiera podían estar seguros de esto, es decir, de que no se podía afirmar cosa alguna <sup>7</sup>.

*Sebasteo*.—Mira la habilidad de esta otra Academia, que (visto el modelo de ingenio y observada la habilidad de aquella, que con ágil y desenvuelta holgazanería quería dar coces para tirar por tierra las otras filosofías) armada de una resignación aún mayor, añadiendo un poco más de sal de su insipidez, quiere dar el empujón a todas aquellas y a ésta al mismo tiempo, mostrándose tanto más sabia que todas las demás cuanto que con menos gasto y devanamiento de cerebro se doctoran y ponen la toga. Venga, venga, sigamos adelante. Entonces, ¿qué debo hacer yo si ardo en deseos de formar una nueva secta y parecer más sabio que todos los demás, incluyendo también a éstos que lo son más que todos? Haré un tercer tabernáculo, plantaré una Academia más docta, apretándome un poco más el cinturón. ¿Llegaré quizá a contener tanto la voz con los eféticos y a reprimir tanto el aliento con los pirrónicos que deje de exhalar el espíritu y reviente?

*Saulino*.—¿Qué quieres decir?

*Sebasteo*.—Estos holgazanes para ahorrarse el esfuerzo de dar razón de las cosas y no acusar a su indolencia y a la envidia que  
905 tienen de la industria ajena, queriendo parecer mejores y no bastándoles con ocultar la propia cobardía, incapaces de pasarles delante ni de correr a la par, sin un procedimiento que les permita hacer algo suyo, para no perjudicar su vana presunción confesando la imbecilidad del propio ingenio, la dureza de juicio y privación de intelecto y para hacer parecer a los demás carentes de la luz del conocimiento de la propia ceguera, dan la culpa a la naturaleza, a las cosas que se nos representan mal y no fundamentalmente a la mala aprehensión de los dogmáticos. La razón es que con ese modo de proceder se habrían visto obligados a adelantarse, para una comparación, su buena aprehensión, la cual habría generado una mayor confianza tras haber generado un mejor

<sup>7</sup> Sexto Empírico explica la diferencia entre la Nueva Academia (dogmatismo negativo) y el auténtico escepticismo (el pirronismo que suspende enteramente el juicio y «sigue investigando») en los siguientes términos: «Los de la Nueva Academia, aunque dicen que todas las cosas son incomprendibles, difieren de los escépticos verosíblemente en eso mismo de que todas las cosas son incomprendibles, pues lo afirman positivamente, mientras que el escéptico cree posible que algunas cosas puedan ser aprehendidas» (*Pyr. Hyp.* I, 226).

concepto en los ánimos de quienes se deleitan en la contemplación de las cosas naturales. Pues bien, esos individuos —los eféticos— en su afán de parecer más sabios que los demás con menos esfuerzo e intelecto y con menos riesgo de perder el crédito, dijeron que no se puede afirmar nada porque no se sabe nada, por lo que quienes piensan conocer y hablan afirmativamente delirán en mayor medida que quienes no hablan y no conocen. A continuación los segundos, llamados pirrónicos, para parecer archisabios, dijeron que tampoco se puede saber lo que creían saber los eféticos: que nada se puede afirmar o conocer. Así que mientras los eféticos sabían que los demás (que creían saber) no sabían, ahora los pirrónicos saben que los eféticos no sabían si los demás (que creían saber) sabían o no. Lo que nos queda por añadir ahora a la sabiduría de éstos es que nosotros sabemos que los pirronianos no sabían que los eféticos no sabían que los dogmáticos, que creían saber, no sabían. De esta manera irá aumentando con facilidad cada vez más esta noble escala de filosofías hasta que se concluya demostrativamente que el grado último de la suprema filosofía y contemplación óptima es el de aquellos que no solamente no afirman ni niegan saber o ignorar, sino que ni siquiera pueden afirmar ni negar, de suerte que los asnos son los animales más divinos y su hermana la asinidad es la compañera y secretaria de la verdad.

*Saulino*.—Si lo que dices como impropio y en cólera lo dijeras de veras y afirmativamente diría que tu deducción es excelente y egregiamente divina y que has alcanzado la meta a la que han aspirado tantos dogmáticos y tantos académicos, quedando todos ellos a considerable distancia de ti.

*Sebasteo*.—Te ruego, puesto que hemos llegado a este punto, que me hagas saber con qué razón niegan los académicos la posibilidad de tal aprehensión.

*Saulino*.—Quisiera que esto nos lo dijera Onorio, porque por haber sido en hipóstasis tantos y tan grandes anatomistas de las vísceras de la naturaleza, no es descabellado pensar que en alguna ocasión haya sido académico.

*Onorio*.—He sido incluso aquel Jenófanes de Colofón que dijo que en todas y de todas las cosas no había más que opinión <sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Fragmento 34 (Diels-Kranz): «Ningún hombre conoció ni conocerá nunca la verdad sobre los dioses y sobre cuantas cosas digo, pues aun cuando por azar resul-



907 Pero dejando ahora de lado mis propios pensamientos, digo sobre la cuestión que ahora nos ocupa que es una razón demasiado socorrida esa de los pirrónicos, que decían que para conocer la verdad se necesita la doctrina y que para que pueda haber doctrina es necesario el que enseña, el que recibe la enseñanza y la cosa que se ha de enseñar, es decir: el maestro, el discípulo, el arte. Sin embargo ninguna de estas tres cosas se da de hecho, por lo cual no hay doctrina ni aprehensión de la verdad<sup>9</sup>.

*Sebato.*—Con qué razón dicen en primer lugar que no hay nada de lo que pueda haber doctrina o disciplina.

*Onorio.*—Con la siguiente: Tal cosa, dicen, o deberá ser verdadera o falsa. Si es falsa, no puede ser enseñada ya que de lo falso no puede haber doctrina ni disciplina, puesto que a lo que no es no le puede acontecer nada y por eso no le puede acontecer tampoco el ser enseñado. Si es verdadera, no puede tampoco ser enseñada en modo alguno, por que o bien se trata de algo que se manifiesta por igual a todos y entonces no puede haber doctrina de ella y por consiguiente tampoco puede haber doctor alguno en ella<sup>10</sup>, como por ejemplo, del blanco que es blanco, del caballo que es caballo, del árbol que es árbol; o bien se trata de algo que se manifiesta de manera distinta y desigual a unos y a otros, y entonces no puede tener en sí más que opinión y sobre ello no puede haber más que opinión. Además, si lo que debe ser enseñado o notificado es verdadero, es preciso que sea enseñado por alguna causa o medio, la cual causa o medio es preciso que sea oculta o conocida. Si es oculta, no puede notificar nada. Si es conocida, es necesario que lo sea por una causa o medio y de esta 908 manera, avanzando siempre más allá, nos daremos cuenta de que nunca alcanzamos el principio de la ciencia, si toda ciencia es por la causa.

tara que dice la verdad completa, sin embargo no lo sabe. Sobre todas las cosas no hay más que opinión». El fragmento lo cita Sexto Empírico en *Adversus mathematicos VII 49 y 110*.

<sup>9</sup> Las consideraciones sobre este tema que vienen a continuación reproducen, a veces de forma literal, la refutación escéptica desarrollada por Sexto Empírico en sus dos obras: *Pirrhoneion Hypotyposion* (III, 250-265) y *Adversus mathematicos* (I, 9-34). Sobre las traducciones latinas de estas dos obras (debidas a Henricus Stephanus —1562— y a Gentian Hervet —1569—) y su lugar en el desarrollo de un fideísmo católico en polémica con la Reforma, vid. nuestra introducción § V.

<sup>10</sup> Vid. Sexto Empírico: *Pyr. Hyp.* III, 253-254.

Dicen además que siendo unas cosas corpóreas y otras incorpóreas, es preciso que las cosas que se enseñan pertenezcan unas a un género y otras al otro. Ahora bien, el cuerpo no puede ser enseñado, porque no puede estar bajo el juicio del sentido ni del intelecto. Ciertamente no puede estar bajo el juicio del sentido, dado que, según todas las doctrinas y sectas, el cuerpo consta de varias dimensiones, razones, diferencias y circunstancias; y no tan sólo no es un accidente definido para ser objeto de un sentido particular o del sentido común, sino que es una composición y congregación de propiedades e individuos innumerables. Y concedido, si se quiere, que el cuerpo es algo sensible, no por eso será objeto de doctrina o disciplina, porque no es preciso que esté presente el discípulo y el maestro para hacer saber que el blanco es blanco y lo caliente, caliente. Tampoco puede estar el cuerpo bajo el juicio de la inteligencia, porque es cosa bastante reconocida entre todos los dogmáticos y académicos que el objeto del intelecto no puede ser sino incorpóreo. De aquí se infiere en segundo lugar que no puede haber quien enseñe ni, en tercer lugar, quien pueda ser enseñado, porque —como se ve— éste no tiene nada que aprender o concebir y aquél nada que enseñar e imprimir<sup>11</sup>.

Añaden además otra razón: Si ocurre que se enseñe, entonces o bien alguien carente enseña a otro sin arte, y tal cosa no es posible, puesto que tanto el uno como el otro necesita ser enseñado; o bien un artista enseña a otro artista, pero tal cosa sería 909 una burla, porque ninguno de los dos necesita maestro; o bien el que no sabe enseña al que sabe y eso sería como si un ciego quisiera guiar a uno que ve. Si ninguno de estos modos es posible, quedará pues que el que sabe enseñe al que no sabe, pero tal cosa es menos apropiada que todo lo que nos podamos imaginar en cada uno de los otros tres modos de suponer, ya que el que carece del arte no puede ser hecho artífice cuando carece del arte, dado que ocurriría que podría ser artífice cuando no es artífice. (Además, tal individuo semeja a un sordo y ciego de nacimiento, el cual jamás puede adquirir una noción de las voces y de los colores. Dejo a un lado lo que se dice en el *Menón* con el ejemplo del esclavo fugitivo que, una vez presente, no se puede reconocer que era él, si no se le conocía antes. A partir de todo eso preten-

<sup>11</sup> Cfr. Sexto Empírico: *Adv. math.* I, 19-23 y 30. El texto bruniano es en parte traducción literal, en parte simplificación del texto de Sexto.



den, por la misma e idéntica razón, que no puede haber una ciencia o doctrina de especies cognoscibles nueva, sino un recuerdo.) Tampoco puede ser hecho artífice cuando tiene el arte, porque entonces no se puede decir que se haga o pueda ser hecho artífice, sino que es artífice<sup>12</sup>.

*Sebato.*—¿Qué te parecen, Onorio, estas razones?

*Onorio.*—Digo que no vale la pena que nos paremos a examinar tales discursos. Basta con reconocer que son buenos igual que ciertas hierbas son buenas para ciertos gustos.

*Sebato.*—Quiero, sin embargo, que Saulino (el cual ensalza la asinidad más de lo que puede serlo ciencia y especulación, doctrina y disciplina alguna) me diga si la asinidad puede darse en otros individuos además de en los asnos; quiero decir, si alguien que no era asno puede convertirse en asno por doctrina y disciplina. Porque es preciso que de éstos o el que enseña o el que es enseñado, o tanto el uno como el otro, o bien ni uno ni otro, sean asnos. Dicen si será asno sólo el que enseña o sólo el que es enseñado o ninguno de los dos o los dos a la vez. Porque entonces por el mismo procedimiento se puede ver que no es posible en modo alguno volverse asno. Por tanto, de la asinidad no puede haber adquisición alguna, como tampoco de las artes y de las ciencias.

*Onorio.*—De esto hablaremos en la mesa después de cenar. Vayamos, pues, que ya es hora.

*Coribante.*—*Propere eamus.*

*Saulino.*—Vamos.

*Fin del segundo diálogo*

<sup>12</sup> Vid. *Adversus mathematicos* I, 31-33, párrafos que Bruno traduce casi literalmente al italiano, salvo la extraña mención del famoso episodio del esclavo en el *Menón* platónico (82 a ss.), explicable como vago recuerdo de una lectura ya lejana. Sin embargo la equivocación bruniana es concorde con la tesis platónica de que el conocimiento es re-conocimiento, es decir, anámnesis.

## DIALOGO TERCERO

*Interlocutores: Saulino, Alvaro*

911

*Saulino.*—He paseado durante un buen rato esperando y me doy cuenta de que ya ha pasado la hora en que debían comenzar nuestros coloquios y éstos no han venido. ¡Oh, ahí veo al criado de Sebato!

*Alvaro.*—¡Menos mal que os encuentro, Saulino! Vengo para avisaros de parte de mi señor de que no podréis volver a reuniros de nuevo al menos durante una semana. Se le ha muerto la mujer y está con todos los preparativos de la ejecución del testamento, de forma que no está para pensar en este otro asunto. Coribante está con un ataque de gota y Onorio se ha marchado a los baños. ¡Adiós!

*Saulino.*—Vete con Dios. Creo que se nos va a pasar la oportunidad de entablar nuevas conversaciones sobre la cábala de dicho caballo, porque según veo el orden del universo exige que, igual que este caballo divino no se muestra en la región celeste más que hasta el ombligo (por lo que es objeto de discordia y discusión si la última estrella pertenece a la cabeza de Andrómeda



912 o bien al tronco de este egregio animal) <sup>1</sup>, analógicamente sucede aquí que este caballo descriptivo no puede llegar a su conclusión:

Así Fortuna va cambiando estilo <sup>2</sup>.

Pero no debemos desesperarnos por eso, ya que si ocurre que éstos vuelvan a empezar a reunirse alguna otra vez, los encerraré a los tres en cónclave <sup>3</sup> de manera que no puedan salir hasta que hayan despachado la creación de una magna Cábala del caballo Pegaso. *Interim* valgan estos dos diálogos por una Cábala parva, iniciática, isagógica, microcósmica. Y para no pasar ociosamente el tiempo que aún me queda de pasearme por este atrio, voy a leer este diálogo que tengo en las manos.

*Fin del tercer diálogo de la Cábala pegasea*

<sup>1</sup> Sobre la última estrella de Pegaso (la número 20) dice Copérnico en su catálogo estelar (*De revolutionibus orbium caelestium libri VI*, Nuremberg 1543, p. 51 v): «in umbilico quam et capiti Andromadae communis». Por el contrario en el catálogo de Ptolomeo esta estrella («quae in umbilico est et communis cum capite Andromadae», *Almagestum* VII, 5) figura como la primera de la constelación de Pegaso. Es una muestra más de que para estos detalles (especialmente relevantes en la *Expulsión*) Bruno tenía presente el catálogo de Copérnico con preferencia al ptolemaico. Vid. nuestra introducción a la *Expulsión de la bestia triunfante*, cap. VI.

<sup>2</sup> Petrarca, *Triunfo de la muerte* I,135: «Come Fortuna va cangiando stile!».

<sup>3</sup> Sobre el posible significado del uso bruniano de este término vid. nuestra introducción § I nota 27.

## AL ASNO CILENICO

¡Bienaventurado el vientre y las mamas  
que te ha llevado y en tierra te alimentaron <sup>1</sup>,  
animalazo divino, al mundo grato,  
que aquí resides y entre los astros!

Jamás castiguen tu espalda bastones y sillas  
y contra el mundo ingrato y el cielo avaro  
te den la suerte y la naturaleza defensa  
con tan feliz ingenio y buena piel.

Muestra tu cabeza buen natural  
igual que las narices el juicio firme,  
las largas orejas oído real,

los gruesos labios la manera de un gran gusto,  
capaz de dar envidia a los dioses tu genital <sup>2</sup>;  
cerviz tal la constancia que yo alabo.

Sólo alabándote gozo.  
Mas, ¡ay!, buscan tus cualidades  
no ya un soneto, sino mil sermones.

<sup>1</sup> Lucas XI, 27: «Beatus venter qui te portavit et ubera quae suxisti»; son palabras dichas por una mujer a Jesús.

<sup>2</sup> El asno es también símbolo de la fecundidad. Priápo, dios fálico de la fecundidad, era originariamente un asno antropomorfizado. El asno conservó siempre en la Antigüedad la asociación con Priápo, así como con Dionisos por las mismas razones. Vid. N. Ordine: *La cabala dell'asino* p. 17 ss.



*Interlocutores: El Asno, Mico Pitagórico<sup>2</sup>, Mercurio*

*El Asno.*—Entonces ¿por qué he de desperdiciar tu excelso, raro y desacostumbrado regalo, fulgurante Iove?, ¿por qué he de tener sepultado bajo la negra y tenebrosa tierra de un ingratisimo silencio este talento tan grande que tú me concediste cuando me

<sup>1</sup> I.e. de Mercurio, pues ese dios había nacido en una gruta del monte Cileno, al sur de la región de la Arcadia, en el Peloponeso (vid. *infra* pp. 152 s.). Sobre la relación del asno con Mercurio se extenderá seis años más tarde Bruno en el *De imaginum compositione* (Frankfurt 1591) en los siguientes términos: «Eius [i.e. del asno] qualitates Mercurii qualitatibus sunt contrariae, sed quia sine contrariis non subsistunt et contrariis contraria cognoscuntur, nutriuntur et in eodem concurrunt genere, non erit omnino indignum nec non satis commodum, ut in eadem curia tanquam in scena conspiciendus veniat, quo saltem per oppositam rationem aliquot Mercurii qualitates non nominatae et forte innominabiles habeantur» (*Opera* II, III, pp. 237 s.). Vid. asimismo N. Ordine: *La cabala dell'asino* cap. III.

<sup>2</sup> Tras la denominación de Mico (mono) pitagórico puede haber una referencia al adagio erasmiano «Simia in purpura» —ya usado por Bruno en la *Expulsión* en un contexto tan polémico y crítico como el examen de Orión. El adagio erasmiano explicaría cumplidamente la realidad de un falso pitagórico, i.e., del usurpador de una profunda filosofía cuyo alcance se le escapa y de ahí su incapacidad de comprender



miraste (*indicante fato*) con ojo tan especial? ¿Voy a seguir soportando durante más tiempo el ser apremiado a hablar sin hacer salir de mi boca ese extraordinario estruendo que tu generosidad ha sembrado, en este confusísimo siglo, en mi espíritu interno para que saliera afuera? Abrase, ábrase, pues, con la llave de la oportunidad el paladar asinino, suéltese con la habilidad del sujeto la lengua, recójase con las manos de la atención —enderezada por el brazo de la intención— los frutos de los árboles y las flores de las plantas que hay en el huerto de la memoria asinina.

915 *Mico.*—¿Qué portento tan insólito, qué prodigio tan estupendo, qué maravilla tan increíble, qué suceso tan milagroso! ¿Que los dioses alejen de nosotros toda desgracia! ¿Habla el asno?, ¿el asno habla? Musas, Apolo, Hércules, ¿salen voces articuladas de semejante cabeza? Calla, Mico, quizá te engañas; quizá es que bajo esa piel se esconde algún hombre enmascarado para burlarse de nosotros.

*Asno.*—Piensa, Mico, que yo no soy un asno sofístico, sino un asno naturalísimo que hablo; e igual que ahora me ves con miembros de animal, también me acuerdo de haberlos tenido en otras ocasiones humanos.

*Mico.*—Después, demonio encarnado<sup>3</sup>, te preguntaré quién, qué y cómo eres. Por ahora y en primer lugar quisiera saber qué nos pides, qué augurio nos traes, qué orden de los dioses portas, en qué terminará esta escena, con qué fin has puesto los pies en este nuestro pórtico mostrándote conscientemente parlanchín.

*Asno.*—Quiero que sepas, con respecto a tu primera pregunta, que trato de ser miembro y hacerme doctor de algún colegio o academia para que mi suficiencia quede acreditada a fin de que mis ideas no sean menos atendidas, mis palabras ponderadas y mi doctrina reputada con menor fe que...

las razones *pitagóricas* del asno. «*Simia purpurata*. In varios usus potest adhiberi paroemia... in hos, quibus dignitas indecora additur; vel quoties rei per se foedae adscititia peregrinaque ornamenta indecenter admoventur. Quid enim tam ridiculum, quam *simia vestita purpurea veste*? Atque id tamen non raro fieri videmus apud istos qui simias habent in deliciis, ut quam maxime possunt ad humanum morem ornent ac vestiant, aliquoties et purpura, quo parum attentos aut imperitos fallant proque homine salutetur simia». (Erasmus: *Adagia*, Basilea 1536, p. 234).

<sup>3</sup> La simbología ambivalente del asno le convierte en símbolo también demoníaco e infernal. Vid. N. Ordine: *La Cabala dell'asino*, p. 20 con las referencias literarias que allí se dan.

*Mico.*—¿Es posible, Júpiter, que hayas jamás registrado *ab aeterno* un hecho, un suceso, un acontecimiento similar a éste?

*Asno.*—Deja a un lado el asombro de momento y respondedme al punto, tú o algún otro de éstos que asombrados se reúnen para escucharme. Doctores que aquí comparecéis con vuestras togas, anillos y birretes; maestros, archimaestros, héroes y semi-dioses de la sabiduría: ¿queréis, os place, tenéis a bien aceptar en vuestro consorcio, sociedad, contubernio y bajo la banda y enseñanza de vuestra comunidad a este asno que veis y oís? <sup>4</sup>. ¿Por qué unos de vosotros se maravillan entre risas, otros se ríen maravillados, otros (la mayor parte) se muerden los labios atónitos y ninguno responde?

*Mico.*—Puedes ver que no hablan por causa del estupor y vueltos hacia mí me hacen todos la señal de que te responda yo. Como presidente me toca también darte la resolución y de mí debes esperar la decisión en nombre de todos.

*Asno.*—¿Qué academia es ésta que tiene escrito sobre la puerta *Lineam ne pertransito*?

*Mico.*—Es una escuela pitagórica.

*Asno.*—¿Podré entrar?

*Mico.*—Como académico no sin muchas y difíciles condiciones.

*Asno.*—¿Cuáles son esas condiciones?

*Mico.*—Son más bien muchas.

*Asno.*—He preguntado cuáles, no cuántas.

*Mico.*—Te responderé lo mejor que pueda, diciéndote las principales. En primer lugar, cuando alguien pretende ser recibido, antes de que se le acepte, debe ser cuadrado en lo relativo a la disposición de su cuerpo, fisonomía e ingenio, por mor de la gran relación de dependencia que sabemos tiene el cuerpo con respecto al alma <sup>5</sup>.

*Asno.*—*Ab Iove principium, Musae* <sup>6</sup>, si él se quiere casar. 917

<sup>4</sup> Agrippa de Nettesheim recoge el motivo del «asno en la academia» en su *Encomium asini* en los siguientes términos: «sed quod omnium prodigiorum vincit admirationem, Ammonius Alexandrinus summus suo tempore philosophus D. Origenis et Porphyrii praeceptor, asinum sapientiae auditorem illis condiscipulum habuisse legitur» (*loc. cit.* p. 309).

<sup>5</sup> Sobre este examen fisiognómico preliminar cfr. Porfirio: *Vita Pythagorica*, cap. 13 y Yámblico *Vita Pythagorica*, cap. 17.

<sup>6</sup> Virgilio: *Egloga* III, v. 60.



*Mico*.—En segundo lugar, una vez ha sido aceptado, se le da un plazo de tiempo (nunca inferior a dos años) durante el cual debe callar y no le está permitido que se atreva a formular ninguna pregunta, ni siquiera sobre cosas no entendidas, por no hablar ya de discutir y examinar cuestiones. Durante ese tiempo se le llama *acústico*. En tercer lugar, pasado este tiempo, le está permitido ya hablar, preguntar, escribir las cosas oídas y exponer las propias opiniones, recibiendo entonces el nombre de *matemático* o *caldeo*<sup>7</sup>. En cuarto lugar, informado de cosas similares y adornado con esos estudios, se entrega a la consideración de las obras del mundo y de los principios de la naturaleza y aquí detiene sus pasos, recibiendo el nombre de *físico*.

*Asno*.—¿No va más allá?

*Mico*.—Más que físico no puede ser, porque de las cosas sobrenaturales es imposible tener razones, excepto en la medida en que relucen en las cosas naturales. Por eso el considerarlas en sí mismas no se da en otro intelecto que en el purificado y superior<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Sobre la distinción pitagórica entre *acusmáticos* y *matemáticos* vid. Yámblico: *Vita Pythagorica* cap. 18. El grado de *físico* que se señala a continuación es ajeno a la tradición pitagórica y parece un añadido de Bruno.

<sup>8</sup> Distinción y principio fundamental en Bruno, coherente con su reafirmación de la Naturaleza (el universo infinito) como intermediario necesario e inevitable entre el hombre y Dios en tanto que *vestigio* de este último. Cfr. *De la causa*, en *Dialoghi italiani* pp. 226-229: «Della divina sostanza... non possiamo conoscer nulla, se non per modo di vestigio, come dicono i platonici [...] Tutte riformate filosofie conchiudono esser cosa da profano e turbulento spirito il voler precipitarsi a dimandar ragione e voler definire circa quelle cose che son sopra la sfera della nostra intelligenza. TEOFILO: Bene. Ma non tanto son degni di repressione coloro, quanto son degnissimi di lode quelli che si forzano alla cognizione di questo principio e causa, per apprendere la sua grandezza quanto sia possibile discorrendo con gli occhi di regolati sentimenti circa questi magnifici astri e lampeggianti corpi, che son tanti abitati mondi e grandi animali e eccellentissimi numi, che sembrano e sono innumerabili mondi non molto dissimili a questo che ne contiene». En Bruno, pues, por iniciativa humana no hay más ciencia y conocimiento de la naturaleza (y de Dios en la medida en que la naturaleza es su vestigio) que la física, pero tal conocimiento es la única vía digna—hasta el punto de poder ser incluso «heroica»—abierta al hombre y comporta una asinidad o ignorancia positiva. El abandono de la persecución activa de Dios a través del estudio de la naturaleza en pro de una pasiva espera de su revelación, con abandono de todo conocimiento propio (asinidad o ignorancia negativa), genera—como ya ha puesto de manifiesto el mismo Bruno en la *Cábala*—la subversión de todos los valores y la entrega a «genios perversos enemigos del género humano», en suma: las paradojas del cristianismo paulino y de la religión reformada ridiculizadas, tras su aparente exaltación, en la *Declamación al lector*.

*Asno*.—¿No existe entre vosotros metafísica?

*Mico*.—No; y lo que los demás ostentan como metafísica no es más que parte de la lógica<sup>9</sup>. Pero dejemos esto, que no viene a cuento. Tales son, en conclusión, las condiciones y reglas de nuestra academia.

*Asno*.—¿Estas?

*Mico*.—Sí, señor.

*Asno*.—¡Oh, escuela honorable, estudio egregio, secta hermosa, colegio venerable, gimnasio clarísimo, liceo invicto y academia entre las primeras primerísima! El asno errante, cual ciervo sediento, a vosotros, como fresquísimas y limpiísimas aguas; el asno humilde y suplicante se presenta ante vosotros, benignísimos acogedores de peregrinos, deseoso de ser adscrito a vuestra sociedad.

*Mico*.—¿A nuestra sociedad, eh?

*Asno*.—Sí, sí, sí, señor; a vuestra sociedad.

*Mico*.—Váyase por aquella puerta, señor, que de esta otra están excluidos los asnos.

*Asno*.—Dime, hermano: ¿por qué puerta entraste tú?

*Mico*.—El cielo puede hacer que los asnos hablen, pero no que entren en la escuela pitagórica.

*Asno*.—No seas tan orgulloso, Mico, y recuerda que tu Pitágoras enseña a no despreciar nada de lo que se encuentra en el seno de la naturaleza. Aunque yo tengo ahora la forma de un asno, puedo haber tenido y tener en el futuro la forma de un hombre ilustre; y aunque tú seas un hombre, puedes haber sido y podrás ser en el futuro un gran asno, según parezca conveniente al que distribuye los hábitos y lugares y dispone sobre las almas transmigrantes<sup>10</sup>.

*Mico*.—Dime, hermano: ¿has oído los artículos y condiciones de la academia?

*Asno*.—Perfectamente.

<sup>9</sup> Esta es la consideración bruniana de la Metafísica aristotélica. Cfr. *De la causa* II (*Dialoghi italiani*, p. 247).

<sup>10</sup> La enseñanza de Pitágoras es la del parentesco de los seres vivos por la continua trans migración del alma de unos cuerpos a otros; cfr. el famoso discurso de Pitágoras en el libro XV de las *Metamorfosis* de Ovidio (tan conocido de Bruno y citado en la misma *Cábala*; vid. supra, p. 118) y Porfirio: *Vita Pythagorica*, cap. 19 y Yámblico: *Vita Pythagorica*, cap. 24. Sobre la futura conversión en asnos de los ignorantes, según el «juicio en el mundo», véase *Expulsión*, p. 151.



*Mico.*—¿Has examinado tu ser y si por algún defecto tuyo se te puede impedir la entrada?

*Asno.*—Suficientemente a mi entender.

*Mico.*—Entonces explícate.

*Asno.*—La principal condición que me ha hecho dudar ha sido la primera. Es cierto que no tengo el aspecto, las carnes blandas, 919 la piel delicada, tersa y gentil que los fisonomistas consideran aptísimas para la recepción del saber, porque la dureza de ellas repugna a la agilidad del intelecto. Pero me parece que el presidente debe poder dispensar de dicha condición, porque no debe dejar fuera a alguien cuando otras muchas cualidades suplen ese defecto, como por ejemplo la bondad de costumbres, la prontitud del ingenio, la capacidad de la inteligencia y otras condiciones amigas, hermanas e hijas de éstas. Además no se debe dar valor universal a que las almas sigan la complexión del cuerpo, porque puede ocurrir que algún principio espiritual más poderoso pueda vencer o superar el ultraje que la rudeza u otra mala disposición del cuerpo le causa. A este respecto os señalo el ejemplo de Sócrates, a quien el fisonomista Zopiro estimaba hombre inmoderado, estúpido, corto, afeminado, enamorado de niños e inconstante; todo lo cual le fue concedido por el filósofo, excepto que el acto de tales inclinaciones se consumara, puesto que él se moderaba mediante el estudio continuo de la filosofía, la cual había puesto en sus manos un firme timón contra el ímpetu de las olas de las malas disposiciones naturales, dado que todo puede superarse mediante el esfuerzo <sup>11</sup>. Después, en cuanto a la otra parte fundamental de la fisiognómica, consistente no en la complexión de los temperamentos, sino en la proporción armónica de los miembros, te hago saber que no es posible hallar en mí defecto alguno, si se juzga como es debido. Debéis de saber que el cerdo no debe ser un hermoso caballo, ni el asno un hermoso hombre, 920 sino el asno un hermoso asno, el cerdo un hermoso cerdo, el hombre un hermoso hombre. Y si, extrapolando el juicio, el caballo no parece hermoso al cerdo, tampoco el cerdo parece hermoso al caballo; si al hombre no le parece hermoso el asno y el hombre no se enamora del asno, tampoco por el contrario parece al asno hermoso el hombre y tampoco se enamora el asno del hombre. De forma que por lo que a esta ley se refiere, cuando

<sup>11</sup> Vid. Cicerón: *De fato* V, 10 y *Tusculanae* IV, 37.

las cosas se examinen y sopesen con la razón, el uno concederá al otro según las propias inclinaciones que las bellezas son diversas según diversas proporcionalidades; y nada es verdadera y absolutamente bello, excepto la belleza misma o lo que es bello por esencia y no por participación <sup>12</sup>. Además, en la misma especie humana lo que se dice de las carnes se debe entender *respectu habito* a veinticinco circunstancias y glosas que lo ajusten, porque de lo contrario resulta falsa la regla fisonómica de las carnes blandas, puesto que los niños no son más aptos para la ciencia que los adultos ni las mujeres más capaces que los hombres, a no ser que se llame aptitud mayor a aquella posibilidad que más lejana está del acto.

*Mico.*—Por ahora éste muestra saber muchas cosas. Prosigue, señor Asno, y haz tus razones todo lo gallardas que quieras, que

En las olas aras y en la arena siembras  
Y el vagaroso viento esperas atrapar en redes,  
Y fundas tus esperanzas en corazón de mujer <sup>13</sup>,

si esperas que los académicos de esta u otra secta te podrán o 921 deberán conceder la entrada. Si eres sabio, conténtate con quedarte a solas con tu doctrina.

*Asno.*—Insensatos, ¿Creéis que yo os digo mis razones para que me las hagáis válidas? ¿Creéis que yo he hecho esto con otro fin que el de acusaros y haceros inexcusables ante Júpiter? Al hacerme docto Júpiter me hizo doctor. Ya sabía yo que el hermoso juicio de vuestra suficiencia escupiría esta sentencia: «—No es decoroso que los asnos entren en la academia junto con nosotros los hombres». Esto puede decirlo algún seguidor de cualquier otra secta, pero no podéis decirlo con razón vosotros los pitagóricos, que al negarme a mí la entrada, destruís los princi-

<sup>12</sup> Otro principio bruniano fundamental, en el cual se aprecia un fuerte alejamiento de las posiciones de Ficino y del platonismo: la belleza y el amor es universal, pero sus manifestaciones son relativas, puesto que los individuos establecen diferentes *vinculos* de amor en función de sus diferentes objetos amorosos, todos ellos legítimos y positivos. Sobre esta problemática véase F. Papi: *Antropología e civiltà nel pensiero di Giordano Bruno*, cap. VI, 2: «Voluptas vinculum vinculorum».

<sup>13</sup> Cita un poco modificada de la *Arcadia* de Jacopo Sannazaro (égl. VIII, vv. 10-12).



pios, fundamentos y cuerpo de vuestra filosofía<sup>14</sup>. Pues, ¿qué diferencia véis entre nosotros los asnos y vosotros los hombres, si no juzgáis las cosas por la superficie, rostro y apariencia? Además, decidme, jueces ineptos: ¿cuántos de vosotros yerran en la academia de los asnos?, ¿cuántos aprenden en la academia de los asnos?, ¿cuántos se doctoran, se pudren y mueren en la academia de los asnos?, ¿cuántos sacan provecho en la academia de los asnos?, ¿cuántos son preferidos, ensalzados, magnificados, canonizados, glorificados y deificados en la academia de los asnos, que si no hubieran sido y no fueran asnos no sé, no sé cómo les habría ido y les iría? ¿No hay muchos estudios honradísimos y esplendidos en los que se enseña a saber volverse asno para conseguir no sólo el bien de la vida temporal, sino también el de la vida eterna?<sup>15</sup> Decid: ¿a cuántas y cuáles facultades y honores se entra por la puerta de la asinidad? Decid: ¿cuántos se ven impedidos, excluidos, rechazados y vituperados por no participar de la facultad y perfección asininas? Entonces, ¿por qué no se va a permitir que alguno de los asnos o al menos un asno entre en la academia de los hombres? ¿Por qué no he de ser aceptado, si tengo la mayor parte de las voces y de los votos a mi favor en cualquier academia, dado que si no todos, al menos la mayor y máxima parte está inscrita y esculpida en la academia tan universal nuestra? Pues bien, si nosotros los asnos somos tan generosos y pródigos a la hora de recibir a todos, ¿por qué debéis ser vosotros tan reacios a aceptar cuanto menos a uno de nosotros?

*Mico*.—La dificultad es mayor en las cosas más dignas e importantes y no se hace tanto caso ni se abren tanto los ojos en cosas de escasa importancia. Por eso se recibe a todos en la academia de los asnos sin dificultad y sin muchos escrúpulos de conciencia, pero no debe ocurrir lo mismo en la academia de los hombres.

*Asno*.—Pero, señor, haz el favor de decirme y aclararme un poco: ¿cuál de estas dos cosas es más digna, que un hombre se vuelva asno o que un asno se vuelva hombre? Pero ahí viene mi

<sup>14</sup> Efectivamente; cfr. supra el diálogo II, 1 con la exposición de la doctrina pitagórica del alma y la figura de Onorio (antitética, pero complementaria del Asno).

<sup>15</sup> Vid. supra la *Declamación al lector* con su exaltación grotesca de la apología paulino-reformada de la asinidad o ignorancia y el consiguiente desprecio de la «sapiencia mundi».

Cilenio en persona; lo reconozco por el caduceo y las alas. Bienvenido, hermoso y alado mensajero de Júpiter, fiel intérprete de la voluntad de todos los dioses, generoso donante de las ciencias, enderezador de las artes, continuo oráculo de los matemáticos, calculador admirable, elegante orador, hermoso rostro, gallarda compostura, facundo aspecto, gracioso personaje, hombre entre los hombres, entre las mujeres mujer, desgraciado entre los desgraciados, entre los felices feliz, entre todos todo, que gozas con quien goza, con quien llora lloras; por eso por todas partes vas y estás, eres bien visto y aceptado. ¿Qué bien nos traes?

*Mercurio*.—Asno, puesto que cuentas con llamarte y ser académico, yo —como quien te ha concedido otros dones y gracias—también ahora con autoridad plenaria te ordeno, constituyo y confirmo como académico y dogmático general, para que puedas entrar y habitar por doquier, sin que nadie te pueda cerrar la puerta o causar cualquier tipo de ultraje o impedimento, *quibuscumque in oppositum non obstantibus*. Entra, pues, donde te guste y plazca. Tampoco queremos que estés obligado por la regla del silencio bienal del orden pitagórico o por cualesquiera otras leyes ordinarias, ya que, *novis intervenientibus causis, novae condendae sunt leges, proque ipsis condita non intelliguntur iura: interimque ad optimi iudicium referenda est sententia, cuius intersit iuxta necessarium atque commodum providere*. Habla, pues, entre los acústicos; considera y contempla entre los matemáticos; discute, pregunta, enseña, explica y afirma entre los físicos; hállate con todos, discurre con todos, hermánate, únete, identificate con todos, domina a todos, sé todo.

*Asno*.—¿Lo habéis oído?

*Mico*.—No somos sordos.

FIN